

La Esfera

Año III * Núm. 105

Precio: Una peseta



UNA MALAGUEÑA, cuadro de Pedro Sáenz Sáenz

ARTRITISMO · REUMA · GOTA PIPERAZINA D.^R GRAU

Indice de "LA ESFERA"

Con el número próximo de esta ilustración se repartirá, gratuitamente, el índice para encuadernar la colección de 1915

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Ven a alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas toda clase de objetos en plata de ley, al peso.

PÉREZ HERMANOS

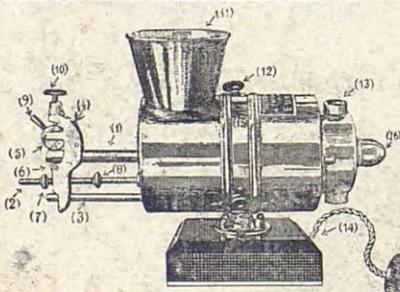
Zaragoza, 9 y Fresa, 2. - Teléfono núm. 2.449

PELETERIA



ESPOZ
Y IRIAR

MADRID



MÁQUINA ELÉCTRICA para hacer cigarrillos

Patente núm. 60.929
Adaptable á cualquier instalación
de alumbrado eléctrico

EDUARDO SCHILLING
(Sociedad en Comandita)

MADRID: Alcalá, 14.-BARCELONA:
Fernando, 23.-VALENCIA: Paz, 1.

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57 - MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

COMPRE USTED
LOS MIÉRCOLES

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR

ILUSTRADA

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

LA HULLERA INGLESA

ESPECIALIDADES DE LA CASA:

VILLANUEVA, 20
TELÉFONO 2.832

Kok para calefacciones y cocinas
Antracitas, primera de primera
para salamandras

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

SIROLINE "ROCHE"

CURA LAS AFECCIONES PULMONARES



F. HOFFMANN —
LA ROCHE & C^o
PARIS

REPRESENTANTE: A. AMBROA CLARIS, 80 - BARCELONA

CASA LORENT Y NEIRA



GRAN
SASTRERÍA
DE SEÑORAS

MADRID
SAN SEBASTIÁN
PARÍS



Especialidad en trajes
:-: de amazonas :-:



Detalles de los salones de la Casa Lorent y Neira, establecida en Madrid en la Plaza de Canalejas, núm. 5, entresuelo

VICENTE ALEIXANDRE

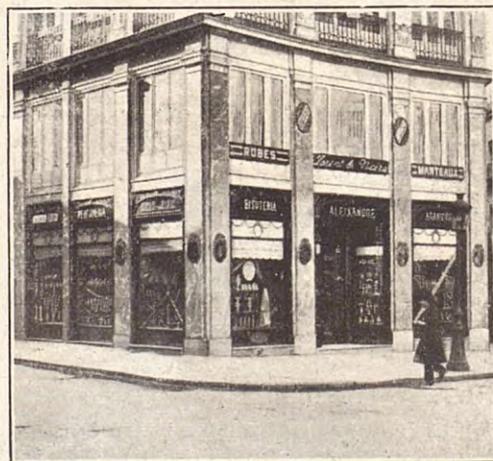
Toledo, 56 y 58 • Atocha, 8, 10 y 12 • Plaza de Canalejas, 5

— MADRID —

Almacén por mayor de abanicos, bisutería, bolsillos, adornos para cabeza, perfumería, artículos de piel, objetos propios para regalo, etc.



Interior de la Casa Aleixandre, de la Plaza de Canalejas, 5



Exterior de la Casa Aleixandre, en la Plaza de Canalejas, núm. 5

Depósito de las legítimas piedras preciosas del Brasil.



Artísticas alhajas de estas piedras, montadas sobre plata.



Preciosos modelos en pendientes, sortijas, alfileres de pecho, alfileres para corbata, collares, pendentifs, gemelos para puños.



Esta Casa tiene los más elegantes modelos y las últimas novedades.

TELÉFONO 4.640



AMENOS COMENTARIOS



CAMARA-EI

... es un ax'oma que el progreso ha favorecido á todos los ramos de las Artes, de las Ciencias y, sobre todo, de la Mecánica, lo cual queda plenamente demostrado después de oído el Piano **MANUAL BALDWIN**, de ejecución humana y sin necesidad de conocer una nota de música. Fácil manejo, admirable sonoridad.



The Baldwin Piano Company

Agente general exclusivo para España y Portugal:
RICARDO CAMPOS • Calle de Nicolás María Rivero, 11 • MADRID





Con cualquier agua, el Jabón
de **HENO** de **PRAVIA**
refresca la piel
la limpia y la perfuma.

La Esfera

Año III.—Núm. 105

1 de Enero de 1916

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. A. R. LA INFANTA DOÑA BEATRIZ

Hija de los Reyes de España

DIBUJO DE GAMONAL

SIN TREGUA

CUENTO DE NAVIDAD



Al terminar el día, las estrellas encienden los diamantes de su estuche, que fulguran de un modo intenso y extraño, como miradas en que destella el amor.

Hace frío; pero no nieva. Una pureza profunda clarifica el aire. El silencio es absoluto. Grave y solemne el momento.

Dos formas, dos bultos, una mujer y un varón, avanzan por la llanura, á paso leve, cual si no sentasen en el suelo la planta.

Ella se envuelve en las amplias telas azules

que hoy usan las mujeres egipcias. El, á pesar del glacial soplo nocturno, sólo viste una túnica blanca, que descubre sus descalzos pies.

De tiempo en tiempo, los dos se inclinan, y parecen reconocer los lugares que cruzan. Un cuchicheo de ternura se establece entre ambos.

—¿Te acuerdas, María?—pregunta él.—Ya no estamos lejos. Fué hace muchos siglos, y en un establo.

—Me acuerdo, hijo mío, me acuerdo de cómo tiritábamos José y yo, rendidos de la caminata.

El viento entraba libremente por las juntas de las piedras y por las aberturas del tejado. El suelo estaba húmedo y pegajoso. Fuera, helaba, helaba, helaba. Luego empezó á caer la nieve en anchos copos. Su blancura alumbraba como una aurora. Y entonces viniste al mundo. Te agasajé en mis ropas, y el amigo buey te echó su aliento gordo, tibio, y te lamió mansamente. ¡Cuánto se lo agradecí! Porque los piecitos se te habían puesto como dos granizos, y temblabas... ¡Ah, si yo pudiera librar del yugo y del

CAMARA-FITO

aguijón á todos nuestros amigos, los bueyes, tan honrados!

—¡Madre, por ti nadie sufriría... Yo también quiero mucho á los bueyes, á las hermanas palomas, que venían á posarse sobre nuestra casa de Nazaret, y á los borriquillos y á los pájaros, que me extrañan las espinas de la frente, y á los peces, que mantuvieron á la multitud cuando me escuchaba, y hasta á los leones y á las panteras, que enterraron á mis ascetas y respetaron en el Circo á mis mártires! Pero más he querido, María, á los hombres; tanto, que por ellos he consentido colgar de un patíbulo por las taladradas palmas y dejar girones de piel en las roscas de los látigos... Y les he dicho las palabras redentoras, y les he enseñado el camino y la derechura... Y, en oblación eterna, les he ofrecido mi cuerpo y mi sangre, sin reservarme una fibra ni una gota... ¡Mira si les he amado!

—¿Lloras, hijo mío?—murmuró la madre, consoladora.

—¡Lloro, sí. Triste está mi alma hasta la muerte. Las aguas del abismo, amargas y hondas, suben hasta ella. Y mira, ni todas las aguas que están entre la tierra y el cielo pudieran apagar mi foco de amor al hombre. La llama me abrasó el corazón. Ve cómo arde!

Y abriendo la túnica mostró una brasa viva, una especie de enorme rubí, que se inflamaba hacia el lado izquierdo. A su lumbre, la obscuridad se encendió, y fué visible el halo luminoso que cercaba la dulce cabeza de Jesús.

—¡En este fuego me consumo, madre—repitió el Salvador con un gemido ardoroso—. Y es por ellos, por los que heredaron la malicia de Adán. Han comido del árbol funesto y por sus venas corre la ponzoña. Ven, te mostraré lo que hacen, lo que está sucediendo ahora en su planeta!

Y el paso leve fué más rápido aún. Caminaban como volando, deslizándose sobre el polvo endurecido por la helada, sobre los guijarros y las hierbas, al través de los montes y los matorrales. Leguas y leguas quedaban atrás, y variaban los paisajes, y tan pronto oían el mugir de las olas azotando escolleras, como el cristalino reir de los arroyos, desatados todavía, á pesar de los hielos, en los repuestos valles.

Al fin empezaron á encontrar campos desolados y yermos, barrancos abruptos, la tierra pisoteada, sembrada de fragmentos de hierro, de caballos despanzurrados y cadáveres en posturas trágicas, unas como de agitado sueño, otras como de inmensa desesperación. María se veló los ojos de violeta con el pico de su manto.

—Ven, sigue, mira—repitía la voz dolorida de Jesús.

Y María miraba, miraba, espantados los ojos, y á su alrededor se alzaban ruinas, escombros,

casas con las entrañas abiertas, edificios medio derruídos, lienzos de murallas suspensos, al parecer, en el aire, naves de templos y bóvedas de palacios que mostraban las heridas y mutilaciones de sus esculturas y cornisamentos. María reconoció su efigie, decapitada, con el Niño en brazos, intacto, ostentando en la manecita el mundo.

Y luego, fué el incendio lo que les salió al paso. Las llamas ascendían al cielo, el humo arrastraba chispas y lengüezuelas ardientes. De algunos edificios salían clamores de socorro. Mujeres con los ojos fuera de las órbitas se empeñaban en atravesar la humareda para rescatar un mueble, un saco de ropa, un niño. Otras gritaban y reían, en histérico ataque. Unos hombres de aspecto feroz empujaron á una anciana al brasero, pinchándola con bayonetas. María se tambaleó.

—Hijo mío, ¿no ves?

Jesús siguió andando. Tropezaron con una interminable procesión. Desfilaban multitudes; era el éxodo de un pueblo entero, á pie, en carromatos, en coches de anticuada forma, en cabalgaduras recargadas con el peso de dos y hasta de tres personas. El rebaño humano se apelotonaba como las reses en el ferial, y de él salía un gemido confuso, sordo, continuo, el lamentar del sufrimiento físico, del espanto y de la fatiga infinita. A cada instante, alguien se derrumbaba; un viejo exánime, una mujer rendida de cansancio que soltaba á su crío, incapaz de portearlo más tiempo. Nadie atendía al incidente. Para pasto de lobos quedaba allí, al borde del desfiladero, el rezagado. Una dureza inerte cerraba los espíritus á cuanto no fuese el instinto de conservación. Y éste también desfallecía. Muchos se extendían, con propósito de no levantarse. Dentro de los carros iban confundidos puercos, gallinas, moribundos, madres lactando. Y á la cabeza de la mísera horda, un mocetón, oprimiendo un caballo fogoso, repitía: «¡Más aprisa! ¡Más aprisa! ¡Que vienen!»

A lo lejos, la artillería tronaba. Bombardeaban á la ciudad, cuyos fuertes respondían. Las trincheras vomitaban proyectiles. Poderosos reflectores, rasgando la sombra, buscaban en el aire á los pájaros mortíferos para cazarlos. Uno de ellos desplomó aparatos de asfixia. Cientos de hombres cayeron arrojando sangre por la boca. Y pasó una sombra gris, siniestra, y Jesús la reconoció.

—¡Madre mía; es mi enemiga, es la Muerte! Su guadaña ha relucido, sus huesos han crugido irónicos al notar mi presencia. Parece que dicen: «No me has vencido, Galileo...»

Una lágrima de piedad rodó por las mejillas de lirio de la siempre Virgen... Se alejó de aquel

lugar maldito. Un bosque frondoso parecía no esconder horror alguno; por allí no retumbaban los morteros. Sólo al final de un haya corpulenta vieron pendientes dos ahorcados. Avanzaron hacia una villa cuyas luces hormigueaban ya próximas. En una plazuela solitaria desembocó de repente un pelotón. Conducía á una muchacha delgadita, con las manos atadas á la espalda, desmelenada, que á cada momento amagaba caer, si el que llevaba el extremo de la cuerda no la sostuviese, descoyuntándole las muñecas. Un farol del alumbrado público les atrajo. Al pie del farol, arrimaron á la tapia de un jardín á la muchacha. Fué un momento. Unos castañetazos secos y lúgubres. Cayó, rostro contra el suelo. El tiro en el oído no era necesario; pero no faltó. Se alejaron los ejecutores...

María se apresuró más. La orilla del mar no estaba lejos. Las pupilas de Jesús, que escrutan hasta las entrañas, distinguieron bajo las olas una especie de cilindro de hierro que se acercaba á una gran embarcación. Un ruido fragoroso y la embarcación empezó á hundirse, caída hacia una banda. La tripulación se arrojaba al agua pidiendo misericordia. El cilindro secundó el estrepito. La embarcación saltó como un petardo y, precipitadamente, recayó en el agua, y luego en el abismo. Y María pudo oír su nombre, gritado por uno que se ahogaba...

—No puedo más—dijo á Jesús—. Apartémonos de los hombres, hijo mío. ¡Esto es renovar el Gólgota!

—Madre—respondió el maestro—, estoy más triste aún que antes. Necesito el alivio de una caricia maternal. Me duelen los agujeros de los clavos, y la herida del costado me traspasa otra vez...

María tendió los brazos, y no fué sólo el centelleo estelar lo que alumbró. Rosadas tintas de amanecer se difundieron; gorjeos de aves y acordes de instrumentos invisibles resonaron; voces de ángeles tintinearón como campanillas de plata, y aromas de mirra, nardo y miel se difundieron por los ámbitos del aire mientras duró el beso de María á su Hijo. Luego, otra vez la sombra, el frío, el pavor de la naturaleza.

—Perdónales—intercedió María—. Tú lo has dicho: no saben lo que hacen.

Jesús se volvió hacia la Exoradora suspirando.

—Ya lo sabes, Madre; fué en esta noche cuando nacía para ellos... Y no piensan en mí... ¡No me dan tregua! ¡Ni aun esta noche!

—¡Ni aun esta noche!—repitió, juntando las manos, María.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE ECHEA



¡AQUEL DIVINO AMOR!...

TE acuerdas, mujer? Fué una tarde de primavera sevillana, entre el misterio y la poesía de sus jardines de encanto. Estaba el ambiente perfumado por las rosas frescas, por los naranjos en flor y la blancura de las acacias, que dejaban caer sus hojas menudas desde lo alto, mintiendo la crudeza de una nevada en aquel crepúsculo tibio y confidencial.

Tú reías de todo como una niña contenta. El cristal del estanque, terso y bruñido, reflejó sobre el obscuro tono de sus aguas verdes la franca subversión de tus rizos alborotados y el purísimo perfil marfileño de tu cara de virgen nazarena. Vinieron los cisnes blancos y los patos azules á rendirte pleitesía y cuando tu mano se desdía se confundió con la espuma de su plumaje conocieron por primera vez una rosa de nácar.

El jardín dormido en la paz augusta de la tarde, inquietaba tu espíritu ensoñador y romántico como el de una dama medioeval. A medida que la luz se hacía débil, árboles, flores, estatuas y lagos tomaban apariencias fantásticas. Del truncado arco muzárabe, donde la piedra se calaba en encajes y los sillares se adornaban con yedra que es la gala del tiempo y el dominio de las ruinas, salía una extraña procesión de espíritus: revivían en la alucinante evocación las razas muertas, las gentes de otra edad; frailes, guerreros, moros, abades, religiosas tocadas con el blanco monjil, caballeros fanfarrones, príncipes, soldados... Subimos una escalinata de mármol y tu cuerpo señorial, cayó rendido sobre un banco de azulejos moros. En el fondo de arrayanes y palmas, la vaporosidad de tu traje blanco dibujaba con maestría y seguridad la maga silueta de tu figura. Lo mismo parecías una imagen divina, que una estatua pagana. A tu majestad levantó doseles un naranjo florido y coronó tu belleza con el alabastro de sus azahares. Tuviste miedo. Un miedo pueril, de niña caprichosa. El río nos mandó una ráfaga de brisa fresca y acercaste con mimo tu cuerpo á mi cuerpo. Tus mejillas escalofriadas, rozaron mis carnes encendidas. Te uniste más. Aquel terror histórico buscó refugio en mi fortaleza, rodearon tus brazos mi cuello y la flor de un beso se abrió en nuestros labios...

Cantaron los surtidores. Voló á ras del suelo una paloma, como un ampo, el aire abatió sobre nuestros cuerpos claves rojos como la sangre y rosas que envidiaban el aroma de tu aliento y allá en la lejanía del horizonte ambarino agitó su recia copa una altiva palmera solitaria...

ooo

Sentada en tu escabel favorito, apoyados los codos sobre las rodillas, cruzadas las manos en abandono y envuelto el lindo cuerpo en una bata de vivo color, abrías ante mis ojos, que cegaba el deseo, el misterio de tus confesiones. La roja pantalla daba á tus mejillas matices raros, bañándolas en una movible claridad bermeja. Las tanagras se iban alar-

gando en la estrecha proyección de su sombra como si tuviesen vida y movimiento. Tú me mirabas mansamente, con placidez, ni pesarosa ni satisfecha, y me decías con el dulce desmayo de tus palabras musicales:

—Yo no sé lo que somos, si buenas ó malas, adorables ó aborrecibles. El mundo es tributario de nuestra debilidad que es la más segura garantía de nuestro poder. Una lágrima domina mejor que un ejército. Un suspiro tiene más elocuencia que todas las razones. En la luz de nuestros ojos están el bien y el mal, la inocencia y la picardía. Y atraemos porque somos amor y odio, confianza y duda, seguridad é incertidumbre, sumisión

y rebeldía, abnegación y perversidad, generosidad y egoísmo, fidelidad é inconstancia... No te esfuerces en sondear el arcano de nuestros espíritus. ¡Ama y olvida!

Hundiste la púrpura de tus labios en el oro de una copa de jerez y me diste á besar el cristal. El humo celeste de tu cigarrillo turco se retorció como una maraña, en el aire.

Muy cerca de tu boca quedó un halo; como una gasa nítida y sutil. Mientras flotaba en el espacio, el Capricho modeló un corazón. Tu mano pequeñita pretendió cogerlo entre sus dedos redondos y aristocráticos y al romperse reíste loca.

Yo sentí dentro de mi pecho como si una garra de tigresa hubiese rasgado mis carnes y en lo hondo del alma el frío de un acero.

ooo

Hoy te he visto, arrogante y gentil, en la plena sazón de tu hermosura. Detrás del cristal brillador del automóvil se esfumaba tu valiente perfil de matrona romana y más allá, metida en la penumbra, la redonda figura de un hombre. ¡Tu marido! Fu'gores de luna advertí en tu cabellera, acariciada una tarde por mis manos febriles y me acordé de la blancura de azahar con que el naranjo de un jardín sevillano puso coronas á tu hermosura. Pasaste ante mí con altivez, retándome con la fijeza de tu mirada subyugadora y contigo me pareció que pasaba la complejidad de la psicología femenina. ¡La confianza y la duda, la seguridad y la incertidumbre, la fidelidad y el adulterio! ¡Todo menos aquel amor divino de un instante!...

Rogelio PÉREZ OLIVARES

DIBUJO DE RIBAS



LA ESFERA
PAISAJES ESPAÑOLES



JARDÍN SEVILLANO, cuadro del ilustre pintor Gonzalo Bilbao

Por qué Maruja no cree en los Reyes Magos

MARUJA comprendió que había llegado el momento propicio.

Miss Ada se había dormido tranquilamente sobre el *christmas number* de «The Tattler». Papá debía estar en el Congreso ó en el sitio donde, según los criados, llamaba él, honestamente, el Congreso. Mamá había ido al té de la vizcondesa. Un profundo silencio envolvía

ra y siguió avanzando á tientas por el pasillo obscuro.

En el fondo rojeaba el resplandor de la chimenea del despacho.

Maruja, conforme iba acercándose al despacho, repetía mentalmente el número del teléfono: 12.687... 12.687... 12.687...

Lo sorprendió por casualidad, noches antes en

muñeca, con sus ojos rasgados, parecía sonreír burlonamente...

Dió dos pasos más y se encontró dentro del despacho, medio en penumbra. Agigantadas y revestidas de misterio las cosas en los rambrascos contrastes de luz y de sombra que enviaban contra ellas la lumbre de los leños. Frente a la puerta se destacaba el ventanal con sus



la casa, interrumpido solamente por el sordo bramido de fierrecilla que lanzaba la salamandra.

Maruja se levantó del suelo. Inquieta, reprimiendo el aliento, con una manita sobre el corazón, que brincaba de ansiedad y de miedo, se acercó á Miss Ada. Miss Ada empezaba á roncar suavemente, á ritmo con el bramido de la salamandra.

Maruja abrazó á su muñeca japonesa. No convenía ir sola en aquella aventura. Luego, de puntillas, aunque la espesa alfombra apagaba el rumor de sus pasos, avanzó por el pasillo adelante.

Más que nunca latía su corazoncito. Sentía un fuego extraño en las mejillas. Recordaba escenas de princesitas de cuento brujo, perdidas en la noche. Incluso sintió deseos de retroceder al dulce abrigo de su cuarto y despertar á Miss Ada y pedirle alguna de aquellas historias de su Escocia romántica.

Pero fué más poderoso el deseo de su aventu-

un periódico. Los Reyes Magos recibían encargos de juguetes por teléfono.

Papá sonrió cuando Maruja le preguntó si era verdad aquello.

—Sí, muñeca. Los Reyes Magos se aprovechan de todos los adelantos. Incluso ya no vienen montados en camellos, sino en automóvil...

Mamá se reía; Miss Ada se reía... Sólo Maruja estaba seria, pensativa, procurando retener en la memoria el número del teléfono. Así podría comunicarse directamente con los Reyes Magos, sin necesidad de que le sirvieran como intermediarios sus padres ó que le cambiaran los juguetes que había pedido por carta, como sucedió el año anterior. Además, de este modo, papá y mamá quedarían sorprendidos. Ningún año serían tan espléndidos los Reyes. Estaba segura de conseguir todo lo que les pidiera.

Al llegar al despacho se detuvo otra vez temerosa. Oprimió contra el pecho á la muñeca japonesa y la miró como pidiéndole ánimos. La

cuadritos de cristales y maderas blancas, y detrás de él la noche donde volteaban los copos de nieve.

Maruja se subió á una silla para alcanzar la llave de la luz eléctrica. Bruscamente cambió de aspecto el despacho. Perdió su misterioso encanto; pero en cambio adquirió para la niña más sensación de normalidad. Bajo la luz eléctrica se acobardó el resplandor de la chimenea y se oscureció más aun el ventanal...

Maruja fué sin vacilar hasta la mesita donde estaba el teléfono. Pero no alcanzaba. Hubo de coger en la librería un tomo del diccionario. Después otro, y otro, y otro... ¡Qué fastidio! ¿Por qué serían tan altas las mesas?

Al fin alcanzó el aparato. Oprimió el botón, tal y como lo había visto hacer varias veces á papá, y también á mamá en las noches en que papá no venía á cenar y avisaba por teléfono y mamá lloraba...

Bruscamente sonó el timbre. Maruja se asus-

16. ¡A ver si despertaba miss Ada ó acudía Pedro, el ayuda de cámara! Por poco si se cae para bajar de los libros é ir á cerrar la puerta y correr los pesados cortinones rojos... ¡Y el timbre no callaba!

Volvió á subir á los libros, cogió el audífono.

—¡Chist! Más bajito, Central... ¡Que nos van á oír!...

—Sí... Que se va á despertar miss Ada... ¿Eh? Sí. Quería comunicación con el número 12.687. ¿Qué?... Sí... Sí, eso es, 12.687.

Esperó temblando. En una silla próxima yacía la muñeca japonesa. Maruja se creyó en el deber de tranquilizarla.

Bueno, tome usted. ¡Ay, perdone! A los Reyes, ¿cómo se les dice?

—Muy bien. Pues entonces, mire usted, majestad. Yo quería un teatro que he visto que es casi del tamaño natural y en que los cómicos están vestidos de verdad; quiero también un automóvil de esos que andan, una muñeca vestida de napolitana, un soldado alemán de esos que se caen al suelo y no se rompen...

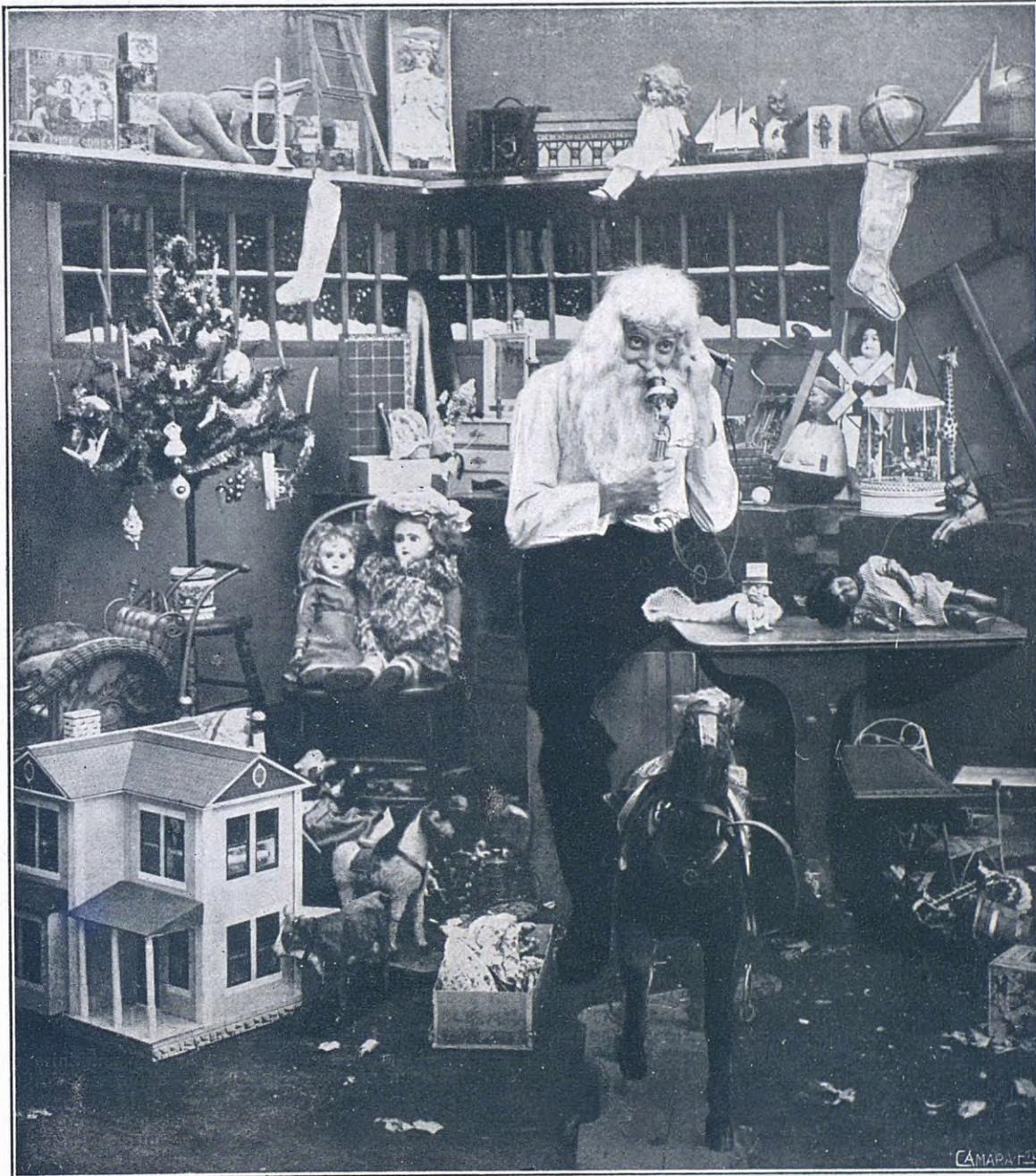
—No; espérese usted, majestad D. Gaspar, que no he terminado. Una camita dorada con una muñeca dentro; un costurero que tenga agujas y carretes, y un tigre.

ció. Vibraba terco, persistente. Maruja corrió otra vez al despacho. De nuevo le acometía el temor de que se despertara miss Ada ó acudiera Pedro...

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Cállese usted, señor Rey! Lo decía mientras daba vueltas á la llave de la luz, mientras cerraba la puerta y cogía los cuatro tomos del diccionario y subía sobre ellos.

—¿Quién es?
—¿Es en casa del Sr. Moncada?
Le pareció la voz del Rey Gaspar.

—Sí, señor. ¿Y usted, quién es?
—El gerente del *Bazar Mundial*. Mire. Aquí ha llamado hace un momento la hija del señor Moncada, encargándonos varios juguetes para



CÁMARA 129

—No tengas miedo, nena. Verás cómo no nos pasa nada...

Y lo decía mirando recelosa á todos lados, con la boquita seca de angustia y con el corazón latiéndole más medrosico que nunca.

De pronto volvió á sonar el timbre.

Escuchó.

—¿Quién?

—Sí. ¿Es el número 12.687? Quería hablar con los Reyes Magos.

—¿Eh? Sí. Soy Maruja Moncada. ¿Eh? Sí... Velázquez, 66. ¿No están los señores Reyes?

—¿...?
—Lo mismo me da. No siendo el negro, porque me asusto, que se acerque el que quiera.

—Buenas noches, D. Gaspar. Soy yo, Maruja Moncada, una niña muy buena, muy buena, y quería muchos juguetes para el día seis. ¿Eh?

—Sí, majestad. Un tigre como el que tiene Lolita Revuelta y que se le da cuerda y mueve la cabeza así. ¿Ve usted cómo la muevo yo? ¡Pues así!

—Nada más. ¡Ah! Y que se abrigue usted mucho, señor Rey, cuando me traiga los juguetes. Esta calle de Velázquez es muy fría... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Ah! Dele usted un beso al otro señor Rey...

—No. Al negro no, que me asusta...

Bajó satisfecha de los cuatro tomos del diccionario, volvió á colocarlos en su sitio, apagó la luz y salió al pasillo. Iba gozosa, satisfecha, ilusionada con el feliz éxito de la entrevista. Estrechando contra su corazón á la muñeca japonesa, le decía:

—Tú, cállate... No digas nada de esto... Es un secreto, ¿sabes?...

Y de pronto el timbre del teléfono la estreme-

que los llevemos á ustedes y figuren que los dejan los Reyes Magos... ¿Me oye?

—... Sí... siga usted...

—Bien. Pues como quiera que todos esos juguetes son de los más caros, y que el importe total asciende á mil cuatrocientas setenta y cinco pesetas, hemos querido consultar antes con el Sr. Moncada si estaba conforme con ello. Luego irá uno de nuestros dependientes á visitar al señor para... ¡Oiga!... ¡Central!... ¡Central!... ¿Me oye?

No. Maruja no escuchaba. Maruja había dejado el teléfono y de bruces sobre los diccionarios, lloraba amargamente...

El timbre seguía sonando imperioso, terco. Ya no importaba que se despertara miss Ada, que acudiera Pedro. ¡Mejor! Así podría decirles á todos que la habían engañado miserablemente, que los Reyes Magos no existían...

LAS CURIOSAS DE AMOR



SE cree, generalmente, que la curiosidad es una esencia del espíritu femenino. Si ello fuera así, habríamos proclamado la superioridad de la mujer; porque curiosidad y espíritu diligente vienen á ser la misma cosa.

Pero en la curiosidad, como en todo, hay jerarquías. No es lo mismo sentir curiosidad por lo grosero que por lo delicado, por la música que por una riña de comadres. Y en estas jerarquías de curiosidad, es donde precisamente vemos la distinción espiritual de la mujer. Las mujeres son más curiosas que los hombres; pero nuestra curiosidad es abstracta, democrática, plebeya; mientras que la suya es concreta, finísima, aristocrática. Los hombres generalizamos la curiosidad; ellas la especializan. A nosotros suelen interesarnos la política, la sociología, la ciencia, las artes, todas las actividades humanas. A ellas no suele interesarles más que una sola actividad humana: el amor.

Desde que el mundo es mundo, esta «curiosidad de amor» ha sido, sigue y seguirá siendo la más sutil definidora de la mujer. ¿Qué fué, en el Paraíso, nuestra madre Eva, sino eso: «la primera curiosa de amor»? ¿Qué es Circe, en «La Odisea» sino curiosa impertinente del amor de Ulises?

Ciertos filósofos esquinados, como el viejo Eurípides en sus comedias y el moderno Strindberg, su avinagrado imitador, en comedias, cuentos y artículos, pretenden castigar con la mordacidad y el insulto esta curiosidad amorosa de las mujeres, en quienes no ven más que «chismosas comadres» ó «sensualismos desenfrenados».

En cambio, los filósofos esencialmente femeninos—un Luciano, un Stendhal, un Mantegazza—se sirven de la ironía ó de la fisiología, como los ciegos de sus lazarillos, de sus perros ó de sus garrotes; porque aun cuando persiguen á la mujer, saben demasiado que van á tientas...

No hay misterio humano tan atrayente como el misterio del Amor. La misma Muerte nos preocupa menos. Y con ser el misterio de la Muerte tan impenetrable, el del Amor aun le aventaja en

sus desesperantes taumaturgias. Teniéndolo, como quien dice, en nuestras manos, se nos va; llevándolo en nosotros mismos, lo desconocemos, como si lo llevasen los habitantes de Saturno.

¿Cómo no ha de estar justificadísima la curiosidad de amor? ¿Qué otra curiosidad humana es tan noble, tan delicada, tan excelsa? Las mujeres, al ser curiosas de amor, velan por el prestigio de la grandeza humana, son las vestales del divino fuego cordial.

Pero esta misma cualidad esencial y unigénita del amor—el Misterio—, las detiene en sus investigaciones, como un conjuro. No es posible estudiarlo en la vida social, porque en la vida social el Amor se ausenta, dejando en lugar suyo una «contrafigura»: la Discreción. Esa enamorada que, por discreción social sonríe, deja á su Amor abandonado. Ese galán que, por discreto, calla, está oyendo las voces íntimas de su amor, amordazado y sofocado... ¿Qué han de hacer las «curiosas de amor», si esto no se deja observar en la vida? Observarlo, estudiarlo, analizarlo en los libros. Los libros son como los «campos de experiencias», clínicas y laboratorios del Amor. Millares de generaciones de poetas, de filósofos, de novelistas, de cuentistas, de ensayistas, crearon estas «escuelas prácticas». A costa de naufragios íntimos, de ruinas inconfesables, cada libro es como un rosal florido: la pompa de las rosas cubre, poéticamente, las espinas.

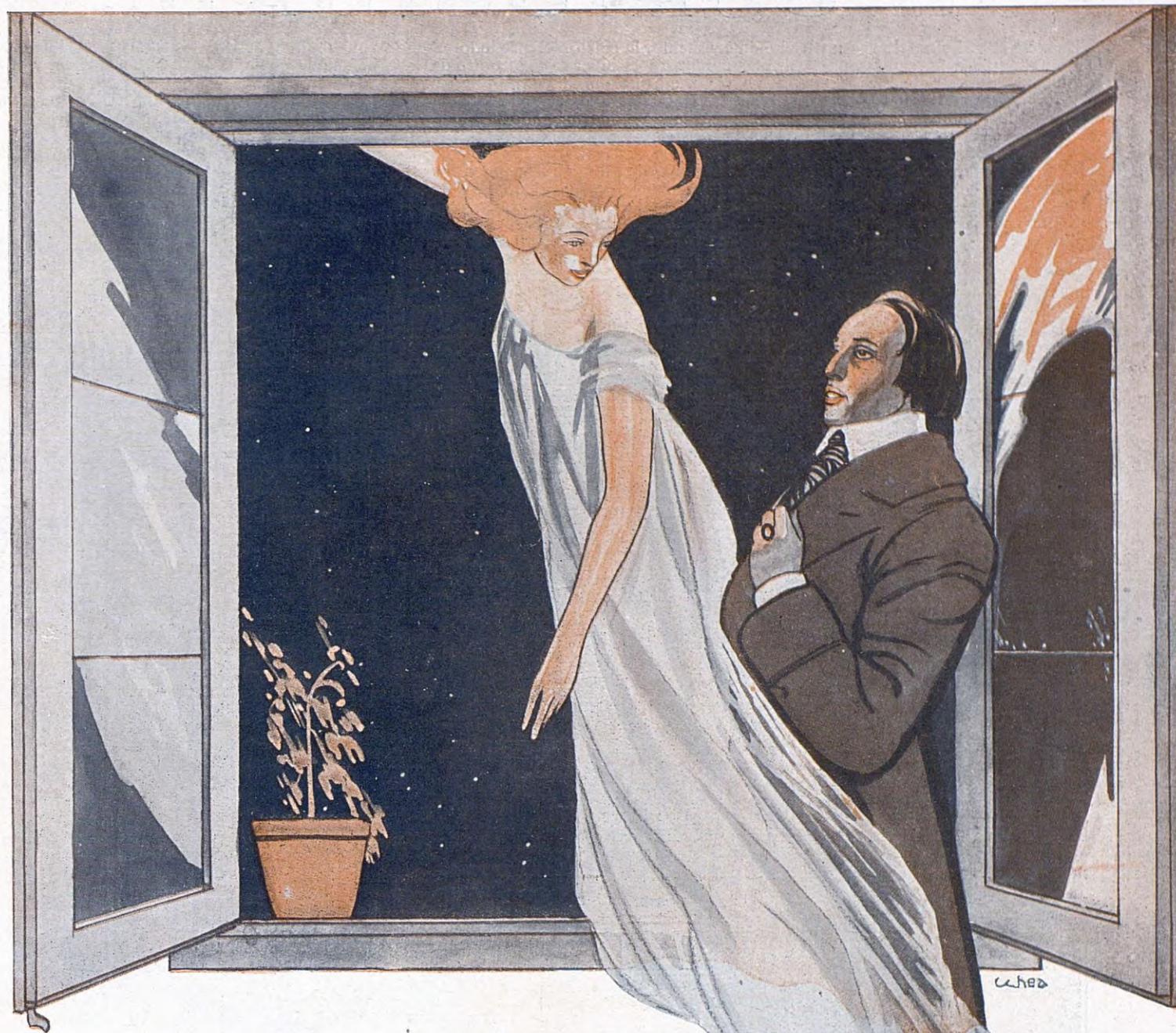
El afán de lectura en las mujeres no es más que eso; viva curiosidad de amor, divina curiosidad de amor, humana curiosidad de amor. Desconfiad de la mujer que no busque en los libros esos nobles estímulos de revelación ó adoctrinamiento. Las «curiosas de amor» son espíritus preocupados y diligentes, que buscan en los libros su orientación, como los Reyes Magos la estrella deslumbrante del villancico...

El afán de lectura en las mujeres no es más que eso; viva curiosidad de amor, divina curiosidad de amor, humana curiosidad de amor. Desconfiad de la mujer que no busque en los libros esos nobles estímulos de revelación ó adoctrinamiento. Las «curiosas de amor» son espíritus preocupados y diligentes, que buscan en los libros su orientación, como los Reyes Magos la estrella deslumbrante del villancico...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE CAMILLO INNOCENTI

<i>La galera sombría</i>		
	<p>Si deseas que pronto de tus mares se ajeje la galera sombría que te trae las penas, ten paciencia y aguarda: la paciencia es el eje moral y el gran secreto de las almas serenas.</p> <p>La paciencia hizo el mundo; lo rige la paciencia; el arte es una larga paciencia (¿y el amor?) La santidad más alta, la más profunda ciencia, de una maravillosa paciencia son la flor...</p> <p>Sé paciente y aguarda que fulgure tu día. ¿Sabes tú si las perlas de la santa alegría con que sueñas, anidan en las heces del vino? Bebe todo tu cáliz... No hay bonanza tardía ni existencia que acabe sin cumplir su destino!</p> <p style="text-align: right;">Amado NERVO</p>	



VOCES DEL MISTERIO

A mi querido amigo Mariano Zavala

Amarrado á la arcilla mi espíritu precito,
cuando ve una ventana abierta al infinito,
deja su cárcel corporal,
y mis ojos extáticos, aún á la vida abiertos,
han visto en las tinieblas del reino de los muertos
á una luz extraterrenal.

ooo

Yo sé que hay un concierto de voces en la sombra
y escucho, en la alta noche, una voz que me nombra
y siento un ansia de llorar...
Nada se oye en mi estancia y digo: —Será el viento
que gime, pero el alma sabe que es un acento,
un dulce acento familiar.

ooo

Cuando en hondas nostalgias mi vida se consume
oigo una voz que es vuelo, es música y perfume
cual otra voz jamás oí,
y veo un fulgor, como un penacho de incienso
que se esfuma en el seno de las sombras, y pienso:
—¿Quién habrá estado junto á mí?

En las horas funestas en que maldigo y lloro
veo dos compasivas dulces pupilas de oro
que mi dolor lloran también.
—¡Será que se reflejan las estre' las tranquilas
en mi ventana!—pero sé que son dos pupilas
que en el azul siempre me ven.

ooo

Como sombra de sombras, como un vago reflejo,
sonríe desde el fondo borroso de mi espejo
un rostro triste y espectral.
Hay un mundo de formas translúcidas é inquietas
y los perros que au.lan, es que ven sus siluetas
bajo la luna fantasmal.

ooo

Yo sé que hay junto á mí una sombra divina
de cabellos dorados, que encanta mi retina
con las visiones del astral;
es su voz sin palabras, esa voz que me nombra,
y son sus ojos aéreos los que llenan mi sombra
de un claror ultramundanal.

Ella es la adivinada, ella es la inaccesible,
la suprema belleza, la mujer imposible,
la que nunca en mis brazos de amor suspirará;
la que le ha dicho á mi alma esclava y dolorida
que cuando nuestros ojos se cierran á la vida,
existe un mundo más allá...

EMILIO CARRÈRE

DIBUJO DE ECHEA

POR CURIOSIDAD...

PUES, señor... D. Juan Díez Pelgarejo era un acreditadísimo industrial del gremio de coloniales, con tienda en la calle del Ave-María, bien surtida siempre, y con una parroquia constante. Buen padre de familias, apreciable convecino, síndico gremial y, por añadidura, caballero de la real y distinguida orden de Isabel la Católica. Distinción merecidísima que le dieron por influencias de un Diputado á Cortes en memoria de una cuenta olvidada...

A pesar de tan bellas cualidades, y como si fuera un mercachifle vulgar, se le aposentó en los pulmones un airecillo traidor que en menos de cuatro días se lo llevó para el otro mundo, malográndose tan excelente ciudadano y tan útil patricio á la temprana edad de sesenta y siete años no cumplidos y vigorosamente soportados.

Cierto que le hicieron un magnífico entierro, que el barrio en masa fué tras de la carroza, re-

vigilante y atento, la sujetó del otro lado. Y uno tira de aquí para el infierno y otro tira de allí para el cielo, sin que ninguno consiguiera sacar ventaja á su adversario, y el alma estabase inmóvil aguardando á que más alto mediador resolviera su rumbo y su destino.

Pronto llegó el Arcángel encargado de dirimir estas contiendas que incesantemente vienen repitiéndose desde el principio de los siglos y no terminarán hasta que los siglos concluyan y ya no haya hombres por el mundo.

Cesaron entonces los combatientes en su estéril porfía material, y en cambio apercibiéronse ambos á dar las razones por las que juzgaban que suya debía ser el alma en litigio.

Diablo y Angel. De llevar toga y vuelillos, abogado y fiscal... Y los dos afilando las uñas de su dialéctica para exponer mejor y más claramente los motivos de salvación y de condena-

bló el alma, doliéndose amargamente de que los diablos, á quienes tenía por embusteros, dijese tantas verdades.

El Arcángel pronunció la terrible palabra, dirigiéndose al diablillo:

—Tuyo.

El Angel, apurando la última esperanza, le preguntó:

—Alma, di, ¿has mentado en algo?

El alma, forzada á la verdad, contestó humildemente:

—En nada...

—¿Quieres decir alguna buena obra en tu defensa?

—Ninguna hice... Sólo quisiera manifestar que no engañé á nadie jamás, y que en mi casa jamás, ni una vez, ni una sola, siendo tenderos, se dió el peso mermado.

—¿Diste siempre el peso exacto?



cubierta de coronas, en imponente manifestación de pésame y que los funerales fueron solemnísimos...; pero con eso y con todo había sido una mala jugarreta la de aquel airecillo sutil.

Y en cuanto á la observación de haberse malogrado en la temprana edad de los sesenta y siete años no cumplidos, debe advertirse que se trata de un criterio puramente personal de quien relata este suceso, estimando—como dicen los chulos—que es muy breve tránsito por este valle de lágrimas el de sesenta y siete años nada más, cuando hoy cualquiera tiene cincuenta...

Y consignada esta digresión, protesta, desahogo, envidia... ó como quiera calificarlo el pío lector, volvamos prestamente al hilo del cuento.

Murióse, como bien aclarado queda, el prestigioso industrial D. Juan Díez Pelgarejo de una alevé pulmonía, y apenas desligada de su terrenal envoltura lanzose el alma que fuera del síndico gremial de coloniales por los espacios aéreos con vertiginosa celeridad; pero aún no había traspasado el primer círculo cuando ya le sujetó fuertemente un diablillo de los que emplea Satanás para el especial servicio, busca y captura de las almas de los comerciantes.

Pero al mismo tiempo, el Angel de su Guarda,

Y el Arcángel, silencioso, pues sólo le es dado pronunciar una palabra, aunque ella será la definitiva hasta que llegue el momento supremo del juicio final, dispúsose á escuchar.

Y así hablaron:

EL ANGEL.—Fué bueno.

EL DIABLO.—¡Fué malo!

EL ANG.—Rezó mucho...

EL DIA.—De miedo y de viejo.

EL ANG.—Iba á misa todos los domingos.

EL DIA.—Pensando en sus asuntos y no en la salvación.

EL ANG.—No trató mal á nadie.

EL DIA.—A sus dependientes les tasaba la comida y no les tasaba los insultos, y cuando eran pequeños tampoco les tasaba los tirones de orejas.

EL ANG.—Fué buen marido...

EL DIA.—¿Te digo el nombre de todos sus cortejos...?

EL ANG.—Fué caritativo.

EL DIA.—Ya podía; con los treinta mil duros que robó á un sobrino, con los veinte que le robó á un socio y con todo lo que ponía de más en los precios.

EL ANG.—Eso lo hacen todos.

EL DIA.—¡Es que todos vendrán conmigo!

Enmudeció el Angel, rióse el diablillo y tem-

—¡Siempre!

—¡Qué raro!

Y, dirigiéndose al Arcángel, continuo:

—Yo creo que por su buena acción debía perdonársele todas las malas.

El Arcángel por lo no previsto del caso, interrumpió su silencio:

—Esa acción no está en la lista de las que yo tengo señaladas como absolutamente meritorias.

—Nadie podía sospecharla... Y, siendo caso nuevo, quizás fuera oportuno consultarlo...

—Lo consultaré...

Voló. Apagose el resplandor de sus alas en lo infinito un instante y de nuevo tornaron las nubes á incendiarse cuando regresó.

El Angel, tan ansioso como el alma misma, preguntó:

—¿Consultaste?

—Sí.

—¿Qué disponen?

—Que suba.

—¿Que suba?—rugió el diablillo— ¿Va á ir por santo?

—No, no. Lo quieren ver por curiosidad... ¡Es el primer caso!

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJO DE BARTOLOZZI



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA
Fotografía obtenida recientemente por el ilustre artista Franzen

¡DEMASIADO TARDE!

ERA la Fatalidad ó era el Destino el que volvía á ponerme delante de aquella mujer hechicera que, desde hacía diez años, tenía embrujada mi vida con la pesadumbre de su recuerdo, que era *la razón* de mi existencia?...

Mi buen amigo Carlos, tan caballero, tan noble y tan ajeno á todo el pasado de su mujer y mío, nos presentó con su habitual galantería:

—Mi entrañable camarada Alberto Rey... Carolina, mi mujercita...—Y, tras el tono solemne de esta presentación, prosiguió muy jovial: —¿Qué te parece, Alberto?... ¿No te decía yo que era un ángel?... ¿Eh?... Muy guapa, muy buena, muy inteligente... Tal vez un poco rabiosilla...

Y al mismo tiempo que decía esto le dió á la ingrata un cachetito cariñoso en el cuello...

Ella, indiferente, con una indiferencia fría y cruel, como la hoja de un puñal que fuera clavándose en mi corazón, sonrió con honesta coquetería, al mismo tiempo que acariciaba la mano de *su dueño*... Yo debía estar densamente pálido. Todo mi sér era emoción. Después pasamos al comedor y tomamos asiento ante la mesa... Yo, en medio del matrimonio... La gran lámpara, que parecía un enorme medallón de brillantes, derramaba su blanca luz sobre los manjares... Las naranjas, los plátanos, las piñas, que formaban ordenados montoncitos sobre los fruteros de cristal de Bohemia. En el centro, el *bouquet* de rosas tempranas que yo había enviado... La charla, que al principio andaba remisa, pronto se enhebró... Este milagro lo hicieron el Jerez, el Montilla y el Champaña. Yo, que había conseguido dominar mi gesto, mi voz y mis recuerdos, representaba perfectamente mi papel de desconocido convidado... Me mostré locuaz y hasta inspirado. A instancias de Carlos, conté algunas anécdotas y aventuras ocurridas en mi accidentada vida errante por el extranjero. Mi amigo Carlos comentaba dirigiéndose á su mujer...

—Este Alberto es un hombre muy original. Abandonó España hace diez años y durante ese tiempo ha recorrido todo el mundo...

—Y cuando hubo necesidad de amar, he amado, y cuando fué preciso matar, he matado...

El rió y ella hizo por reír.

—Y... dínos, Alberto: ¿por qué marchaste de España?...

Esta pregunta de Carlos me sorprendió; pero rápidamente me repuse y le contesté al mismo tiempo que paladeaba el licor:

—¡Por cosas!... Mejor es que no las sepas, Carlos...

El marido no acertó á medir todo el alcance de mi respuesta; pero la mujer bajó sus llameantes pupilas hasta clavarlas en sus manos...

El café lo tomamos en el artístico *fumoir*... Después, Carlos fué á engalanarse con su traje de etiqueta y nos dejó solos á ella y á mí... Carolina se había dejado caer con indolencia árabe sobre la mullida meridiana de raso rojo. Sus piecitos largos y delgados se hundieron en el cojín de seda; quedaba al descubierto, bajo el amplio vuelo de la falda corta, el arranque de sus piernas redondas, estallando en las negras medias de torzal... Por primera vez la contemplaba á mi sabor, después de un paréntesis de diez años. Estaba tan gentil, tan arrogante, tan rubia y tan blanca como cuando nos conocimos... La liviana boca de coral y nácar conservaba la misma tentadora frescura de flor... Tal vez sus grandes ojos negros se habían saturado de una dulce melancolía que les daba más interés... Nuestro diálogo comenzó por aquel silencio que era como una pausa musical... Ella no me miraba; pero se sentía mirada por mí y todo su cuerpo goyesco estremecíase bajo esta contemplación... Al fin, su voz saltó trémula como una nota rozada...

—Alberto... ¿quiere traerme el ramo de rosas que nos ha enviado usted?...

Fuí al comedor, cogí el *bouquet* rojo y blanco y lo puse en sus manos, que lo aprisionaron como dos reptiles de alabastro; después lo estreché contra su pecho y contra sus labios con la misma loca vehemencia que se apretuja una cabeza adorada. Al mismo tiempo, aparentando una frivolidad que estaba muy lejos de sentir, me preguntó sin alzar los ojos de las flores:

—¿Con que ha viajado usted mucho?...

—Mucho—repose fingiendo indiferencia.

—¿Solo?...

—No.—Hice una pausa durante la cual obser-



vé su agitación—. Con el recuerdo de su amor, Carolina, que era ya un dolor.—Más resuelto y audaz avancé hasta ella y, mostrándole mi rostro, proseguí: —Fíjese usted, Carolina, en mi frente... Observe el Cristo que sobre ella han hecho mis arrugas...

Me miró de hito en hito y con una voz que fué casi un suspiro de todo su sér, murmuró:

—¡Ah, sí!... Antes no tenía usted esa cruz, Alberto.

—Pues esta es la cruz de aquel amor que me acompaña á todas partes... También la tengo clavada en el corazón...

El rostro de Carolina se había arrebolado.

—Y tiene usted cabellos blancos—murmuró tristemente.

—El sudario de los recuerdos que envolverá esta cruz... Entre ellos hay una mujer bella, como usted, y una epístola que con inaudita crueldad decía...: «Sé tu vida; tu vida libertina y despreciable, y si la supiera yo sola, tal vez intentara regenerarte; pero la saben en mi casa también y, obligada por mis padres, tengo que desistir de mi quimera y decirte: Como si jamás nos hubiéramos conocido, Alberto».

—¿Y usted qué contestó á esa carta?...

—Nada... ¿Para qué?... Me perdí en el mundo.

—Tal vez aquella mujer esperase algo más de su amor.

—¿Una imploración?—inquirí yo con altivez.

—No; un arrebató...

—¿Lo merecía ella?...

—Ella, no sé; su amor por usted, tal vez sí.

Como había dicho la ingrata más de lo que quería decir, rápidamente cortó el diálogo y con voz firmé exclamó:

—Mejor es que hablemos de otra cosa... ¡Ya es demasiado tarde!...

Yo, dolido en mi orgullo y en mi amor, me

aparté de su lado y en silencio paseé nerviosamente por la habitación. Un pequeño librito encuadrado en piel de Rusia que había sobre la chimenea, despertó mi interés. Instintivamente lo cogí y lo examiné... Eran los *Pequeños poemas de Campoamor*.

—Es mi libro predilecto—musitó Carolina que espiaba todos mis movimientos...

—Y tiene una señal—advertí yo al encontrar una rosa marchita entre sus hojas.

—Sí; una señal que he puesto en mis estrofas preferidas.

Me asaltó una gran curiosidad de leer en aquellas páginas... Con el libro entre las manos fuí de nuevo al mirador... Fuera, el cielo era como un tul celeste salpicado de goterones de platino que, á veces, palpitaban cual luminosas almas errantes. La luna enviaba hasta allí luz suficiente, y á su pálido resplandor leí en voz alta:

«¿Y su amor?... Ya está muerto y enterrado, pues hay quien ha advertido que se limpia al descuido con cuidado el sitio donde la besa su marido.»

Y después, más emocionado, proseguí...:

«Sin el amor que encanta la soledad del ermitaño espanta; pero es más espantosa todavía la soledad de dos en compañía.»

Y nada más. Carolina lloraba en silencio. Sus lágrimas rodaban sobre las rosas. Al fin alzó los ojos y sus pupilas se encontraron con las mías. Fué un choque y nuestras voluntades quedaron dominadas por dos exclamaciones que brotaron del corazón:

—¡Alberto!

—¡Lina!...

Se acercaban los pasos de mi entrañable amigo Carlos... ¡Era demasiado tarde!...

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Marinus Claeszoon

LA PIEDRA DEL SABIO

El arco del círculo basta para deducir el centro, y deducido el centro, el círculo está cerrado. Tal es el fundamento de la Astrología, como la enseñaba el viejo Albertus Theotricus. Y es gran verdad que los ayeres guardan el secreto de los mañanas. Si volvemos los ojos á lo que pasó, sabremos de lo venidero, pero no será sin evocar toda nuestra vida y desandar los caminos llorando sobre ellos, porque sólo en este dolor y en este arrepentimiento se despierta la conciencia y alumbra la luz del más allá. El dolor del pecado agranda el ámbito de nuestra ciudad interior y lo llena de resonancias infinitas. Desde que nacemos hasta que perecemos, en toda la largura del camino, la voz del misterio y el terror de la muerte hablan en nosotros. El terror de la muerte es el nudo de horca con que el pecado nos sujeta en este tránsito. Tememos el misterio porque el misterio no es de nuestra naturaleza mortal, y las almas en la cár-

caremos en su responsabilidad eterna, con dolor desconsolado.

Los momentos de nuestra vida mortal son menguadas intuiciones de los círculos nigrománticos donde el ánima en pena se hace centro para recoger en un acto sumo de conciencia, el fruto acedo de sus horas. En esta comprensión astrológica, los pensamientos y los deseos más fugaces, son larvas eternas de amor ó de dolor. Al pasar bajo el arco de la muerte todas las almas aromarán como rosas, todas sentirán el mismo anhelo celeste, pero en unas el tránsito será gozoso, y en otras atribulado, porque cautivas en los círculos creados por ellas mismas, verán con distintos velos la Divina Faz. Solamente nuestras obras pueden abrirnos la puerta hermética del huerto embalsamado, donde mora la sombra blanca que santificó el mundo con su palabra de vida, de verdad y de luz. Divino Maestro, tu resplandor está en nosotros, y en cada

llas. Todas son nacidas del influjo solar, y por la luz aprendidas. El limo se hace sagrado en la clara entraña del día, al encarnar las celestes normas, y en el barro del hombre se redime la tierra de su obscuro pecado. La humanidad es el fruto elegido en el connuvio de tierra y sol. Cristo Jesús hace divina la negra carne del mundo, y su divinidad trasciende á la eterna substancia de las cosas, en el pan y en el vino de la Cena.

Aquellos que buscan la iniciación gnóstica se consumen en un anhelo por ser centros encendidos de amor y caminan sobre la blanca estela del Ungido. Son las almas que reciben la luz de la gracia, pero hay otras menos felices y fortalecidas donde esta luz se quiebra, almas para quienes la intuición mística viene á ser como una estrella de infinitos caminos. Por el de la belleza peregrinan las vidas estéticas. Cada atributo teológico es un sendero con diferente resplandor, y todos conducen al regazo del Padre.



“Metempsychosis“, dibujo de Miguel Hevia

cel de los sentidos, tiemblan bajo la mirada de los fantasmas, como el agua de las albercas, bajo las estrellas lejanas...

Todo nuestro saber temporal es una yuxtaposición de instantes, una línea recta, un rayo de sol. Sin embargo, este momento tan efímero volveremos á vivirlo en la remota eternidad, y lo que ahora es como un punto que vuela, será un círculo inmutable. Por la eternidad del pecado somos creadores de un mundo que la conciencia mortal no puede abarcar, pero que la muerte nos revelará, pues ninguna cosa existe sin ojo que la vea, y pensamiento que la juzgue. En un día sin término, con sed de aniquilamiento mayor que fué la sed de vida en el ciclo de barro, contemplaremos este mundo soturno creado en las horas carnales, y todas nuestras acciones las veremos inmóviles en sus últimas consecuencias. El conocer contemplativo, fundamento de toda la doctrina mística, es una vislumbre de este conocer. El alma, cuando se hace estática, queda del todo privada, en una fatalidad indiferente para el bien como para el mal, escribe el iluminado de las Instituciones Místicas: Tauleiro.

A través de los espacios siderales reconoceremos nuestras acciones mundanas y las abar-

una de nuestras acciones podríamos ver tu semblante santo si las conformásemos á tu Ley. Amor que damos es amor que alcanzamos, amor engendra amor, pero aquellos que fuimos sembradores de odios sólo tendremos cosecha de hieles al romperse los lazos de la carne, cuando se haga en lo arcano del alma la conciencia máxima de todas nuestras horas mortales. Y esta intuición hizo decir á los antiguos astrólogos, que la muerte oculta el enigma de lo que ya fué. En la infinita comprensión de nuestra vida mortal, está el premio y está el castigo.

Peregrino del mundo, edifica tu ciudad espiritual sobre la Piedra del Sabio. Hermano, pálido adolescente lleno de inquietud y de dudas, haz alto en el camino, aprende á ser centro y alma solitaria sobre el monte. Como los antiguos alquimistas buscaban el oro simbólico, sello de toda sabiduría, en el imán solar, busca tú la gracia de amor que no tienes, y acaso un día podrás ver sobre el camino de la tarde, la blanca sombra, encarnación humana del Verbo de Luz. Infunde en tu alma el goce de lo bello, crea belleza, vive en belleza, y al contemplar tu pasado desde la ribera remota, contemplarás amor. No olvides que la última y suprema razón que todas las cosas atesoran para ser amadas, es ser be-

En la gran noche del pecado, cuando los malos espíritus volaban sin tregua en torno de los hombres, el sendero de la belleza ya partía como un zodiaco divino, la bóveda oscura y sin luceros. Es el primer camino que se abrió en las conciencias, es anterior á toda razón ética, porque desde el nacer los ojos de las criaturas fueron divinizados en la luz, y el logos generador, fué el Numen. Las almas estéticas hacen su camino de perfección por el amor de todo lo creado, limpias de egoísmo alcanzan un reflejo de la mística luz, y como fuerzas elementales, imbuidas de una oscura conciencia cósmica, presienten en su ritmo el ritmo del mundo. Adustas, acaso, para el amor humano, se redimen por el amor universal, y cada una es un pantáculo que sella la maravillosa diversidad del Todo. Aún se acuerdan del día genesiaco cuando salieron del limo, y sienten el impulso fraterno que enlaza las formas y las vidas en los números del sol. La luz es el verbo de toda belleza y toda redención. Luz es Amor.

Peregrino sin destino, ama todas las cosas en la luz del día, y convertirás la negra carne del mundo, en el aureo símbolo de la Piedra del Sabio.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

El patio



El cronista ocupaba últimamente una modesta «chambre meublée» de la calle Moscou, cerca del boulevard Batignolles. Para llegar á su habitación necesitaba atravesar un anchuroso zaguán, y dejando á un lado la alfombrada escalera de los cuartos exteriores, cruzar un patio y subir por una segunda escalera llena siempre de silencio y de obscuridad.

Mi gabinete de trabajo tenía dos ventanas abiertas sobre la nostalgia conventual de una «petite cour». Casas altas de seis y siete pisos, daban sombra y humedad al patín sordido como un agujero. Todo allí era umbrío y glacial: el suelo de asfalto; las paredes que ennegrecieron lentamente la pátina tristísima de la intemperie y el humo de las cocinas; la expresión de una fuente que, semejante á un reloj, latía isócrona en la paz de las tardes y en el profundo borrón de la noche.

El vecindario, aunque de condición humilde, vivía callada y recogidamente. En el piso bajo había un faller de modistas; en el entresuelo, un librero de viejo; en el principal, un peletero; más arriba, un individuo calvo y ya cincuenteno, que todas las mañanas, á la misma hora, antes de marcharse á la oficina despedíase de su mujer abrazándola delante del balcón. Los habitantes de los demás cuartos carecían de verdadera personalidad, porque se mostraban raras veces. De cuando en cuando, una sirvienta que se asomaba á sacudir una alfombra; un viejo que sacaba sus canarios al aire; una jamona que, después de almorzar, salía á su ventana á fumar un cigarrillo.

Canciones ó diálogos de balcón á balcón, ni por casualidad. La guerra, que detuvo la vida en los campos y en las fábricas, ha impregnado de reserva y de frío las conciencias. Nadie tiene ganas de echar fuera del pecho sus pensamientos, demasiado graves, ni sus penas, demasiado hondas. El alma francesa solo medita en los que murieron y en cuantos habrán de caer aún, y así esos patios de París, antes tan alegres, tienen ahora una melancolía hostil, porque

son como los bastidores del rojo escenario donde la tragedia va devanándose.

En este patinillo montmartrés se trabaja, se suspira, se recuerda, y al pliegue austero que ensombrece la frente de las mismas mujeres, la diligencia afanosa de las manos que van y vienen sobre la labor parece responder. La guerra se llevó á los padres, á los hijos, á los esposos, á los amantes, á los hermanos; todas y todos tienen algún ser querido en la línea de fuego, y la imagen del ausente pesa ineluctable sobre las almas.

El peletero jamás levanta los ojos de su faena; tampoco las modistas. Únicamente miran al cielo si, muy alto, por el espacio azul que enmarcan los aleros de los tejados, pasa crepitante y dorado por el sol un aeroplano. Entonces el presuroso aleteo del «pájaro de guerra» llena de ruido y emoción los ángulos sonantes del patio; su estrépito es de peligro, de lucha, y aviva el enternecimiento hacia los que, lejos de sus hogares, pelean por la integridad del territorio y el honor militar. Oyéndolo á la vez sobre todos los labios florece, envuelta en un suspiro, la misma pregunta.

—¿Qué habrá sido de «él»?...

Y conforme el aeroplano se aleja y el fragoroso latir de su hélice va apagándose, diríase que el destino enigmático dibuja en el aire un signo de interrogación.

Una tarde el reposo del patio era más hondo que otras veces, y á su mudez aparentaban contribuir los nubarrones que obscurecían el sol. El peletero trabajaba delante de su mesa, las modistas cosían encorvadas sobre su labor, los pájaros seesteaban en sus jaulas, el gotear de la fuente apenas se oía...

De súbito, estridente, desgarrador, vibró un grito, y enseguida otro... y otro... y muchos más.

—¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío de mi alma! ¡Ay, Dios mío de mi alma!...—repetía una voz femenina.

Aquella voz crispaba los nervios y era cortan-

te como un bisturí. Dejamos de escribir. ¿Qué sucede?...

Debajo de nosotros la voz, que ya nada esperaba de los hombres, seguía impetrandose con destemplados y obstinados gritos la piedad del Supremo.

—¡Dios mío!... Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!... Coreando estos gritos prodújose un murmullo, un barbotar ininteligible de frases que debían de ser de confortación y consuelo. Casi simultáneamente todas las ventanas fueron abriéndose y coronándose de vecinos; aquel rumor de drama había interrumpido el laborioso fragón de todos.

—¿Qué ocurre?—preguntó una mujer.

—No sabemos—repuso otra.

—¿Es ahí, verdad?

—Sí, ahí; en el entresuelo...

Todas se miraban, interrogantes y enternecidas; y luego miraban al cuarto de donde venía el dolor; y en el fondo de aquella emoción había un egoísmo, porque todos pensaban que podía sucederles algo igual.

Poco á poco la voz plañidera iba enronqueciéndose, debilitándose, apagándose. Luego, de pronto, calló, y sentimos el golpe de un cuerpo que cae al suelo. Después silencio. Unas tras otras, las ventanas á las que más que la caridad habíase asomado la curiosidad de la multitud, fueron cerrándose y el patio recobró su silencio. Volvió á oírse la fuente.

Al día siguiente la portera me explicó lo acaecido.

—Es que á la vecina del entresuelo—dijo—le han matado su esposo en Champaña.

—¿Cómo lo supo?

—Por un telegrama.

Aquella misma semana, la viuda murió. ¡Pobre mujer! La bala que tumbó al marido la recibió ella también, en el corazón, envuelta en un papel.

EDUARDO ZAMACOIS

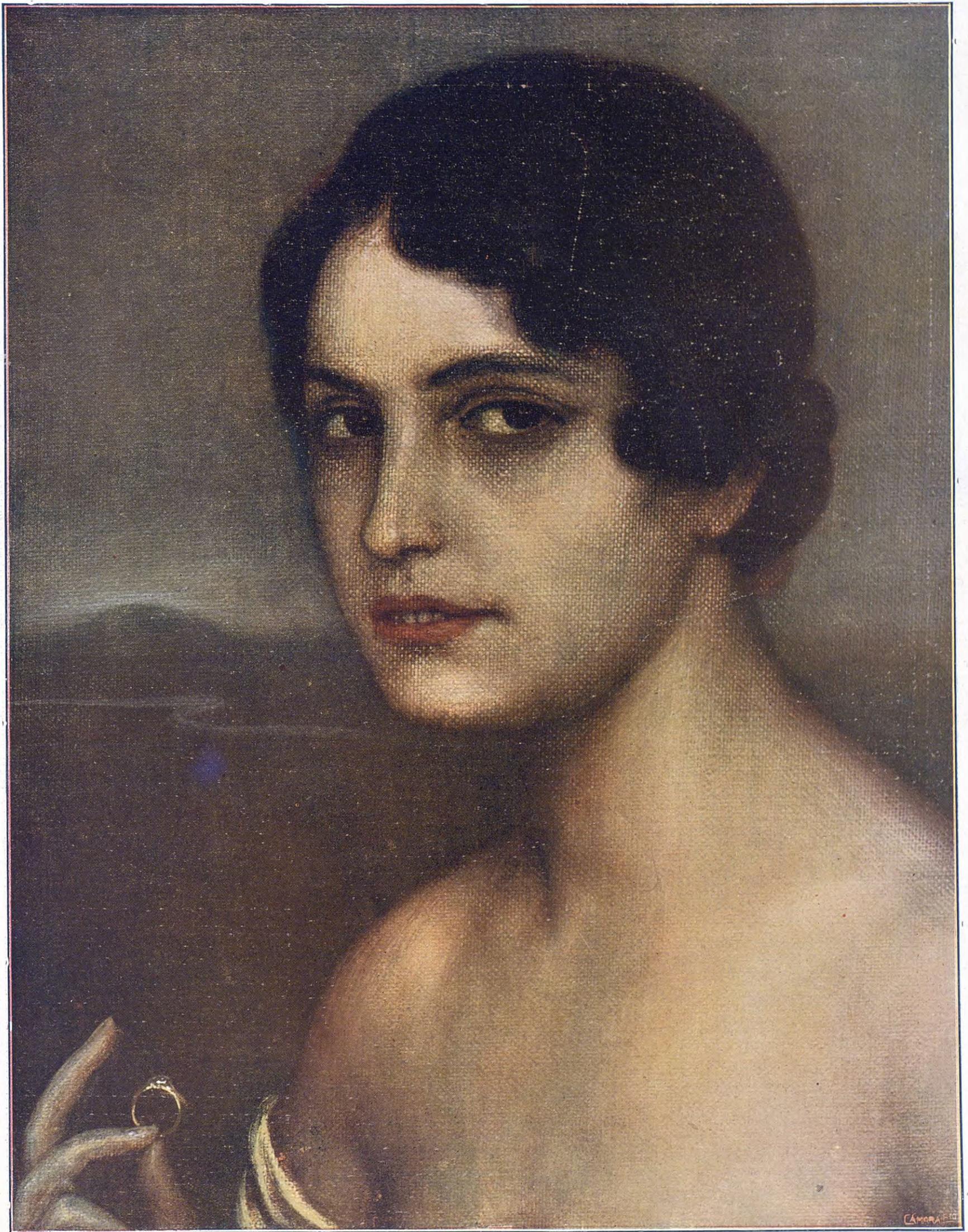
BIENJO DE F. RIBAS

LA ESFERA
TIPOS ESPAÑOLES



UN VASCO, cuadro del ilustre pintor Elías Salaverría

LA ESFERA
ARTE CONTEMPORÁNEO



RETRATO, por el ilustre pintor Julio Romero de Torres

BALADAS DE LA GRAN GUERRA



LOS HIJOS

Fué como una larga ola arrolladora, furiosa, preñada de tempestad, erizada de armas agudas, terrible, coronada de humo en vez de espuma. La llevaba, no un huracán, el esfuerzo poderoso de millones de pechos humanos; tronaba, no con el ruido sordo del agua, con el estampido horrisono de la pólvora. Lo destruyó á su paso todo; todo lo inundó y también se detuvo—como las olas del mar ante la muralla de rocas—aquella frenética ola humana, iluminada en sus entrañas por lívidos relámpagos de fuego. No quedó nada de un confín al otro confín. (El suelo se tiñó de sangre, el cielo de púrpura.)

Mas sí quedaron, con el terror en los ojos medio saltados y las gargantas secas y el cuerpo estremecido, unas mujeres. Como se estremece el plumón del pájaro al batirle el viento, así temblaban.

Pasaron junto á ellas largas manadas de soldados espectrales, apariciones de una visión trágica, huyendo. Se rompió el cielo entre estampidos, se deshicieron las viviendas como derribadas por una mano gigantesca y entre el polvo, que era como la columna de una hoguera hacia la altura, surgieron los vencedores.

(El suelo tembló como un terremoto. Dios huyó más allá de la bóveda azul para no ver su obra destruída.)

Los vencedores, ébrios, surgieron de entre las ruinas. En nombre de otras ciudades habían destruído aquellas ciudades.

(Todo era horror en la Naturaleza. Y vino sobre las cosas la paz de la muerte.)

Al principio aquellas mujeres se escondieron en agujeros para no ver á los monstruos. Luego el hambre las llevó á la sumisión. Se hablaron y se comprendieron. Los monstruos tenían la forma de humanos. Eran sencillos, sobrios y sonrientes. Se habituaron ellas á su compañía. Sobre las ruinas comenzaron á edificarse otra vez las ciudades. Un sol, irónico sol, presencia-

ba, como la pupila de una deidad de luz, los campos que revivían. Nació la paz.

(La Naturaleza fué como otro Paraíso Terrenal donde el Hombre y la Mujer volvieron á encontrarse.)

Aquellos guerreros y aquellas mujeres, los verdugos y las víctimas, obedecían á un mandato del Destino; se amaron. A la reciente unión la dieron seres nuevos. De la Muerte, brotó enérgica la Vida. Conquistadores y oprimidos cesaron en el odio. Millares de hijos nacieron con las garras de ellos y los ojos de ellas.

(Esta es la lección profunda que nos dió un hecho tan sencillo.)

¿No oísteis gritar que esas mujeres debían ahogar á sus hijos, porque lo eran también de los enemigos de su patria?

¿No oísteis proponer que se les privase del derecho de ciudadanía?

¡Sarcasmo lleno de crueldad! ¿Qué patria tienen ellos? ¿Qué enemigos tienen ellos?

(Los hijos borrarán las rayas que dividen los Estados. Son la Humanidad. ¡Oh, la divina lección profunda de un hecho tan sencillo!)

ooo

UNA MUJER RUSA

Soy un cantor humilde y he recogido esta historia de boca de un soldado del Zar.

Ella fué fiel á un hombre que la tenía en su campamento en el Don. Cuando por la mañana él se iba con su sotnia á galopar sobre el hielo, ella le esperaba cerca de la lumbre que calentaba sus alimentos. Y al regresar le cantaba unas canciones lánguidas y lentas—tristes—al son del violín, mientras descansaba. Por la tarde se colgaba de su cuello y llenaba sus oídos de palabras de miel. Luego tenía sobre su pecho y entre sus brazos la ruda cabeza áspera del amado, que dormía sobre su corazón.

¡La guerra! El cosaco partió con su sotnia y no volvió nunca por el camino nevado, que tantas veces le había visto volver repitiendo las tris-

tes y lentas canciones que ella le cantaba al son del violín.

Un día se cortó los cabellos y se atavió como él, con el gorro de pieles y el capote pesado y las altas botas. Y montando un caballo llegó á la ciudad.

Parecía un cosaco con sus ojos oblicuos y dulces, su cara redonda y curtida y su baja estatura. Todos la llamaban compañero. Estaba en un regimiento como voluntario.

Dieron la orden de marcha para cuando rayase el día. Fué á un *restaurant* elegante y subiendo al tablado de los músicos le arrancó á uno su violín. Acompañándose de él cantó unas canciones lánguidas y lentas—tristes—que llenaron á todos los ojos de lágrimas.

Era un *restaurant* lleno de poderosos. De políticos, de proveedores del ejército, de damas ociosas y parasitarias, de jóvenes que vendían en feria su hermosa ajada, de diplomáticos, de banqueros, de nobles...

Había oro en abundancia y vinos que tenían fuego, como espíritus de la embriaguez y de la alegría.

Llenaron de oro al cosaco que cantaba canciones del desierto al son del violín. Cantó toda la noche, conmoviéndoles.

Al amanecer sonaron los agudos gritos metálicos de las trompetas, que llaman al deber. Apechó con su oro á todos. —¡Sois mis enemigos! Les escupió con rabia. Luego se incorporó á filas y en el primer encuentro se hizo matar por el Emperador.

ooo

EL NAVÍO Y LA NOCHE

Navegar es antes que vivir. Por ello el Mar, ancha soledad rumorosa, estaba lleno de navíos que cortaban su piel verdusca con la proa tajante. Había hombres de la Tierra y hombres del Mar. El Mar, como Dios, era Eterno, Padre y Desconocido.

Los hombres del Mar le amaban y le tenían como á los niños, porque su sonrisa y su cóle-

ra eran caprichosas y terribles. El mar era maravilloso: un misterio radiante que atraía y fascinaba.

Los hombres del Mar, nunca le hubiesen profanado porque eran hermanos en la gran religión cordial del Mar y la misma suerte les unía y el crimen era castigado con el remordimiento de por vida, porque el Mar mantenía viva ante el fratricida la imagen alucinadora del asesinado. La Tierra hacía á los hombres fieros y caínes. El Mar nobles y leales.

Los hombres de la Tierra, se buscaron, de orilla á orilla y escondieron en las aguas glaucas los rayos que destruyen la vida. Los hombres de la Tierra son los culpables de que en el Mar se refugien las sangrientas bestias de la guerra. Los hombres del Mar nunca las hubiesen acogido.

Mas la venganza del Mar ha llegado. Ningún navío cruzará más sus rutas, el vasto pecho movido por la brisa, que riza y desriza en blancos

Su idioma, sus costumbres, sus amores, sus recuerdos estaban en aquel país donde no había nacido.

El se preguntaba:
—¿Acaso el sitio para nacer se elige? Esta es mi patria.

Amaba aquella patria elegida porque su espíritu era semejante al de ella y se había formado en el carácter y en el ideal de la gran comunidad que le había adoptado.

Le eran familiares hasta los más recónditos secretos de su pensamiento, hasta los oscuros rincones de su territorio. Sus amigos, su casa estaban allí.

El, se repetía:
—Esta es mi patria.
Una orden inapelable le sacó de la tierra elegida, le puso en una fila con otros; recibió un arma y para no pasar por cobarde, marchó á combatir.

—Tienes que defender tu patria—le dijeron.

LA DANZA DE LAS PARCAS

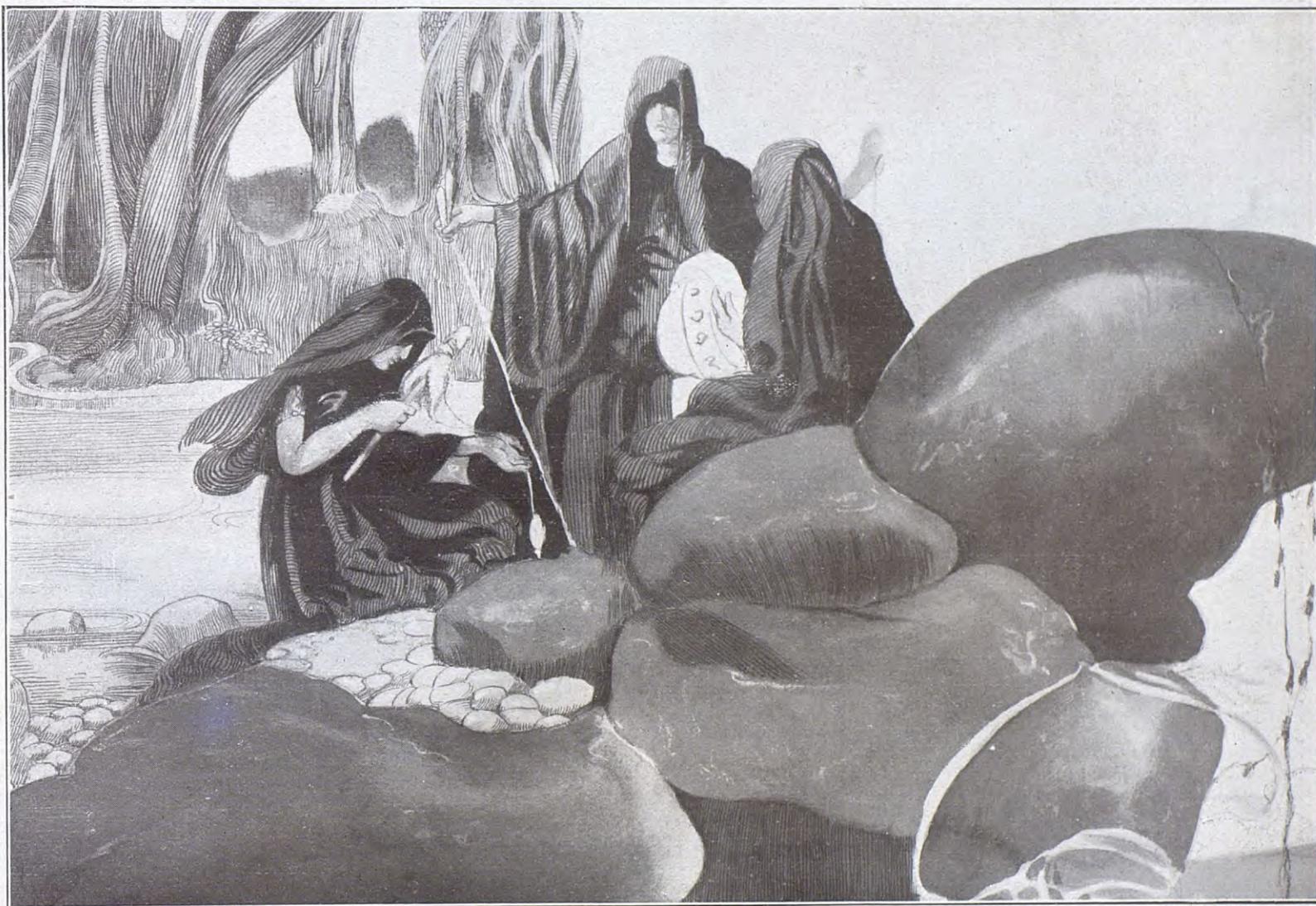
Danzan las Parcas un ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales.

Tejen sus manos las vidas prendidas en hilos sutiles. Suenan el rodar de los husos, en el hondo silencio del espacio infinito y eterno del Tiempo.

¡Hay gran faena! Los días monotonos, fueron. Ahora los husos veloces, con rápidos giros, parecen movidos por un huracán de locura.

Atropos trabaja los días risueños. Los astros alumbran con luz impasible el vértigo raudo. Atropos se afana. Su rueca está ahíta y ella acaricia la madeja sin fin de las vidas... Se enredan los hilos y Atropos los corta mordiendo las hebras. Y ríe...

(Laquesis y Cloto se entregan al ritmo sin fin mientras giran los husos iguales. Danzan, se embriagan de danza. Resplandecen sus ojos extraños.)



vellones su piel. De lo profundo salen los rayos enterrados y aniquilan los navíos.

Cada buque que parte y destruye con sus dedos líquidos es una prueba más de su ira implacable.

El símbolo es este: un navío perdido en la noche, sin rumbo; porque los rumbos usuales están sembrados por la muerte. Un navío silencioso, sin luces, procurando llegar á la Tierra sin que el Mar despierte, para que no fulmine bajo su débil casco una llamarada de fuego. El navío pasa velozmente, huye. El Mar es implacable.

Los hombres de la Tierra llevaron sus odios al Mar y el Mar quiere aniquilarlos. Y ellos se embarcan y siguen temblorosos confiando sus navíos y sus vidas á las aguas, porque no es necesario vivir; es necesario navegar.

ooo

UN COBARDE

Nació libre y porque era libre, de muchacho cambió de sitio para vivir y se fué á otra nación. Pasó el tiempo y ya no era un extranjero en ella.

El se repetía:
—Tengo que defender mi patria.
El se repetía todos los días:
—Tengo que defender mi patria.

Combatió bravamente. Todo antes que quedar como un cobarde. Ante él cayeron los enemigos, fueron destruídos los pueblos, arrasados los campos, ahogada toda la vida fecunda de aquel país que él amaba tanto.

Y él se repetía para justificarse:
—Estoy defendiendo mi patria.
Terminó la guerra, y cuando otra vez libre pudo volver á su hogar elegido, sintió tristeza en el corazón porque todo había sido arruinado. Como él muchos otros hombres miraban con estupor los desiertos desolados y humeantes; su obra.

Tenía este hombre una cruz—la cruz de los héroes.

Y lloró la muerte de los suyos, el fin de la nación inmolada, lloró sobre las piras ardiendo y la tierra estéril, víctima del sacrificio.

Lloró con dolor y con remordimiento. Lloró por su valor y por su cobardía.

Devana Laquesis de noche los hilos de vidas que Atropos arranca á la rueca. La mágica rueda da un silbo de sierpe. ¡De prisa, más rápida! Golpea Laquesis sus bordes y la hace rodar ululando.

A veces detiene su marcha y parte los largos y finos hilillos. Y ríe...

(Atropos y Cloto se entregan al ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales. Febriles se agitan y ya es un temblor convulsivo de espasmo su danza.)

Las lívidas manos de Cloto apuran de día y de noche la obra sombría. Los husos trenzando las hebras hiladas, no cesan un punto. Enreda sensual su figura en los hilos, igual que una araña se enreda en los hilos de luz de su tela. Los quiebra de pronto. Retuércense y saltan. Y ríe...

(Laquesis y Atropos se entregan al ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales. Jamás hubo tanta faena. Cada hilo, una vida. Y son infinitos. Y todos los cortan... Al cortarlos es un corazón que se para y un grito que suena abajo en la Tierra...)

TOMÁS BORRÁS

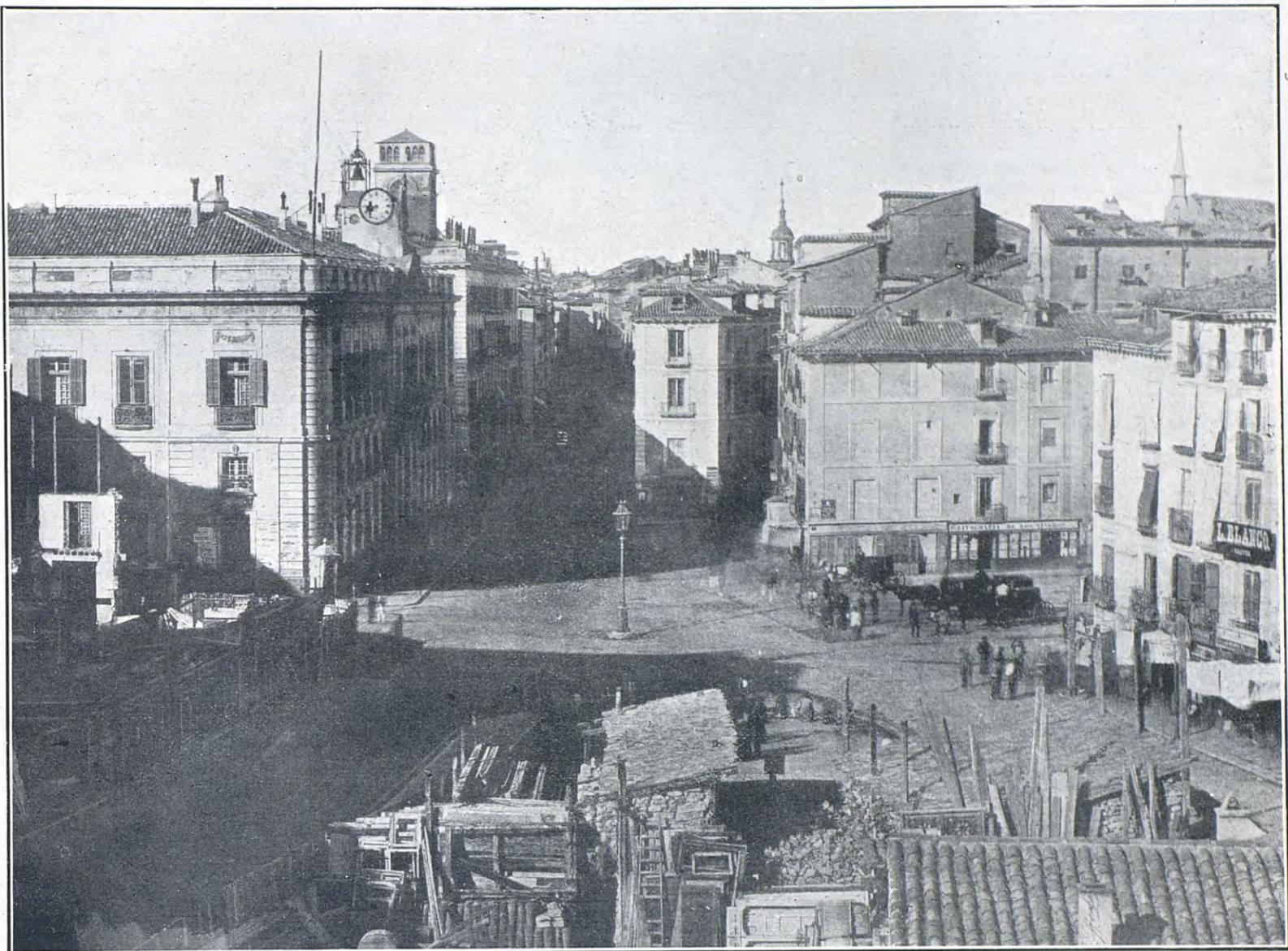
DIBUJOS DE BARTOLOZZI

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



RETRATO DE HOMBRE, cuadro de Alberto Durero



La Puerta del Sol, de Madrid, en el año 1857

ANTAÑO Y HOGAÑO

LA PUERTA DEL SOL

La Puerta del Sol es símbolo de la centralización española. En ella tienen puesta la mira para disparar censuras, cuantos aborrecen el influjo oficial y maldicen de trabajos oficinescos y de agitaciones covachuelistas. No hay modo de convencer á quienes tozuda é injustamente, suponen que la Corte hállase entregada por completo á la holganza; en vano será repetirles que en Madrid como en todas las ciudades de España y del mundo hay gente afanosa de satisfacer sus obligaciones y gente despreocupada y amiga del ocio. Los que se aferran al error repiten todavía que en la capital de nuestra nación todo es bullanga y divertimento sin que nadie procure cumplir con el mandato divino de ganarse el pan á costa del esfuerzo cotidiano.

Y por si no fuera bastante la mala fama que en nuestra patria tiene la Puerta del Sol, incurra tal paraje en el pecado de dar albergue en cada día 31 de Diciembre á los muchos que saludan al Año Nuevo y despiden al viejo entre clamores desaforados y estupenda algarabía. Es precisamente en la Puerta del Sol donde los madrileños que tienen humor para conmemorar fechas notables celebran la del principio de cada año entregándose á expansiones que tienen su mayor trascendencia en el ruido que producen.

Como si fuera registro compendiado de la historia de la patria, en la Puerta del Sol de Madrid hay páginas de combates por la independencia; luchas políticas en favor de la libertad; de manifestaciones de ira, de aplauso y de regocijo.

En ella pelearon los españoles contra los franceses y los revolucionarios contra los defensores del orden. Por ella pasó Prim entre frenéticas aclamaciones de la muchedumbre. En ella arengaron al pueblo los que en un tiempo eran adorados por él. En la Puerta del Sol sintieron siempre admiración los forasteros y cierto empaque orgullosos los vecinos de la Corte.

Fué siempre lugar animadísimo, donde la concurrencia abigarrada y numerosa anda de un lado para otro, se revuelve, se estruja en alborotada confusión que contribuyen á formar los mil carruajes que la cruzan y los mil transeuntes que la recorren.

Allá, por mil ochocientos cincuenta y tantos, se procuró dar mayor amplitud á sitio tan principal de la Villa coronada, y en efecto, se derribaron casuchas modestas para que se formase una gran plaza. Hace cincuenta y ocho años que el actual Ministerio de la Gobernación aparecía rodeado de ruinas. Entre las calles del Arenal y Mayor alzábase un edificio destartado y feo de solo tres pisos. La entrada de la calle de Preciados avanzaba hasta el sitio donde hoy está una de las farolas centrales. En la esquina de la calle de Carretas contraria á la del Ministerio no había más que escombros. Se preparaba la gran reforma urbana que fué asombro de nuestros abuelos y padres. La Puerta del Sol era por 1870 un soberbio espacio en medio del cual una fuente inmensa lanzaba al aire arrogante surtidor. Pues las magnificencias de antaño, son ahora estrechez y ahogo. Se quitó porque estorbaba la

fuelle del surtidor, que por cierto está ahora en los Cuatro Caminos y Dios dé mucha vida y mucha suerte á quien lo dispuso. Los tranvías invadieron el ancho espacio y á la postre resulta que la gran plaza de otros días parece en los actuales un callejón porque por ella no cabe andar deprisa ni moverse con holgura ni caminar sin peligro.

Tal es la acción del tiempo que convierte en mezquino lo que al nacer parecía espléndido. Las plazas como los hombres empiezan con humos de grandeza para concluir casi siempre en notorias penurias. De ello es prueba bien clara la Puerta del Sol, que está pidiendo á gritos reformas urbanas que la descongestionen.

La imprescindible operación empezará á practicarla el Correo. Cuando se traslade la Central desde el sitio que ahora ocupa á la plaza de Castelar con el cambio de oficina habrá también traslado de una buena parte de la multitud que ahora se revuelve en el espacio que era grande á mediados del siglo XIX y se trocó en raquítico al comenzar el siglo XX.

Y quien sabe si allá en 1990 la plaza de Castelar, después de que hayan quitado de su anchuroso espacio la Cibeles parecerá pequeña á la muchedumbre que recorra el hoy amplio lugar que limitan el Banco, el Ministerio de la Guerra, el Palacio de Linares y la magnífica fachada del edificio que llaman donosamente los madrileños Nuestra Señora de las Comunicaciones.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

ABANICOS

*Tus bellos ojos, de mirar ardiente,
hablan de luz del sol tras de tu frente.*

*El lunar de tu mejilla
en el cielo de tu cara
es como una estrella clara
en el cielo de Sevilla.*

*Fuego en los ojos, nieve en la cabeza,
rosas en el semblante...
Sólo vuestra belleza
pudo lograr milagro semejante.*

*En Abril, mes de amores,
te conocimos,
y en Mayo, mes de flores,
te lo escribimos...
De entrambos tiene
tu cara... ¡Y aun el fuego
del mes que viene!*

*Si un rostro modela Dios
y le parece bonito,
lo firma con un hoyito.
Y si le encanta, con dos.*



*Tiene fama la risa
de mariposa
que va siempre volando
de rosa en rosa.
Dió en tu semblante,
y dejarlo no quiere
ni un solo instante.*

*Merecía un lugar en los altares
el pintor que pintara tus lunares.*

*Lo moreno y lo rubio
trabaron riña:
¿cuál de los dos se queda
con esta niña?
Por no dejarte,
en tu belleza entrambos
tomaron parte.*

*Pareces un sueño de blanca y de leve...
Tu cuerpo es de pluma,
tu rostro de rosa y de nieve,
tu pie es una flor...
Tus ojos son fuego, tu mano es espuma...
Pareces un sueño de amor.*

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

VITA NUOVA

Según daban las doce últimas campanadas del año se fué engullendo doce uvas de Esmirna, sonrosadas y transparentes como redondos botones de ámbar.

Las gustaba con visible placer, con aparatosa satisfacción. Antes de engullir las uvas había ingurgitado abundosa cantidad de champaña y otros gustosos, fascinantes y perturbadores trasuntos de Baco destilado. Con la última campanada trasegó de un tope otra copa de champaña, y, en habiéndola vaciado, la llenó otra vez y la levantó en alto, poniéndose en pie.

—Señores—dijo.

Los que asentaban en torno de la mesa, hasta una docena de señores bien portados, batieron palmas. Las mejillas acusábanse con flamígera rubicundez. Los párpados luchaban bravamente por imponerse á la ley de la gravitación y palpitan, como membranosas alas de murciélago, espantando al sueño y apeteciendo para aquella noche el imperio de la vigilia mediatunda. Hubo un silencio, y entreverados en él, unos ruidos de oquedad; parecía que el año pasado, con su balumba y pesadumbre, se despeñaba en la sima fatal, dando botes y golpetazos.

—Señores. Ha comenzado un nuevo año. ¿Ha comenzado un nuevo año? No es una pregunta retórica. Os pregunto: ¿ha comenzado un nuevo año?

Algunos asintieron. Pero á ciencia cierta no se sabía si asentían ó dormitaban.

—Decís que sí. Pero, ¿cómo sabeis que ha comenzado un nuevo año? Responderéis que por el almanaque, y luego por el reloj. Mas, ¿quienes son el almanaque y el reloj para decirnos cuándo concluye un año y comienza otro? ¿Creéis que el tiempo y la suma de los tiempos, que llamamos eternidad, son como ese salichichón, que se puede cortar en rajas, ó si queréis años? En verdad os digo que cuantos han hecho y hacen calendarios, desde César Augusto hasta el Zaragozano, han sido, son y serán sutilísimos farsantes.

Hemos convenido en que un año es el lapso de tiempo que la Tierra emplea en dar la vuelta al Sol. Sea. Pero, ¿quién nos puede asegurar que —miró su reloj—hace tres minutos precisamente nuestro planeta terminó su acostumbrado viaje de circunvalación y se hallaba en el mismo punto que hace un año? Sin duda ello no es así, como lo prueban los años bisiestos. Pero aun cuando así fuera, ¿por qué ese punto de los espacios infinitos ha de ser arranque y término, principio y fin del año? Yo no acierto á comprender por qué.

Yo creo, señores, que el someternos á estos convencionalismos cósmicos, que traen consigo aparejados otros convencionalismos sociales, es palmaria estulticia, flagrante sandez.

Comprendo que se coman castañas en los Difuntos y no en la Ascensión, porque en Corpus y la Ascensión no hay castañas como

no sean pilongas, ni nabos, como no sea á precios abusivos. Pero ¿por qué se han de comer buñuelos de viento en Difuntos? ¿Por qué el pavo por Navidad? ¿Por qué torrijas en Carnestolendas? ¿Qué se ve, si bien se mira, en estas rutinas deglutivas y digestivas? Vercéis, amigos y señores, la servidumbre irracional y ciega del presente bajo el pasado, de lo vivo por lo muerto. Los pingües y copiosos ágapes navideños, ¿son por ventura festividad que Jesucristo, sus apóstoles ó los santos padres de la Iglesia hayan instituido? ¿Son los huevos pintados de Pascua rito cristiano? El banquete de Navidad, existió siglos antes de que nuestro Salvador tomara carne mortal. Es la orgía con que los caníbales primitivos celebraban el sofisticado de invierno. Y nosotros perpetuamos esta fiesta de caníbales. Los huevos de Pascua son residuo de un mito más antiguo que las pirámides. Y si parais atentas mentes hallareis que, una por una, todas las fiestas son holocausto á la muerte, son á la manera de un sacrificio en que mutilásemos algo de nosotros mismos y lo arrojásemos al bátraco de lo irremediable. Cada fiesta tiene por estrambote ó epítafio esta frase terrible: «un año menos». Sólo una fiesta hay de exaltación, de ímpetu y voluntad del mañana, fiesta sonora como alas del Pegaso, fiesta como puerta de oro que tiene cinceladas en dintel y umbral estas divinas palabras: «¡Salve! Un año más. Año nuevo, vida nueva». Pero yo añado que no sé por qué año nuevo ha de comenzar el primero de Enero, conforme á los calendarios oficiales. Eso de las fechas está bien para los que cobran sueldos á principios de mes.

Pero la vida, la vida del alma, que es la verdadera vida, no admite plegarse á la rotación del almanaque. Para la vida del alma la Navidad no cae siempre en Diciembre, ni la Pascua de Resurrección en primavera, ni la semana de Pasión obliga á la pasión de ánimo, ni el domingo por ser domingo es día sosegado y dulce. Y sobre todo, ¿qué tiene que ver el año nuevo del calendario con el año nuevo y la visión de la nueva vida para el alma? ¿Por qué ha de concluir el año cuando la Tierra vuelve á pasar por un punto de su órbita, elegido al antojo? Algo más sensatos eran los filósofos antiguos, quienes no curaban tanto del fin del año cuanto del fin del mundo, el cual, según principio inconcuso de aquellos sabios, será destruido y acabado así que las esferas y los astros lleguen en su carrera al punto mismo en que estaban á raíz de ser creados. Pues he aquí ya lo que son año nuevo y vida nueva. En cada instante de nuestra vida hagámonos cuenta que ha concluido una edad, comienza un año y debe comenzar una vida de alma. «Todo el año es Carnaval», dijo un hombre triste. No. «Todo el año es año nuevo». En cada instante el viejo mundo, todo lo que no sea nosotros mismos ó nuestra obra, sino obra del pasado, pensemos

que se ha destruido, que se ha abismado, que ha dejado de existir, y veamos de crear en su vez un nuevo mundo, una vida nueva, ó cuando menos un nuevo sentido del mundo viejo y de la vida antigua, que esta novedad es también una manera de creación. «Todo el año es año nuevo»; tal es el catholicon ó elixir de vida que os brindo. Nueve años tenía el Dante cuando conoció á Beatriz, que también era niña y de su edad, é iba, como Dante refiere en la *Vita Nuova*, «vestida con el más noble color»—carmesí desvaído y rico—. Y Dante sintió que una rara y fuerte potencia se le infundía y le había de gobernar toda la vida. Y el amor fué la agencia de la vida nueva, de una vida que en cada instante había de ser nueva vida. No es el amor físico amor de hombre á mujer, sino amor de peregrino y milagroso linaje. Beatriz, hija de Folco Portinari, casó con Simón del Bardi, y murió de veinticuatro años. Mas para Dante vivió siempre, y como si propiamente se le apareciese en presencia mortal, le iba guiando los pasos.

E par che sia una cosa venuta
Di cielo in terra á miracol mostrate.

«Parece como que es algo que desde el cielo ha llegado á la tierra para mostrar el milagro. Hace entrar por los ojos hasta el corazón una dulcedumbre que no podrá entenderla quien no la haya probado. Y de sus labios nace un aliento suave y lleno de amor que le dice al alma: suspira.»

En esto, el orador suspiró. Uno de los comensales roncaba de bruces sobre la mesa. El orador continuó:

—¿Quién era, señores, Beatriz para el Dante? Beatriz era el espíritu que reflejado en las cosas viejas y caducas las torna nuevas; el espíritu que condujo al poeta hasta la región serena de los círculos paradisíacos en donde la vida nueva se renueva incesantemente y todo goza de novedad eterna é inmarcesible. Busquemos cada uno nuestra Beatriz. Todo el año es año nuevo. Suspiremos. Suspiremos. Destruyamos el mundo viejo. Ya que no á los círculos paradisíacos, como Dante, retrotraigámonos al estado paradisíado y á la novedad edénica. Despojémonos de rutinas, ritos, mitos, tradiciones, convencionalismos, libreas y atavíos, como Abraham dejó servidumbre é impedimento antes de encaminarse al lugar en donde iba á sacrificar á su hijo. ¡Fuera grilletes, sambenitos infamantes con que la tradición y la muerte nos aherrojan! Seamos hombres nuevos y adánicos. ¡Vida nueva! *Vita nuova*.

Y diciendo así comenzó á desvestirse. En un periquete se quedó en camisa. No llegó al estado adánico y edénico porque los demás le sujetaron, reconviéndole:

—Pero ¿estás borracho?

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

LA ESFERA

CUADROS EXTRANJEROS



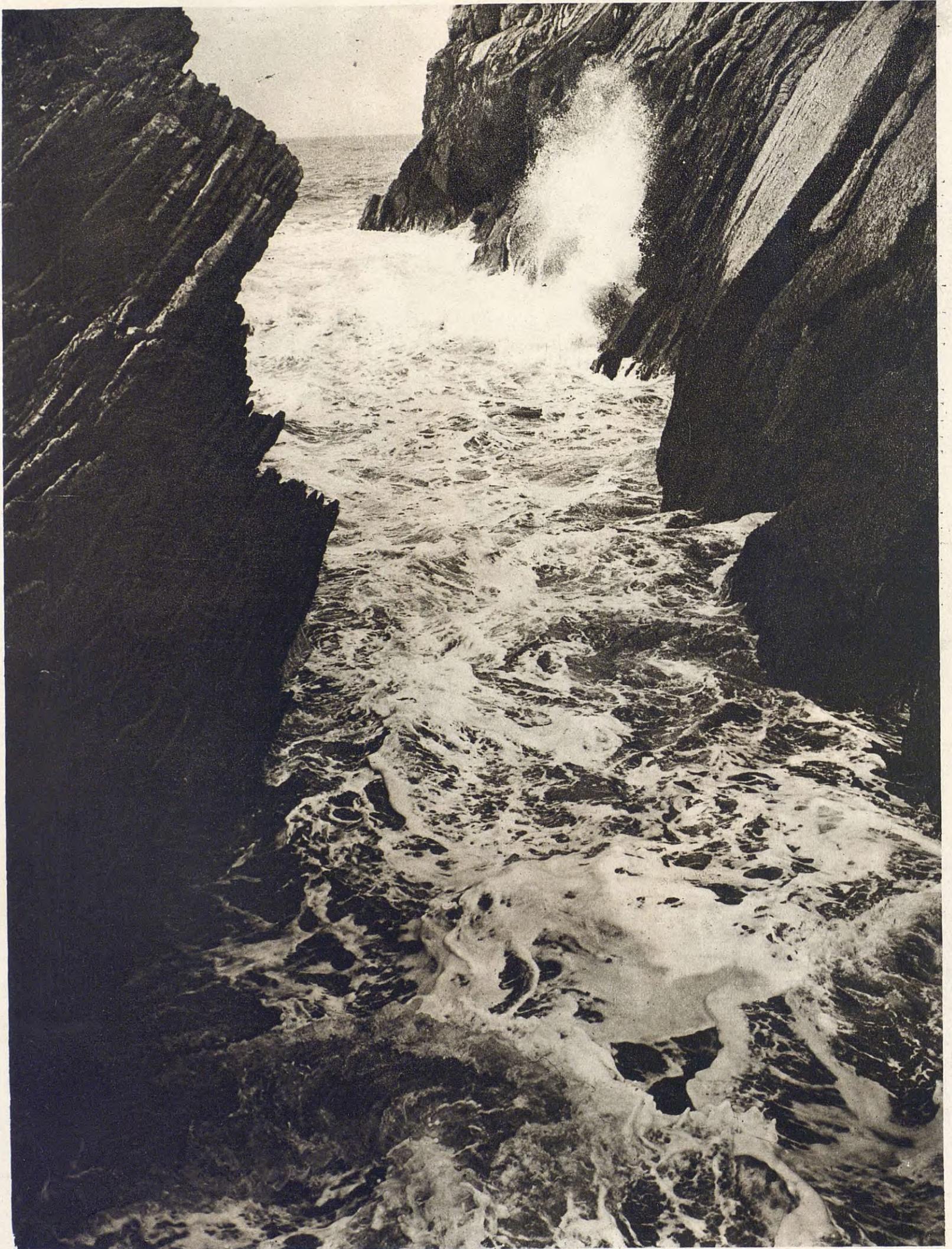
EN LA COSTA, cuadro de Ch. Wathoin



LA CORTE EN EL ESTUDIO DE WATTEAU, cuadro de V. de Paredes

LA ESFERA

FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS



EL ACANTILADO

Fotografía de Hielscher

LA VIDA NUEVA

ANTE las palabras un poco atrevidas de Sergio, Leonor se echó á reír. Sentía todas las miradas fijas en ella; las de las mujeres envidiosas; la de los hombres cargadas de deseo. Pero, lo que era mejor, sentíase ella misma (á pesar de los funestos cuarenta años que iba á cumplir) llena de vida, de juventud, de energía inédita. Aquella noche de Año Nuevo el Ritz había sido campo donde cosechara satisfacciones sin cuento para su vanidad.

Ahora mismo, en pie en medio del *hall*, triunfaba con el prestigio de su *chic*, de su hermosura y de su posición. En el blanco decorado, siglo XVIII, sobre el que los arbolillos tallados en esferas destacaban sus oscuras masas redondas, en la encantada sombra de conseja del Arbol de Navidad, mujeres de bellezas convencionales, cargadas de pieles fastuosas, de joyas exóticas y de encajes hilados por las Hadas, esperaban sus coches en un perpetuo concertante de risas nerviosas, esas breves risas inmotivadas de los finales de fiesta. Pero entre todas, obscuriéndolas y relegándolas al término de comparsas, destacábase Leonor Milano. Alta, arrogante, el rostro correcto, un poco duro de perfil, la piel blanquísima, los labios rojos, los ojos como dos portentosas esmeraldas talladas en almendra, y el pelo negro trenzado en un raro artificio que después de descubrir la frente y de dejar dos leves guadañas de azabache sobre la paidez de la mejilla, alzábbase en enorme moño sostenido por una gran peineta; arrebujábase en fastuoso albornoz de Chinchilla que no dejaba ver sino el escote constelado de fabulosas perlas y el borde de la falda de gasa rosa muy pálido orlado de las mismas pieles del abrigo.

Y sin embargo, en plena apoteosis, sentía una vaga tristeza, la misteriosa tristeza que es como un malestar indefinido que nos acompaña en los grandes júbilos. Las palabras que Julito Calabrés, su vecino de mesa durante la cena, pronunciara con la buena intención que le caracterizaba, habíanle impresionado desagradablemente. Julito, llevado de sus ínfulas de literato sentíase (tal vez también una copa de «champagne» de más) de un desengañado escepticismo y había-se entretenido en musitar a su oído palabras dignas de un viejo místico español. ¿De qué sirve ser bella, joven, fuerte, rica, festejada si la vida es tan atrozmente corta que los goces apenas han llegado se han perdido ya en el olvido? ¡Ya ves, á los cuarenta años somos viejos ya!

Después había ella, en el barullo de la fiesta, olvidado las fatídicas palabras y ahora sin saber porqué volvían á su imaginación como un inoportuno mosconeó. Otras palabras crueles, oídas ahora, agravaron su melancolía. Marchábase la Rialto y alguien comentó sin piedad. ¡Qué vieja está! Otro no menos cruel echose á reír. ¡No, que iba á ser eternamente joven! A esa edad se da el bajón de golpe, como ella en un par de meses. La primera pena, la primera enfermedad... ¡y se acabó!

Carlota tuvo frío y alzóse con movimiento maquinal la pelliza sobre los hombros. Pero el *chasseur* avisaba ya su coche y entre las humaredas de incienso de amigos y admiradores salió.

Fué una divina sorpresa. Una capa de nieve había envuelto la ciudad que ahora, bajo la luna tenía fantástica apariencia de urbe encantada. La plaza de la Independencia con su monumento cubierto de albos copos y sus árboles colgados de brillantes estalactitas era toda blanca como labrada en cristal de roca y el Prado tenía lejanías misteriosas de palacio de gnomos. Leonor sintió deseos de andar, de en vez de refugiarse en el auto trepidante, caminar á pie sobre la nieve, pero la liviandad del zapato de raso y un misterioso reuma que á nadie confesaba decidiéronla á renunciar á la loca aventura. Despidió á Sergio que insistía en acompañarla.

—¡Gracias, pero estoy rendida!

—Te acompañaré hasta tu casa y me vuelvo á pie.

—¡No, no!...

Arrancó el automóvil. Reclinada en un ángulo pensaba. Era feliz. Toda su vida había sido una cosa deliciosa, banal, pero de una tal armonía que daba la sensación de algo perfecto. Desde que se casó á los veintitrés años con Joaquín Milano hasta ahora que iba á cumplir cuarenta ni un gesto plebeyo, ni una extridencia. Su marido viajaba, se ocupaba de negocios, de política; ella vivía una vida brillante de mundana frivola, se vestía, daba fiestas, tenía amantes... A los treinta y tres años, tuvo un sobresalto ¡estaba embarazada! y nació Linda. Desde entonces en su alma lucharon dos sentimientos opuestos: su vanidad de mujer guapa que quería vivir de sí y para sí, que necesitaba, en un egoísmo bárbaro, toda la vida para ella, y su amor de madre que pugnaba por dar la existencia toda á aquel ser nacido de sus entrañas. Y Linda creció; era un angelito de Murillo, una muñeca morena y deliciosa con grandes ojos castaños, tez dorada florecida de rosa en las mejillas, y cabellos oscuros, largos y sedosos. Junto á ella Leonor se olvidaba de sí misma y era casi feliz. El fantasma de la vejez se esfumaba, se dulcificaba, convertíase en algo tierno y sosegado. Ahora mismo en su irrazonada desolación anhelaba verse junto á su hija como si temiera algo, como si su corazón de madre le avisara de un secreto peligro.

El coche paró de golpe y la Milano miró por la ventanilla. Una zanja cortaba la calle y el *chauffeur* evolucionaba para retroceder. Estaban en una calle del viejo Madrid y ante el palacio de los Alcaráz. Súbitamente la atención de la trasnochadora quedó prisionera. En el quicio de la puerta de la señorial mansión dormía un golfillo, un angelote medio desnudo, moreno y sucio. ¡Pobrecito! Leonor, acometida de una gran ternura compasiva, iba á bajarle, á recogerle

hasta el día siguiente, á salvar al mísero niño, pero el coche arrancó y no tuvo tiempo de cristalizar en hechos la compasión que se desbordaba en su alma.

Llegaba. Al entrar en su calle le dió un vuelco el corazón. ¡Un coche parado á la puerta de su casa! Precipitóse en el portal.

—¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

El portero parecía aterrado. Por fin balbuceó:

—El médico...

—¿Quién está malo?—interrogó ansiosa, temiendo adivinar.

El viejo servidor no se atrevía. Al fin.

—¡La niña, que le ha dado una cosa á la garganta!... ¡Se ahogaba!... ¡Dicen si será el garrotillo!...

Leonor tembló toda; después, loca de espanto, corrió escaleras arriba.

En la camita, toda blanca y rosa, Linda se moría. Los ojitos cerrados, la carita lívida en la aureola de cabellos castaños, y en la boca una mueca de angustia suprema, la Muerte parecía haberla marcado con su huella. De vez en cuando con un gesto de ansiedad llevábase las manos á la garganta y gemía quedamente:

—¡Mamá, mamá, pupa, teno pupa!

El viejo doctor había hablado á Leonor lleno de paternal afecto, pero con energía serena y clara. Si antes de una hora no había venido la reacción se hacía precisa la intervención quirúrgica; de lo contrario Linda moriría sin remedio. Sólo un brusco cambio de la Naturaleza, un sudor copioso y continuado podría salvar á la nena. Y habíase ido á preparar por sí mismo los instrumentos.

Anonadada, deshecha, yerta de horror, la Milano, ambulaba por el cuarto. Ya no pensaba en la juventud, ni en la belleza, ni en los mundanos triunfos; no pensaba más que en su hija. ¿Qué le importaba todo lo demás? Quería que Linda viviera, oír sus risas, sus gorjeos, escuchar la vozcita deliciosa que le llamaba *mamá*.

En el desordenado ambular llegó ante el altarcito donde la nena había instalado un Niño Jesús acostado sobre un lecho de paja. Era un Niño Dios molettudo y rubio que tendía las manitas sonrosadas. Leonor calló de rodillas y sin saber qué hacía imploró.

Había sido un rezar absurdo incoherente, desordenado, un rezar en que el alma rompía las capas de hielo y hablaba con Dios en una imploración suprema. Después acercóse á la cama de Linda y sentada junto á ella adormilóse.

Entonces soñó. Fué un sueño extraño en que realidad y quimera se fundían en extraña amalgama. Vió el portón de los Alcázar con sus relieves churriguerescos de piedra y en el suelo el golfillo dormido. Pero, ¡cosa extraña! el chiquillo tenía la cara de Linda y mientras tiritaba, una sonrisa dulce temblaba en sus labios de flor. Entonces sucedió algo sobrenatural. Un Niño Jesús vestido con el rojo abrigo ribetado de armiño del viejo Noel, la frente aureolada de estrellas y á la espalda el cesto con los dones, se acercaba al dormido y con la varita le tocaba en un hombro. Entonces el golfillo se despertaba y, los ojos muy abiertos, recibía los regalos del Divino Niño.

Incorporóse sobresaltada y tendiendo la mano pasóla por la frente de su hija. ¡Sudaba! Tibia humedad perlaba la frente de la enfermita y la respiración hacíase más igual y serena. Leonor, loca de contento, llamó:

—¡Doctor, doctor!

Después fué al balcón y abrió las maderas. La nieve caía lentamente. ¡Qué le importaba envejecer! Sentíase feliz, muy feliz. No envejecería ya; reviviría en su hija, como ésta reviviría á su vez en sus hijos y en los hijos de sus hijos. Y sobre la Muerte triunfaría una vida nueva.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA



DEL AÑO QUE PASA LA ILUSIÓN DEL TIEMPO

La caducidad del año nos invita al recogimiento y á la reflexión. Involuntariamente hacemos el balance de lo que nos ha arrebatado el tiempo. ¿Cuál es la disposición de nuestro cuerpo? ¿Estamos sanos ó enfermos? ¿Somos más felices ó más desgraciados que antes? Esas preguntas capitales no son de fácil respuesta. En primer lugar nadie se da cuenta cabal de sus estragos fisiológicos, porque si los advirtiera, se apresuraría á corregirlos con la colaboración del médico. ¿Quién se preocupa de sus arterias, de la red de canales que pone en circulación su sangre? ¿Quién se inquieta por el estado de sus bronquios? ¿Quién pierde el tiempo en cubicar su sobreproducción de ácido úrico? En general, casi todo el mundo, menos los aprensivos, suele mostrarse optimista por lo que toca á su salud.

El hombre desconfía á menudo de que le devuelvan un duro que prestó, pero, difícilmente admite el que una víscera le pase la cuenta de lo que ha trabajado con exceso. La enfermedad, viene á ser, pues, en cierto modo, el acreedor que nos cita á juicio, dispuesto á hacernos pasar por la afrenta de un fallo adverso. Nadie sabe, á punto fijo, cómo anda de salud, porque nadie tiene la previsión de consultar al médico cuando no le duele nada. No hay, pues, modo de hacer á fin de año, el balance de las pérdidas y ganancias orgánicas, porque carecemos de datos sobre qué fundar esa delicada contabilidad. ¿Y en lo moral? Situándonos en el territorio de la conciencia, ya podemos movernos menos á tientas, con más libertad. El campo de exploración es más claro y el balance de lo positivo y de lo negativo de nuestra experiencia más fácil. Todo el que se pregunte hoy qué número de desilusiones le ha deparado el año, puede, sin grandes obstáculos salir de dudas. Con recordar las mujeres que han pasado por su vida, las manos amigas que ha estrechado y las ambiciones á que ha dado pábulo, puede hacer, en números redondos, el balance de sus desengaños.

Hará mal el lector en ver al través de las anteriores reflexiones, el fantasma de la misantropía ó la silueta del pesimismo. A medida que se vive se reconcilia uno con la humanidad, después de haberla eximido de culpas. El mundo no es, como le reputan ciertos dispepticos y ciertos hipocondriacos un escenario de dolores. El mundo es admirable, porque nos revela todos los días algún aspecto inédito de la depravación y la estupidez de los hombres. Lo que sabemos hoy de la humanidad no es más que un mezcunino anticipo de lo que aprenderemos mañana. La Providencia es en ese punto, inagotable y desconcertante.

Cada día nos reporta una decepción y pone un escollo en nuestro camino, sin que por eso le sea imputable la menor arbitrariedad. Dios no puede ser más que todo justicia. Si nos persigue, si nos acosa es para darnos una prueba de su predilección paternal. Es porque le interesamos con preferencia á los demás mortales. Quienes pudieran tener derecho á la queja y á la protesta son los otros hombres, los que viven en la opulencia y en el contento, los que han conocido precozmente las embriagueces del éxito y las voluptuosidades de la gloria terrenal, satisfacciones deleznable y fugitivas que nunca estuvieron á nuestro alcance.

Por eso el infortunio es un manantial de fe. Como el boyerizo hostiga á las bestias pinchándolas en la ijada para infundirlas el sentido de la orientación, Dios nos hiere en lo más vivo del alma para traernos al buen camino. Sus golpes, no pueden ser, pues, más saludables, ya que á ellos debemos nuestra salvación eterna. ¿Hay nada mejor ordenado en el Universo? Por eso cuando yo recuerdo el sinnúmero de desdeños sentimentales que he recogido y la suma de porquerías de que he sido testigo en la sociedad que frecuento, cuando recapitulo las amarguras soportadas y los desencantos devorados en silencio, en el año que acaba de transcurrir, no puedo menos de llegar á la tónica conclusión de que soy uno de los hijos predilectos de Dios. Quiera yo, ó me oponga á ello, El vela por mí desde la altura inaccesible. El regula mis contradicciones, dosifica mis penas, da coherencia y ordena mis fracasos. Su tacto previsor no consiente que el infortunio me aplaste totalmente.

Se contenta con disponer que toda mi alma sangre un poco todos los días. Esa disciplina providencial contra la que se rebelan los espíritus groseros, sin duda porque les parece un tejido de incongruencias, es la que si en ocasiones nos precipita en la blasfemia, en definitiva nos salva. Dios es tan sabio que ha hecho nacer el jardín sobre el estercolero y el amor á la vida de la desgracia misma.

Esas flores divinas que llamamos ilusión no surgen nunca en las almas ahitas, en los poderosos, en los opulentos y en los felices. Los hombres que más aman á las mujeres son precisamente aquellos á quienes Eva ha engañado. Los que más aman el dinero son cabalmente aquellos que no lo han tenido nunca. No hay nadie que goce tan plenamente del éxito intelectual, político ó artístico, como un imbecil. Dios ha dispuesto que todo manantial de placer mane de la roca del dolor.

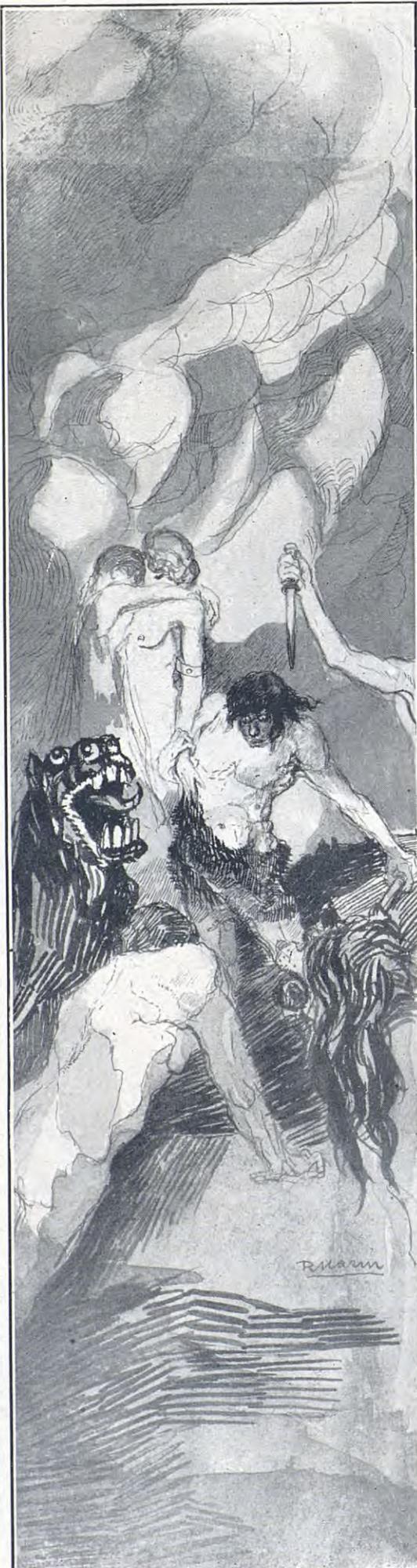
Por eso, cuando contemplamos á la humanidad friamente, sin que se interpongan nuestros prejuicios entre ella y nosotros, no podemos menos de bendecir al Supremo Hacedor, que por caminos tan ingeniosos y defraudando la lógica vulgar asegura nuestra felicidad perdurable. Si hubiese á nuestro alcance medios de establecer el alta y baja de las virtudes y de los vicios no tardaríamos mucho en comprobar la sabiduría divina al enterarnos de que en el año que acaba de transcurrir la humanidad no ha sido ni menos malvada ni más perversa que el año anterior.

No ha habido progreso en el mal. Igual número de mentiras y de hipocresías en circulación; el mismo contingente de mujeres perjuras y de maridos engañados, la misma estadística de ladrones y de farsantes; la misma proporción de asesinos y de imbeciles. Ni aun la guerra, con todos sus horrores aliera ese conjunto. La guerra, es, al contrario, otra demostración del orden universal; puesto que descongestiona los pueblos, dispersa sus riquezas, como un castigo á la avaricia social y mueve á las gente á trabajar de nuevo por el rescate de los bienes perdidos. Ha habido este año—y consignamos el hecho con alguna extrañeza—una disonancia en el concierto que dirige la divinidad y ha sido la escasez de las epidemias. Todos esperábamos fundadamente una franca explosión de cólera morbo y un discreto desate de la peste bubónica que diesen un poco de color dramático á la muelle existencia de los pueblos neutrales y la Providencia ha burlado esa esperanza. En España por lo menos no ha habido más fenómenos morbosos que algunos casos de tifus y unos cuantos discursos políticos que no han debilitado grandemente la economía nacional.

La demografía no ha tenido incremento, ni aun en el personal de exministros, el más numeroso después de las clases pasivas. El partido liberal ha subido al Poder con la misma desnudez de programa del partido conservador y este invierno han muerto de hambre á la intemperie las mismas personas, numéricamente, que el año pasado.

En la prensa tampoco ha habido muy sensibles alteraciones. Los mismos aditivos de ponderación aplicados á personas distintas, con iguales méritos que las otras, la misma benevolencia en el juicio, el mismo despegue de los problemas substanciales de la nación. ¿Y en el teatro? En el teatro igual irrupción de retórica, á la antigua usanza, el mismo vendaval de chistes, la misma vacuidad de fondo... y los mismos adjetivos para autores é intérpretes.

No queremos finalizar esta crónica, que es un desahogo de nuestra natural ingenuidad sin entonar una plegaria. —Señor, haz que no caduque el año presente sin promover una modesta alteración en el orden sideral capaz de hacer que la Tierra choque con otro planeta de mayor ó menor magnitud que el nuestro y si eso no pudiera ser porque no entre en tus divinos designios depáranos, por lo menos, á nosotros, individualmente una embolia, un *angor pectoris* ó un simple derrame seroso que nos ahorre el año futuro la tarea de seguir contemplando este espectáculo tan monótono que llamamos vida...

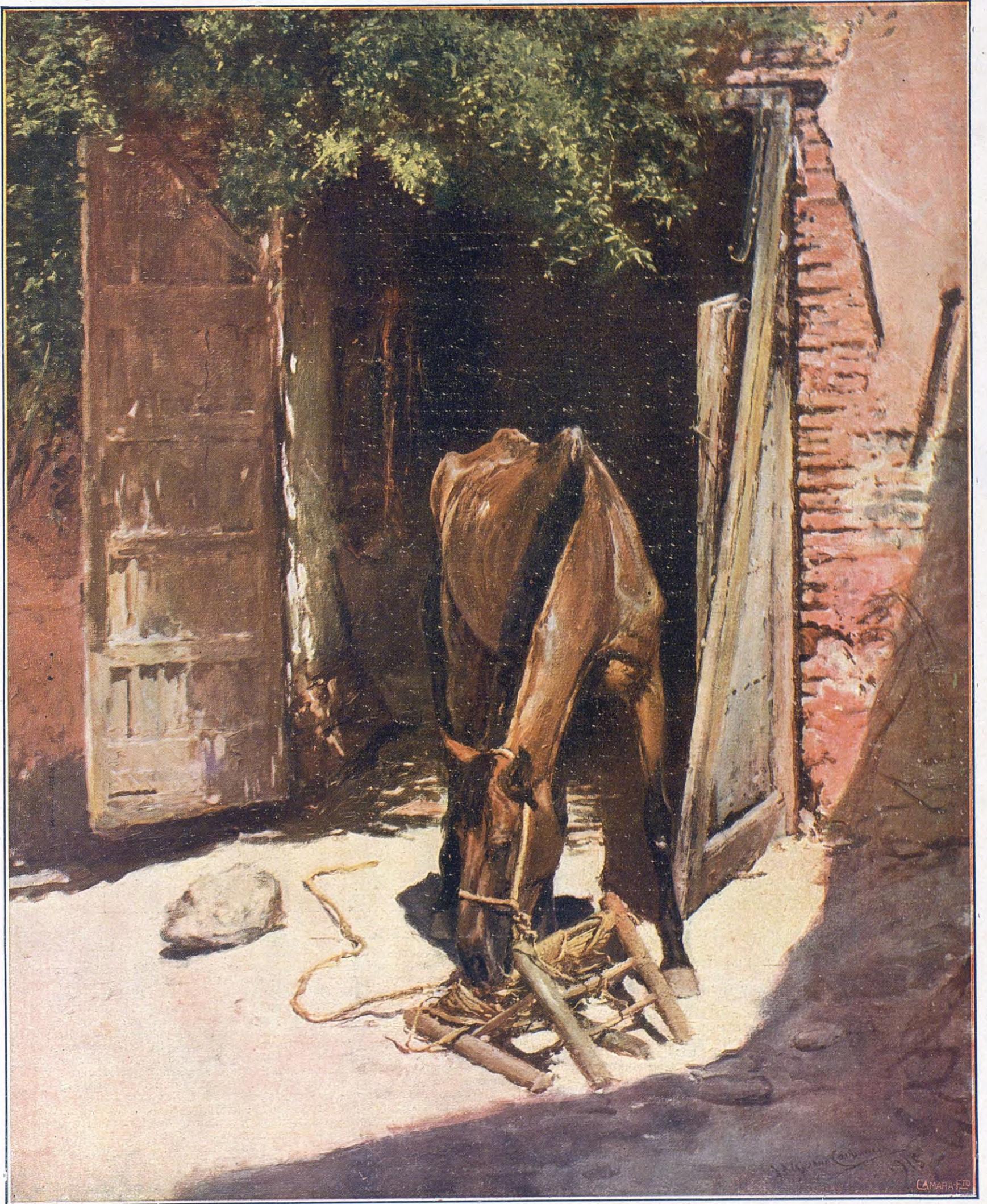


DIBUJO DE MARÍN

MANUEL BUENO

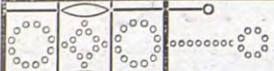
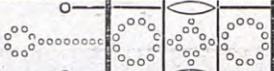
LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



“METAFÍSICO ESTÁS...”

(De la poesía que “Babieca”, el caballo del Cid, dedicó a “Rocinante”)
Cuadro del ilustre artista José Moreno Carbonero


MARTE CONTEMPORÁNEO


La figura de Marte, tal como la ideara el paganismo, no podía espantarnos ya; era un viejo guerrero incapaz de sostener la propia armadura de su defensa. Ningún otro símbolo del misterioso Oriente ha quedado tan inútil como este dios guerrero, incluso para el ajetreado ir y llevar palabras con que los poetas componen sus rimas. En vano los artistas intentaban crear un dios nuevo para la guerra. El símbolo parecía siempre poco cruel; la realidad, sucediéndose y renovándose de guerra en guerra, superaba siempre en barbarie, en ira, en inconsciencia, la figura soñada por el artista.

podido darle algo más seguro que el globo esférico entregado á los azares del viento, el mapa de Europa hubiese sido diferente al llegar el siglo xx, y la sojuzgada Prusia de la sin par María Luisa no hiciera ahora estremecer al mundo. Se llega á creer que hay un evidente providencialismo que determina los elementos con que ha de contar cada hombre de estos que encauzan por nuevos senderos la marcha de la Humanidad. En la gran tragedia con que comienza sus revoluciones el siglo xix, queda Inglaterra aislada sobre las aguas, como el Arca de Noé en la postrera hora del Diluvio. Y ahora, ni eso;

cubierta de cuerpos maltratados, heridos, exánimes, desgarrados, manchados de sangre, de barro y de blasfemia como en el Infierno que viera Dante.

¡Qué tremenda mudanza, cuando la Humanidad creía que marchaba hacia progresos de redención y de amor! Porque no hay en toda la Historia humana, desde el primer símbolo de la guerra, que está en Caín, nada más cruel ni más bárbaro que estas horas de sangre que vivimos ahora y que preparan un renacimiento de fe en la fuerza, en la violencia y en la muerte...

Si os fijáis en los labios del dios pintado por



“La guerra”, cuadro de Franz Stuck

Esta misma contienda actual transformaba la visión de Marte. Del mismo modo que Lópe, que previó la rapidez del telégrafo y Calderón, que imaginó que el hombre llegaría á volar como las aves, se espantarían de ver confirmadas sus nebulosas predicciones, quedaría asombrado Napoleón de que hubiera bastado un siglo para trastocar la guerra, de tal modo que todo su arte de destrozar ejércitos, que parecía inmutable, no tenga hoy aplicación más que para las grandes maniobras de los países atrasados y para encanto y recreo de los chicuelos que hacen paradas y simulan combates con sus soldaditos de plomo.

El único principio que perdura del período napoleónico es la fe en la artillería. Si Napoleón hubiese contado con los formidables morteros austriacos, y si Fulton hubiese podido poner á su disposición una escuadrilla de submarinos en lugar del primer ensayo de buque de vapor, con su enorme chimenea y sus ruidosas ruedas de aletas laterales, y si los Montgolfier hubiesen

también el símbolo de la paloma de paz que vuelve con un ramo de oliva se nos ha envejecido de tal modo que ya no nos sirve para nada; ni para éxtasis de poeta ni para juego de niños.

Así cuando un pintor, Franz Stuck, entrega al horror de las muchedumbres su tremendo cuadro *La guerra*, lo acoge un grito unánime: «¡Es Marte!» Es el símbolo nuevo, el dios de las iras modernas, el que ha dispuesto de elementos de muerte y devastación con que no llegaran á soñar siquiera los vencedores de antaño, los invasores sin corazón, los conquistadores sin conciencia. La pesada espada, acero que parece templado por todas las fuerzas, va cansina sobre su hombro; el jamelgo también, un duro caballo de recios músculos, marcha fatigado, y él mismo, el dios insaciable de victorias, con la mirada dura, el gesto hosco, el entrecejo fruncido como un nidal de iras, parece abrumado... No es la gloria la que le impulsa, sino la crueldad, una crueldad terca que está en el cielo brumoso, en el horizonte enrojecido, en la tierra

Franz Stuck, vereis que estalla en ellos una palabra de maldición. Parecería profanación repetir. Es una sílaba, es la afirmación de su triunfo, de su dominio, de su posesión del mundo. Y oyendo su blasfemia, pensáis que en verdad fué estéril la destrucción del paganismo y el arrasamiento de Roma; estéril la paz espiritual que Constantino quiso unir á los cetros del poder terreno, estéril la revolución que proclama los derechos del hombre sobre las almenas de los vencidos castillos feudales; estéril, al fin, la sistematización liberadora de Carlos Marx... Sobre todo eso, con su espada invencible al hombro, derrengado sobre su fuerte caballo, sin corazón y sin conciencia, sediento de sangre, camina el nuevo Caballero de la Muerte, el nuevo dios de la Guerra, hablando de honor y de patria á los pueblos que se retuercen á sus plantas, maltratados, heridos, exánimes, desgarrados, manchados de sangre, de barro y de blasfemia...!

DIONISIO PÉREZ

PÁGINAS POÉTICAS



LO QUE PIENSAN LAS ZORAIDAS

Corrosivo rayo del sol en su cénit
del cielo se escapa y el toldo atraviesa,
para ungrir el cristal de las aguas
que duermen un sueño de amor en la alberca.

Al sentir la caricia de fuego,
livianas burbujas del fondo se elevan
y matizan la azul superficie
con radiantes hervores de perlas,
atisbando el beso que sobrecogido
con destellos de oro sobre el agua tiembla,
mientras se sonríen en los azulejos
dulces claridades, que el recinto alegran.

Brillan los mosaicos en que se destacan
en trazos bermejos divinas leyendas,
y entre los adornos de las celosías
de los bellos arcos, combatiendo, juegan
rayos de oro, sombras regaladas, vivos
reflejos de flores, mágicas esencias
y ráfagas de aire, que luchan, se roban,
deslumbran, se encienden y huyendo se mezclan.

¡Ay, bella Zoraida, la de frente pura
y ojos azulinos como las turquesas!
¿Qué guarda el enigma de tu risa? ¿Cuándo
se sabrá el secreto que tu pecho encierra?

ooo

Recio el día, finge al lejos
bulliciosas caravanas
de ginetes, recias notas
de colores que cabalgan.

Intensísimos matices
de blancura y escarlata
en bonetes y en caftanes,
talabartes y gualdrapas,
del azul del horizonte
regocijos son y gala.

Son las huestes de un rey moro
que guerra por su dama
abrasando con su sangre
las llanuras castellanas.

No importa que hombre tras hombre
los que le defienden caigan.
Túnez le dará sus hijos,
Damasco sus cimitarras,
Dios la fe que necesita,
noble aliento su sultana,
brío el aire, el sol ardores
y sus sueños esperanzas.

«—¡Nazareno! —grita airado
Jarife, y lleno de rabia
alza el puño y torvo mide
con los ojos la distancia.

No provocan mis desvelos
tus constantes alharacas,
ni el clamor de tus soldados
ni el redoble de tus cajas,
ni han de darme sombra al rostro,
miedo al puño y susto al alma,
ni el sonido de tus trompas
ni el reflejo de tus lanzas.

Si eres adalid cristiano
y el impuro amor te arrastra,
frontera á tus apetiitos
serán mi odio y mi venganza.

¡Ven luciendo tu apostura,
que aquí mis brfos te guardan,
y ella quiere por trofeo
tu corazón en mi espada!»

ooo

Dijo, y en los alminares
fijó su ardiente mirada,
pareciendo que veía
el contorno de Zoraida.

Zoraida, que absorta pone
en los temblores del agua
los ojos en donde duermen
los recuerdos de un fantasma:
del caballero cristiano
que á Jarife turba y mata
y por quien ella daría,
si para ella le ganara,
mil Jarifes, cien ciudades,
su religión y su patria,
pues nada hay que ponga coto
á las mujeres cuando aman
si aman como saben, sean
sarracenas ó cristianas.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ
DIBUJO DE VARELA DE SELJAS

LA ESFERA
ARTE CONTEMPORÁNEO



LA MONJA MAESTRA, cuadro del ilustre pintor José María López Mezquita

LA ESFERA
TIPOS ESPAÑOLES



CAMPESINAS GALLEGAS, cuadro del ilustre artista Fernando Álvarez de Sotomayor



Explosión de una granada alemana de 20 centímetros en una trinchera francesa, durante la batalla de Neuve Chapelle. DIBUJO DE MATANIA

DE 1914 A 1916

BALANCE MARCIAL

Lo que se juzgó en sus comienzos de rapidez concisa, efecto de lo crecido de los contingentes en lucha y de la perfección de las máquinas de guerra, no lleva trazas de poner colofón a sus sangrientas lides.

Las mismas causas que motivaron la creencia de la brevedad han marginado el largo proceso de la duración. Por lo crecido de los contingentes cesó, en parte, la acción estratégica, y por el perfeccionamiento del material se hicieron menos viables las batallas en campo abierto.

El caso, y caso amargo, es que el conflicto está en el orto de su desarrollo y no parece presto á traer á los quebrantados espíritus auras de paz.

No le bastan á los beligerantes los extensos teatros de operaciones de la vieja Europa y buscan, en ruta destructora, las amplias llanuras africanas y las estribaciones feraces de las cordilleras asiáticas.

Resumen de las operaciones marciales tras diecisiete meses de incesante y sangrienta pelea: dos pueblos que lloran su pérdida independencia, naciones débiles que fueron las primeras en sucumbir en esta liza feroz; un valladar insuperable que es doble dique para tios y troyanos, desde el mar á los Vosgos, en el occidente europeo, pues ni los unos pueden socorrer á la dominada Bélgica, ni los otros pueden bordear el Iser y asomar al Atlántico por la rada de Calais; un cerco de hierro que contiene á los moscovitas tras sus helados ríos, después de haber logrado victorias sin cuento en los umbrales de Hungría, precisando retroceder valerosa y ordenadamente ante el ímpetu avasallador del audaz rival; una aventura funesta en el pretendido forzamiento de los Dardanelos, válvula de seguridad, un día, para evitar la intentada estrangulación del canal de Suez; otro fracaso en Oriente,

en tierras balcánicas, donde el esfuerzo de los aliados fué tardío y débil y donde á más de las armas sufrió grave derrota la diplomacia franco-inglesa, y una lenta, lentísima acción de avance en la abrupta frontera austro-italiana.

Tales son los hechos escuetos y sinceros. Aventurar el triunfo definitivo es harto prematuro; una cosa es apuntar hechos clarividentes y otra preconizar sucesos del porvenir.

No cabe duda que la previsión estuvo de parte de Alemania, hasta el extremo de que los pueblos que con ella se aliaron, á su dirección bélica se sometieron, porque en ella pusieron fe y amparo; en cambio, en los aliados, se notó en todo momento falta de unidad, autonomía directiva altamente perniciosa y, como consecuencia, inutilidad de esfuerzos las más de las veces. Cuando Rusia sufría la presión enorme de los ejércitos de von Hindenburg, von Lissingen y von Mackensen, Francia limitaba su acción á una guerra pasiva de trinchera á trinchera, sin intentar, por falta de enlace técnico con el Imperio del Zar Nicolás, una ofensiva tenaz, suficiente para descongestionar el frente moscovita.

La excelencia de la red ferroviaria fué medio estratégico de sostener victoriosamente una intensa lucha en dos frentes.

Los combatientes son poderosos y la lucha proseguirá hasta agotamiento por cansancio ó por falta de hombres, que es lo primero que se hará sentir en esta dura pelea.

Tal vez por ello buscan las diplomacias rivales el medio de sumarse á su bando nuevos elementos que lleguen de refresco á esta contienda vigorosa.

De nuevo el invierno abre un ligero paréntesis en la lucha, que en la estación primaveral del año que comienza volverá á adquirir su intensidad vibrante y ruda.

Muchas enseñanzas se derivarán de esta campaña cuando se finalice; unas serán exclusivamente de orden estratégico, otras serán de orden moral; entre aquéllas figurarán los progresos de la fortificación de campaña, los de la zapa volante, minas y contra minas, los de la exploración aérea, los del empleo de la artillería gruesa en campo abierto, los de los nuevos y potentes explosivos, los del nuevo material técnico y científico en sus variadas aplicaciones al arte de la guerra; y las del orden moral serán, así mismo, variadísimas, y algunas, sobre todo las que afecten á la previsión y al método, nos interesarán en tal forma que hemos de precisar radical metamorfosis que nos arranque de la rutina suicida, que todo lo confía á la improvisación, al coraje legendario y al heroísmo heredado.

Las guerras fueron en todo tiempo manantial de enseñanzas, pues si bien han sido y serán plagas irredimibles de la humanidad, á ellas se debe el rauda caminar del progreso y el justo respeto á los derechos del hombre.

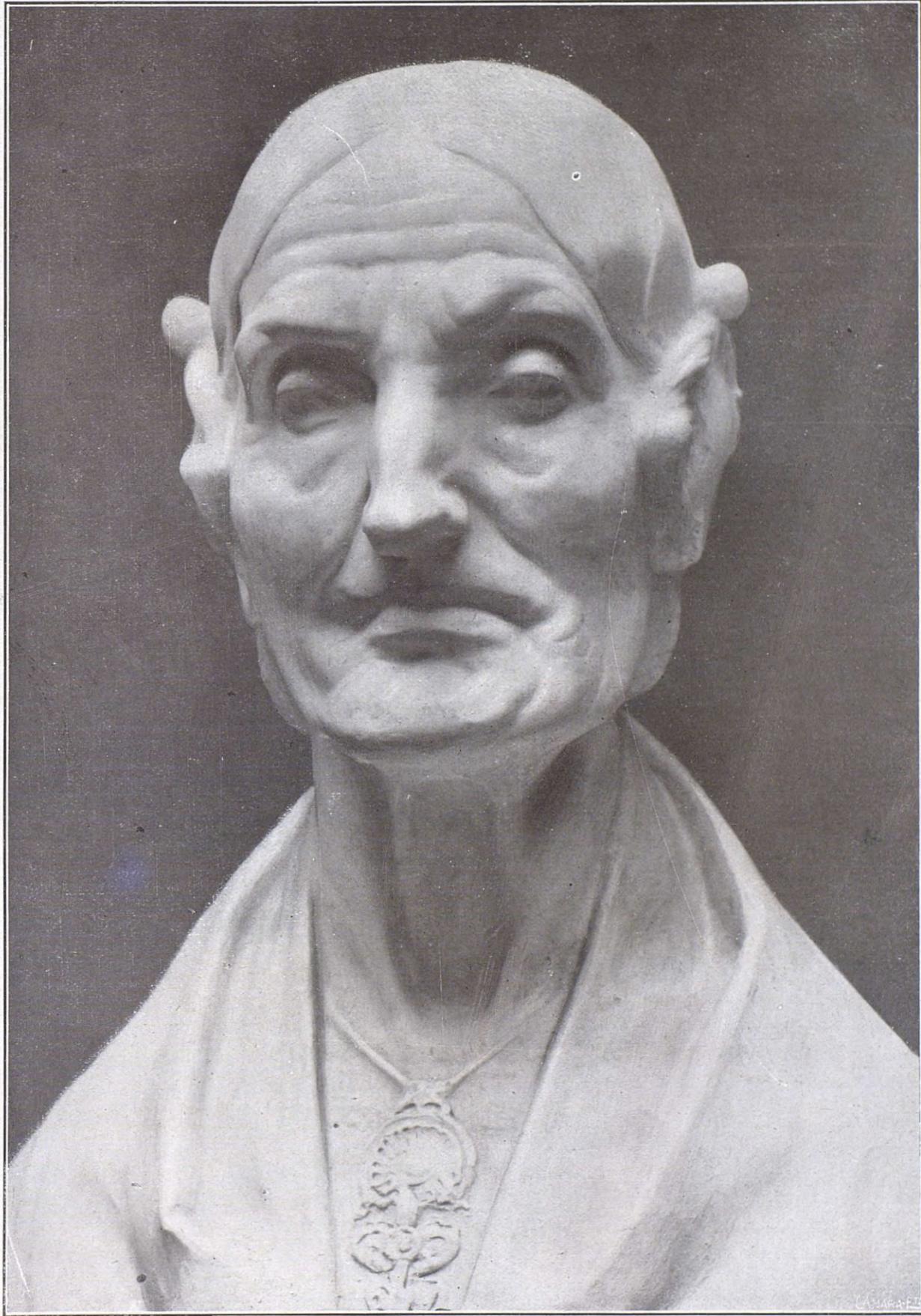
La actual contienda es desdichada escuela práctica en la que las futuras generaciones aprenderán á descrismarse con arte, en hombros de la civilización y en aras de la felicidad de la especie humana.

La paz universal será por muchos siglos una utopía, que el anhelo de revanchas y la ambición de los pueblos alejarán de la realidad. Se juzgó que la perfección de las máquinas dificultaría las luchas y muy lejos de ser así lo que hace es modificar la táctica é introducir mejoras en la ejecución dogmática de los principios estratégicos.

La fuerza de la razón, por la razón de la fuerza.

CAPITÁN FONTIBRE

ESCULTURAS ESPAÑOLAS



LA ABUELITA

Escultura del insigne artista Mateo Inurria

LA ESFERA
PÁGINAS HUMORÍSTICAS



CAMINO DE EUROPA

CARICATURA DE ANTEQUERA AZPIRI

EL AÑO 1915 (al año 1916): ¡Mal haces, niño, en aventurarte sin armas por estos senderos!...

EL HACHA MÍSTICA

ERA lo que se llama un investigador. Buscaba el misterio de la vida, que lo es el de la muerte, ya que ese misterio no es sino la linde misma en que ambas se unen, acabando aquella la vida para empezar ésta la muerte. Y buscaba ese misterio por el camino de la Ciencia, como si esta resolviese misterios, cuando más bien los suscita. De cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver, se ha dicho. Y también que el océano de lo desconocido crece á nuestra vista según escalamos la montaña del conocimiento.

Dedicóse á diseccionar células armado de los más potentes microscopios, y el misterio de la vida, que no es sino la vida misma conocida, no aparecía por parte alguna. Quiso, con la química, llegar á la entraña del átomo, del último elemento material, y se sorprendió haciendo geometría fantástica. Y acabó por dedicarse á la paleontología y á la exploración de las cavernas en busca de los más antiguos restos del hombre. Es decir, restos del hombre más antiguo, del que ya no sería hombre.

Descubrió un día una nueva caverna á orillas del mar; penetró en la cueva y escarbando dió con una hacha de sílice sujeta, como á mango, á un hueso de animal antediluviano, y allí grabado un suástica



Del cual creía que ha salido la cruz. «Es un símbolo del sol», se dijo. El hacha aquella, lejos de pesarle, parecía como si le alzase, le exaltara, le empujara al cielo. Era como un imán que tendía á lo alto, al reino del Sol de medio día. Un pastor, á quien al encontrarle cuando salía de la caverna le mostró el hacha, le dijo: «¡Es una

pedra de rayo!» Los pastores y las gentes de campo creen que esas hachas de sílice que se recogen para guardarlas en nuestros museos como objetos prehistóricos, son piedras que caen con el rayo. «¡Supersticiones!», pensó nuestro investigador; pero al sentir que el hacha seguía atrayéndole á lo alto, empujándole hacia arriba, se dijo: «Quién sabe..., acaso tira hacia la matriz del rayo con que vino...» Y es que ya no sabía ni lo que se pensaba.

Movido ya de un misterioso empuje, fuera ya de sí y como loco, echó á andar siempre hacia lo más alto, cuesta arriba. Y así llegó al pie de Gredos.

Era en invierno. Las cumbres del espinazo central de España, de sus vértebras de sobre el corazón, estaban sepultadas bajo la nieve. Y aquella nieve parecía tirar del hacha de sílice, de la piedra de rayo. ¿No era más bien el cielo?

Emprendió la ascensión. El viento le cortaba la cara y le atenazaba el corazón. La subida era terrible. Más de una vez, desalentado, resollando, sintió el abatimiento del vencido y pensó en volverse y renunciar á aquella suprema inves-

tigación. Pero la piedra de rayo tiraba de él. Quería tentar el último experimento, ir hasta donde aquel misterioso impulso le llevara.

Vió que iba dejando una huella de sangre en la nieve. Y donde la gota de sangre caía horadaba la nieve, calando hasta la roca. Falto de aire, ahogándose, miraba al cielo, océano de aire libre y azul. El corazón le martillaba la cabeza como si fuera un yunque; cada latido lo sentía en las sienas como un martillazo de crucifixión. Y miraba de cuando en cuando, en los breves descansos, al suástica como á una empresa. ¿Qué querría decir allí, en aquella prehistórica hacha de sílice, aquel símbolo del Sol del que le habían enseñado que salió la cruz? ¿Era un signo de la muerte? ¿Lo era de la vida?

El pobre caía á cada paso, resbalándose en la nieve, y se hería contra las esquinas y los picos de las rocas. Algún ave de presa se cernía á las veces sobre él y como presintiéndolo un botín. «Dentro de poco me comerán los buitres—pensaba—, si es que no me preserva el manto de la nieve». Y luego: «¡Qué pura sepultura!» Pero cuando más le ahogaba la congoja, el tiro de la piedra de rayo parecía levantarle y como si le aligerase el corazón. Arriba, pues. Y así llegó, aunque medio muerto, á la pingorota del picacho del Almanzor. No se podía subir más.

Se tendió allí, cara al cielo, y se puso á resollar. Era como si el aire le penetrase por entero,

como si se cerniera en medio de él, como si su corazón fuese un misterioso meteoro que le mantuviera en el cielo. Sentía un sueño tremendo, un sueño que le daba miedo, miedo de no despertar de él. Pero se durmió. No soñó nada. Y al despertar encontróse con mucho más sueño, con un sueño que era como hambre y sed de reposo, pero de un reposo inacabable. Era como la fatiga de todos los siglos que habían pasado, como si sobre él pesara el cansancio del trabajo todo de la creación. «No hay futuro bastante para mi descanso—pensaba—; la eternidad es corta para mi hambre de sueño».

Sintió de pronto una punzada y un sobresalto en el corazón. Allí tenía, junto á él, la piedra de rayo, que seguía empujándole hacia arriba. Pero, ¿cómo iba á subir más? ¡No era posible! ¡Si pudiese elevarse como los buitres y las águilas por encima de las crestas de la montaña! «Me moriré aquí—pensó—rendido por este sueño enorme, y los buitres me devorarán y me llevarán así más alto». Y luego se dijo: «¡Ya desvario!»

La piedra de rayo seguía empujándole hacia arriba. Se puso en pie. Cogió la piedra en una mano y dió un salto. Es que pensó, ¡desgraciado!, si la piedra le levantaría por los aires, si acaso fuese un talismán para poder volar sin alas sobre las cumbres de las montañas y perderse por encima de las nubes. No fué más que locura. El salto le hizo caer sobre el picacho y quedar maltrecho. Y la piedra seguía empujándole al cielo.

De pronto le entró como una revelación; empuñó la piedra y con la fuerza toda que le quedaba lanzóla al cielo. Y le hirió la vista un rayo, un rayo que brotó del cielo azul, el rayo de la piedra. Era que sangraba el cielo. Porque era sangre, verdadera sangre, sangre luminosa, divina, que, cayéndole en los ojos, se los cegó. Y es que vió crecer el sol hasta cubrir el firmamento entero y cuanto había bajo de él hasta envolverle. Y al ver que el sol lo llenaba todo y que no había sino luz, pura luz, encontróse en las tinieblas. Ya ciego vió las tinieblas de Dios.

Cayó del picacho á un montón de nieve. Y sintió que la nieve se derretía bajo de él, de su fiebre, y que iba ahogándole con su cuerpo ensangrentado. Y que el sueño le ganaba las entrañas. A la vez se le derretía el miedo á la muerte. Sólo echaba de menos quien le cunara, quien le brizase aquel su último sueño. Recordaba las monótonas canciones con que tantas veces su madre le brizara los sueños de la inocencia. O cuando se dormía con una oración cantada en la boca.

Entonces del poso de la infancia de su alma brotó el Padrenuestro, canturreado como se lo hacían cantar en la escuela, y al acabar el «venga á nos el tu reino», solo, sepultado en la nieve de la cumbre pelada, entregó su aliento al Señor. Al lado suyo yacía la piedra de rayo.

Miguel DE UNAMUNO

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



=VARELA DE SEIJAS=

RECUERDO Y DEVOCIÓN DE LAS VIEJAS LECTURAS
BUENA Y DESAPRENSIVA VIDA EN LA CORTE

VE aquí, lector, que hoy acudo á ti con el ingenio prestado; quiero decir que entre un sin fin de papeles viejos, que guardan mi curiosidad y devoción por las edades pretéritas, hallemos dos hojas, que son las que te traslado luego, en que un eximio doctor, que alcanzó borbolla y garnacha en la famosa universidad de la desaprensión y desahogo, vertió las profundidades de su ciencia.

Helas aquí:
 «Luego de la misa, oída con toda devoción, va un hombre de los nuestros hecho persona ilustre á ruar hasta la santa hora del Ave-María que como todo buen cristiano ha obligación de saber en aquella que es frontera entre la mañana y la tarde.

Si en San Felipe oyó la Misa luego de pararse un poco en las «Gradas», mentidero de la Corte y tribunal de vidas y haciendas, metido su cuarto á espadas y dando parecer por cuáles medios puede finarse mejor la dichosa guerra de Italia y diciendo en secreto á todo el mundo cómo él tiene estudiado un plan para curar al reino de la lepra del favoritismo y la intriga, echa muy orondo escaleras abajo y emboca en la calle Mayor.

Ya á este tiempo hierva en lindos á pie y damas en coche; cada cual pareciendo que va á distraer unos momentos, como para hacer boca, no va sino á lo suyo. Unicamente los que creen ir por algo son los que pierden la mañana, tales como maridos celosos y padres rodrigones de la forzada honestidad de sus prendas.

Como la moda del coche ha entrado con tanto furor que el ir á pie parece pobreza de sangre manifiesta, más gente es la que camina con pies ajenos que por el propio impulso, y no hace mucha mella aquel epigrama que dice en buenos versos y yo pongo aquí en mala prosa (porque á este punto no se me acuerda y no le tengo á la mano) que hace dado orden de que los hombres que vayan sobre ruedas por dentro de la Corte no traigan espada, porque el andar en coche acusa debilidad y es tanto como estar en el lecho.

Quien no ha carruaje propio no le falta dama ó prócer conocido y pretextando el saludarse, éntrase de lleno y sin esperar licencia. Y aún hay quien muestra tantas agallas (y esto es lo justo) que emboca sin haber visto en su vida al «encochado» y luego de que paseó bien la calle disculpa cómo le confundió con un pariente que ha luengos años no veía y que por esto atrevióse á importunarle creyendo que era el tal. Que le perdone y sepa que en el mundo no está si no para servirle.

Si esto le parece mucho, mostrará higadillos como aquel buscón Don Pablos, para darle cua-



tro reales al lacayo de un leguleyo porque le alquile el caballo de su amo mientras éste oye misa de once, y dar muy caballero un par de vueltas, y porque parezca que él también tiene criados, esperar á que juntos pase un paje bien vestido é ir dos pasos delante de él de modo que figure que le va sirviendo, y á todo personaje de condición, quítale el sombrero, y como ellos por la mucha gente que tratan cada día no tienen seguridad de quién sea, temiendo pecar de descortesés, le corresponden con extremada finura.

Si el dueño del cuartago alquilado no sale antes de lo que fuera menester como el de la novela de Quevedo y arma otro San Quintín, apéase muy orondo el hombre y dando dos palmadas á la cabalgadura dirá al mozo que espere allí á que salga su ífo el licenciado y que se le ofrezca, y vase luego hacia «Platerías» más señor que un duque, pues con ser ancha la calle apenas si para él tiene espacio.

Delíñese ante los aparadores de los plateros y si hay mirones de sexo contrario escudriña la entrada como para cerciorarse de que sea aquella la tienda que él busca, y dice á media voz para que le oigan, mientras con harto nerviosis-

mo aspira pequeñas porciones de tabaco molido: —¿Dónde, ¡voto á Dios!, habráme dejado á componer la cadena este empecatado mozo? ¡Yo le juro á su padre que hoy es el último día que me pone en estos compromisos.

Y si ve que se fijan en él, entra y pregunta á cómo va la plata y si le comprarían un Cristo deste metal que tiene más de ocho libras. ¡Ni en sueños las vió nunca!

Sale y á la puerta de las monjas de Constantinopla tóbase con la amiga con quien vive ofendiendo á Dios, pregúntale cómo se dió la mañana y ella responde que mal, pues como estamos en Cuaresma no hay quien se atreva á promiscuar.

—Eso en llegando á casa lo veremos— responde el hombre—, que no me fio yo de vos. ¡d delante, que agora voy.

Y apártase para dar sombrerazo al virrey de Cataluña, que en su carroza magnífica, por rendir culto al uso, viene de Palacio, donde aquella mañana tomó hábito la señora virreina.

En San Felipe y en el Salvador suena el toque del Ave-María; todo el mundo para en seco, los hombres destócanse del sombrero y las mujeres, inclinando devotamente la cabeza sobre el pecho, repiten la salutación del Angel:

Ave-María, llena eres de gracia.

Perdido el eco de las campanas y acabadas las razones de la oración, van desapareciendo cosas y personas á comer lo que Dios les otorga cada día.

Vase el hombre casi perfecto también á su posada, y es lo primero que hace en llegando cerciorarse de si quien le cuece el pan (que es la moza) llegó ya ó aún se está taconeando por esas calles.

Hácele balance de cuentas, quítale lo que traiga, escríbele memoriales como si fuera viuda de un alférez que murió por el Rey y así de que comen una olla con más carnero que vaca, échala á la pedigüñería, y si ella resístese y quiere un poco de siesta porque dice que ya es mucho estar una mujer por antesalas, salas y aún más adentro desde que amaneció Dios, se produce tan á lo vivo la famosa jornada de Lepanto, que sólo se conoce el no ser ella en no hallar á Don Don Juan de Austria...»

«Lo que hace un hombre de bien por la tarde, va en otro papel, que es segunda parte deste, y lleva una oración muy eficaz y milagrosa contra el mal de piedra.

Vale un cuarto...»

ooo

Así de como le halle, amigo lector, prometo trasladarle y ponerle en tus generosas manos.

DIEGO SAN JOSÉ



LA ESFERA
DIBUJOS AL CARBÓN



TIPO ESPAÑOL
Dibujo del ilustre artista Ramón Casas



Aún es Castilla

*Réplica al poema A LOS VILLANOS DE CASTILLA, escrito por el muy ilustre señor
Luis Fernández Ardavín*

.....
¡Oh, qué dolor!... ¡El castellano viejo
ya no tiene, viril, una protesta!
¡Sólo es un hombre para el vino añejo,
que es el gran vino para aguar la fiesta!...
.....
¡La vieja vara del alcalde, rota,
ya no será la justiciera vara!...
¡Percha será para colgar la bota
de moscate! que el seductor pagara!...
.....

Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

Estos secos lugareños de Castilla,
de hosca frente y duras manos,
aún conservan en su pecho la semilla
de los fuertes comuneros castellanos.

Aún de Crespo resucita en sus miradas
aquel rayo de justicias vengadoras,
y aún gobiernan con más fuego las espadas
que las hoces labradoras.

Es muy fuerte esta Castilla,
y muy dados al honor estos villanos,
para hincar, sin alegatos, la rodilla,
y humillarse, sin rubor, á los tiranos.

Si esta raza, con la bota de lo añejo se remoja,
no es por vicio de la raza,
es por dar con sangre roja
nuevo temple al débil pecho que ha de hundirse en la coraza.

Ya vereis cómo indomables, y en un son de brava guerra,
volverán estos varones á dar cuenta de su paso,
y otra vez, como en antaño, por la anchura de la tierra
forjarán nuevos dominios y otros soles sin ocaso.

Dice un vate predilecto, que en Castilla ya no hay flores
de hidalguía en los escudos, ni hay lirismo en los afanes,
que en Castilla nos gobiernan unos cuantos regidores
que por vino dan sus hijas á los locos capitanes.

Sepa el vate que tal dice, que en Castilla no hay traidores
que alardeen de fermentidos,
ni hay alcaldes que se avengan á tratar con seductores
como tratan por las ferias los villanos mal nacidos.

Es Castilla muy sobrada
de hidalguías y razones
para hacer un escarmiento, con el rayo de su espada,
sobre aquellos que quisieran hacer sombra en sus pendones.

Si, cual secos eremitas, sobre surcos y entre breñas,
van vencidos, la hosca frente casi al roce del arado,
no es que lloran, es que labran bajo el palio de sus greñas
una idea que ha de darles el retorno á lo pasado.

Una idea vengadora, que es rugido en la garganta,
que es un crispo de iracundias en la lira de las manos,
y que anuncia, como alondra que en el aire se levanta,
una aurora de grandezas por los yermos castellanos.

Que, ciñendo la armadura, dejarán la dulce bota
que rezuma rojo vino,
y, acatando su conciencia, una picota
plantarán en cada cruce del camino.

Y ya libres de caciques, y aliviados de usureros,
y algo locos por la sangre que les dió el añejo vino,
volverán á sus andanzas, como altivos caballeros
que ni temen á la muerte ni á lo adverso del destino.

Si estos ínclitos varones
son hoy sombras entre yermos, no es que el miedo les obliga,
es que fueron dadivosos en gastar sus corazones
y hoy les duerme la fatiga.

Esta tierra de Castilla, tan poblada de leales,
tan cubierta de agrías sierras, de robledos y de encinas,
al dolor pone sus almas como duros peñascales,
y al ultraje sus broqueles de relumbres diamantinas.

Estos secos lugareños de Castilla,
de hosca frente y duras manos,
aún conservan en su pecho la semilla
de los fuertes comuneros castellanos.

Aún de Crespo resucita en sus miradas
aquel rayo de justicias vengadoras,
y aún gobiernan con más brío las espadas
que las hoces labradoras.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL RETORNO, cuadro del ilustre marinista R. Verdugo Landi



Figuras monumentales de los frescos de Miguel Angel, que se conservan en la capilla Sixtina

HISTORIAS PARA NIÑOS

MIGUEL ANGEL

UN día recorría el Papa Pío IV las ruinas de las termas de Diocleciano. A su lado iba un hombre hercúleo y mal fachado que contestaba de un modo displicente a las preguntas del Pontífice. Aquel hombre era Miguel Angel.

—¿Te parece, hijo mío, que aprovechando estos mármoles y este sitio construyamos una iglesia magnífica?

—Sí. Es acertada la idea.

Miguel Angel escogió un anfiteatro rodeado de columnas y dibujó una iglesia de cruz griega trazada de manera que pudiera aprovecharse la enorme columnata.

Concluido el templo fué adornado con pinturas del Dominiquino, los Procaccini, Carlos Maratta...

En medio de la iglesia se alza un sarcófago con un epitafio medio destruído donde se lee el nombre evocador del gran pintor y bandolero Salvatore Rosa.

Esta iglesia se llama Santa María de los Angeles, de Roma.

En lo que antiguamente se llamó las termas del Diocleciano, existen hoy, además de la iglesia de los Angeles, la de San Bernardo, casas, almacenes y dos plazas públicas. Las Termas de Caracalla eran mucho más pequeñas que las de Diocleciano. En la soledad de las ruinas de Caracalla no se eleva hoy ningún edificio. Cierta vez que empezaron á excavar estas ruinas se encontró el Hércules Farnesio y la estatua de Flora, que hoy se conservan en el Museo de Nápoles. De los baños de Tito procede el grupo famoso de Laocöte.

Se descubrieron salas pavimentadas de nácaros y mosaicos, adornadas de pinturas magníficas, que se deshacían en polvo dorado apenas les daba la luz.

En la biblioteca de estos baños de Tito se descubrieron unas pinturas de maravilla cubriendo el techo y los cuatro lienzos de pared. Rafael Sanzio, que asistió á las excavaciones, bajó á la biblioteca, se encerró en ella y trasladó al lienzo lo que se veía en la pared.

Destruyó luego el original é hizo pasar por originales las copias.

Esta fábula inventaron en Roma los enemigos del gran pintor para mortificarlo.

Para buscar las termas de Trajano podemos seguir el mismo acueducto de Tito. Cruzamos la pequeña iglesia de *San Pedro in Vincoli*. Julio II quiso ser enterrado aquí y le encargó á Miguel Angel el diseño de su tumba.

Miguel Angel tuvo una concepción genial.

Pero se cansó en seguida y de las cinco figuras que había pensado hacer, sólo concluyó una: el Moisés.

El Moisés de Miguel Angel es la más grande maravilla del genio humano.

El escultor, al terminarla, dándole con el puño en la frente, le gritó al Legislador del pueblo hebreo: *Adesso, parla*. (Ahora, habla).

El Pensador y el Moisés son las dos obras más grandes del Buonarroti.

ooo

Mirad el dormitorio del Papa.

Un lecho monástico. Cinco sillones venecianos, una cómoda y ese reclinatorio de columna con la dulce imagen de María, la madre de Jesús.

Mirad desde esas ventanas. Aquellas son las montañas de Albano, y aquella cúpula que abre su gloria al sol es el gran pino de Frascati, que parece un relicario.

Antes de entrar en las habitaciones del Papa hay que pasar por las Logias de Rafael.

Entre todas estas pinturas, la que más asombra á la gente es la Creación.

En la Capilla Sixtina, Miguel Angel hizo la Creación también.

Comparad y vereis como Sanzio es un niño al lado de Buonarroti.

Cuenta la tradición que un día se encontraron, al pie de la gran escalera del Vaticano, Miguel Angel y Rafael. El primero, solo. El segundo, rodeado de su corte de admiradores. Los dos venían de trabajar.

—¿Bajas de tus Logias?

—¿Y tú, sales de tu Sixtina?

—Vas siempre rodeado de la gente como una cortesana.

—Y tú siempre solo, como el verdugo.

Se apartaron resentidos los dos.

Miguel Angel trabajaba en la soledad.

A Rafael le gustaba que la gente estuviese viéndole pintar.

La capilla Sixtina podría llamarse el Museo Buonarroti. Esta capilla, más grande que mu-



Retrato de Miguel Angel

chas iglesias, contiene el genio de Miguel Angel como pintor.

Cuando el Papa Julio II encargó de esta obra á Miguel Angel, éste, en un escrúpulo de su dignidad, contestó:

—Yo soy escultor y no pintor. Encargad de ésto á Rafael.

Insistió el Pontífice y aceptó el escultor.

El resultado fué una de las más grandes maravillas del arte, que se llama la Capilla Sixtina.

¿La descripción de la Capilla Sixtina?

No. Castelar y otros grandes artistas la dejaron hecha ya y nos consideramos relevados del compromiso.

Miguel Angel había nacido en Florencia, pero su espíritu era eminentemente romano. Arquitecto, ingeniero, escultor y pintor, tenía, como Leonardo de Vinci, aptitudes para todo lo grande. Todos los soberanos del mundo, desde el Papa al último Solimán, quisieron tenerlo en su corte.

Pero sólo Roma era el escenario que mejor luz y ambiente ofrecía á su genio.

Era huraño y hercúleo. Armaba una cuestión en el pico de un cincel. Tenía la nariz remachada por un martillazo que le dió un amigo. Su vida fué casta y sobria; su salud de hierro.

—La escultura es mi mujer y la pintura mi amante: de una y otra he tenido hermosos hijos—decía.

Su poeta era el Dante, y sin duda entre estos dos genios hay un sentimiento fraternal.

Roma le llamaba á Miguel Angel el Dante de la pintura. Cuando se lo dijeron al Buonarroti, contestó:

—Gracias; ningún otro nombre podría agrardarme más.

El Papa León X no quería á nadie tanto como á Rafael.

Miguel Angel se retiró de la corte pontificia. Estaba ya medio ciego por su enorme esfuerzo de la Sixtina.

Se fué á pasar una corta temporada á Florencia.

A los pocos días, muy mejorado de la vista, se dirigió al convento de los hermanos servitas de la Anunziata.

Llegó al pórtico á la sazón en que otro viejo alto, señorial, con la barba blanca, estaba contemplando las pinturas murales.

Buonarroti pasó ante él sin mirarlo. El viejo



“Moisés”, escultura de Miguel Angel

alto detuvo por un brazo al que pasaba, diciéndole:

—¿Cómo estás, Miguel Angel?

Este, contemplando al que le hablaba, contestó:

—Estoy más débil y más viejo que tú, Tiziano. Luego, los dos cargados de años y de laureles, hablaron de la decadencia de las artes.

—Yo no conocía las pinturas de este pórtico. ¿Son todas de Andrés del Sarto?

—Todas—contestó el Tiziano—. ¿Y tú sabes lo que estos frailes le dieron á Andrés como salario?

—No lo sé.

—Un saco de trigo. El Sarto, queriendo inmortalizar esta admirable manera de abusar de su pobreza, pintó esta Virgen, poniendo á sus pies un saco.

—Pues para que los frailes hubieran medio pagado esta Virgen hubiera sido preciso que llenaran de oro ese saco.

ooo

Después del sitio de Roma, Miguel Angel volvió al trabajo. Viejo ya, las artes estaban en decadencia.

Cogió á Sebastián del Piombo y á Andrés Volterra y les hizo emprender grandes trabajos.

La muerte le sorprendió en este renacimiento de su energía y su genio.

ooo

En la vida de Miguel Angel hay un punto muy interesante. Su amistad con Victoria Colonna, marquesa de Pescara.

La marquesa enviudó joven y no volvió á casarse.

La gente atribuía ésto á la exaltada amistad que profesaba á Miguel Angel.

De la pureza de esa amistad nadie dudó jamás en Roma.

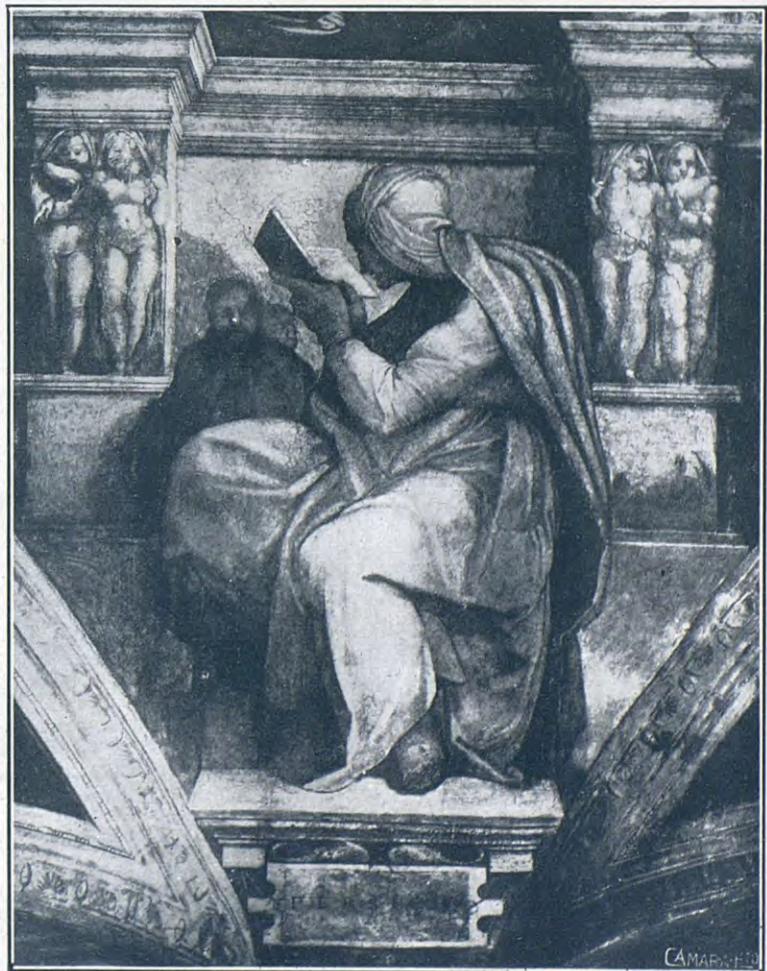
La marquesa de Pescara murió el año 1547 y Miguel Angel asistió á su agonía.

Después, ciego ya por completo, se hacía conducir al Belvedere del Vaticano para tocar con sus manos temblorosas el torso de Hércules.

Su esposa, la escultura, recibió las últimas caricias de aquel Titán del arte.

Murió octogenario.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA



La Sibila de Cumea y la Sibila pérsica, figuras de los frescos de Miguel Angel en la capilla Sixtina



ESTERILIDAD

ANTE UNA PINTURA DE ETTORE TITO

EN las mañanas de cielo alto y muy azul, de sol bermejo, cristalina el agua del río, las rocas bruñidas, los árboles en flor, un vuelo de palomas en el aire transparente, acaso la humareda de un hogar de égloga, quizás la música de unas risas femeniles entre el recortado boj y las madre selvas que forman la tapia de un huerto; en la hora virginal, creyéramos, creemos que el mundo acaba de nacer. La tarde esta, en cambio, el mundo se muere. Bajo la rastrera bruma del cielo, se dilata el herbazal, con su verde oxidado, y fangosa la tierra, y aquí y allá las azuladas charcas, como pedazos de un espejo roto.

Perfilanse unos solitarios palitroques y cuelgan de las más finas varicas las últimas hojas, que parecen murciélagos suspendidos de un ala, según suelen. Flota remansado un aroma de fuego sin llamarada, de putrefacción. Así nos imaginamos la agonía de uno de aquellos enormes penitentes de la Tebaida, y hasta el polvo de los senderos se ha amoratado, igual que la carne que ya se corrompe...

Las nodrizas pláticas sentadas en un banco de madera, dos se abandonaron á la indiferencia para todo, una muerde un fruto y la otra sueña con ojos vagamente enloquecidos. Aprovechan que los bebés duermen. Falta en un regazo el infanquito, pero ya la mujer adquirió el ritmo de la hembra que camina encorvada por la pesadumbre de los senos henchidos y del hijo en los brazos con que la reconocemos por nodriza también. Uno de los bebés contempla las mujeres y el paisaje, que no comprende, y que permanecen despegados de la criaturita. Inspira el corro una melancolía dolorosa. En el prematuro, interminable crepúsculo, la escena de fecundidad pierde su significado, diríase la perpetuación del ritual de un culto ya sin dioses y sin creyentes, emigrado de la religión.

Nutrice, da cui bevvi la mia vita prima, ne le cui braccia ebbi il sopore primo!...

He ahí unas palabras de Gabriel d'Annunzio que confirman de nuevo la antigüedad del alma de este á quien Eleonora Duse llamaba el *Imagínifico*. No invoca el poeta la vieja campesina que desabrochaba su corpiño, al amparo de los parrales ó junto á la rueca tradicional, cada vez que el entonces futuro bebedor de los vinos clásicos y los ultramodernos gimoteaba en demanda del pecho de la madre. Porque la humanidad ya no aciata á transmitir la vida á sus hijos, que la vida era energía y candor y son muchas las generaciones que chupan con glotonería en la cuna la decadencia, gérmenes morbosos, los heredados vicios, la fatiga y el tedio incurable de los agotados. Gabriel d'Annunzio habla á los desaparecidos fantasmas de un ayer remoto, y no podía menos el superviviente de las edades fundamentales, el maravilloso discípulo que busca sus maestros á través del tiempo y de las edades, aquel que ha respondido al preguntarle los títulos de sus tres modelos favoritos: «*La Iliada*, que es el libro de mi raza; *La Divina Comedia*, que es el libro de mi disciplina, y las memorias de Benvenuto Cellini, donde aprendí mi libertad».

Nutrice, da cui bevvi la mia vita prima, ne le cui braccia ebbi il sopore primo!...

Para nosotros, *il sopore primo* no se interrumpe nunca, perdurará hasta que despertemos en el reino de las sombras. Obsérvese la exactitud del universal pintor italiano Ettore Tito, que logró fijar en el lienzo reproducido en nuestras páginas la terrible tragedia vulgar. Esas nodrizas ignoran su misión, comparable á la de una lámpara sagrada. En medio de la planicie blanducha y opaca sumérgese un hombre joven.

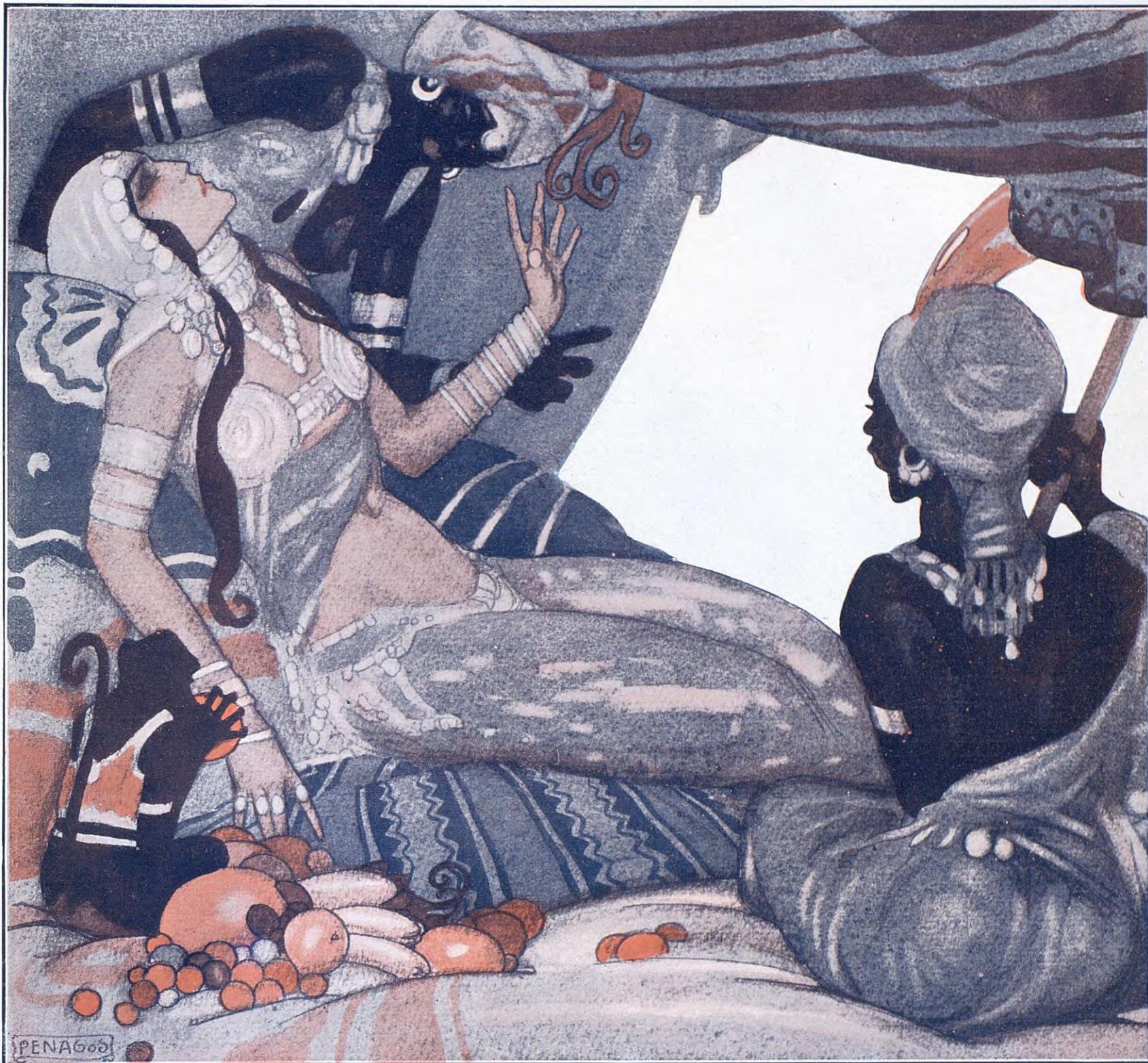
El anciano inútil vagabundea y no le queda otro consuelo que prepararse á morir. La alucinada visionaria de la llamarada en la testa leonina y matronil, borrosa huella de Roma, intenta recordar algo muy grande... El crepúsculo que se arrastra y la aridez de la llanura, dicen la horrenda monotonía de la existencia...

Y hay otra amargura en la mansamente desolada visión del pensador con paleta. Nos referimos á la animalidad de la vida, con los instintos apagados, sin avidez espiritual, una soñarrería profunda. De seguro las semillas escondidas en la gleba, así que les llegue el momento de metamorfosearse en la planta, ganarán en codicia de existir á los reyes de la creación, y con el ímpetu de naturales barrenos romperán el terruño. Unas vacas en la rumia ofrecerían la misma apacible cachaza que el grupo de gentes del cuadro. ¿Por qué permitirán los dioses que repetamos nosotros los actos preñados de un bello simbolismo con la más odiosa de las profanaciones, la maquinal y distraída? Un fruto, esa naranja que mordisquea con desgana esa mujer, no es una naranja más, sino el globo milagroso en que se funden el sol, el aire, el agua y la tierra. Comerse la naranja esa, y todas, y cuantos frutos enriquecen el otoño, equivale á comulgar en la Naturaleza. Yo comprendo la casi supersticiosa solicitud con que un poeta griego, mi camarada en un viaje, devoraba las frutas sin mondarlas. Mi amigo ha sido fauno en otra encarnación y reverenciaba la pátina de la luz, del viento y de la lluvia...

Cuando se celebra el nacimiento del año, nosotros hemos querido recogerlos un instante en la meditación del fracaso de la fecundidad, y el insigne artista Ettore Tito ha venido en nuestra ayuda y nos insinúa cómo ya el hombre se amantaba en el pecho emponzoñado de *La Intrusa*.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS



LA PEREZA

En la cima ideal puestos los ojos,
¿qué te importaba, lírico viajero,
que sangrase tu planta en los abrojos
que erizaban el áspero sendero?...

Iba ansioso trepando
por la senda florida,
á toda voz cantando
la canción más alegre de la vida,

cuando, por dos esclavas sostenida,
al pie de una palmera,
ví una hermosa mujer, medio vestida
en su pompa oriental de bayadera...

Me oyó, y abrió los ojos somnolientos,
y con voz muy suave, tal los vientos
de Abril cuando adormecen á las rosas,
me suspiró estas frases melodiosas
como són de lejanos instrumentos:

—¿Dónde vas, caminante presuroso?...
El sol abrasa... Es pleno mediodía...

Todo busca la sombra y el reposo...
No vuela un ave, ni en la lejanía

ofuscante de luz, pasa una nube...
Los párpados se cierran con un velo...
¡sopor de ensueño de la tierra sube,
y otro dulce sopor baja del cielo!...

Toda mi carne es como una rosa
que entre tus manos deshojarse anhela...
¡Ven, caminante, y tu dolor consuela!
¡Sobre mi seno en flor, sueña y reposa!...

Y abriéndome sus velos constelados
de áureos lotos, sus manos me ofrecieron
los dos senos mejores modelados
que jamás ojos de mortales vieron...

Y en ellos reposé, y aún hoy reposo,
igual que un débil niño adormecido
por los besos maternos... He perdido
las fuerzas y el impulso generoso

que me empujaron á buscar la cumbre
más elevada, para que ella fuera
eterno pedestal de mi quimera...
Mas ¿qué importa, si esta dulcedumbre
que por todas mis venas se derrama,

si este olvido de toda otra memoria,
valen más que los triunfos de la Fama
y todos los laureles de la Gloria?

¡Oh, Pereza! Divina escanciadora
del más dulce beleño,
bella interceptadora
de toda realidad y todo empeño;

por el opio, la mirra y los perfumes
con los cuales apagas y consumes
mis inútiles fuerzas; por las vagas
quimeras con que el alma me embriagas;
por haber disipado mis ideas,
y el dolor de sentir, y las ficciones
de mis vanas y absurdas ambiciones,
¡oh, Pereza inmortal, bendita seas!

¡Cómo se funde en tí todo deseo!
¡cómo se apaga en tí toda mirada!...
¡Con qué amor en tus brazos paladeo
la voluptuosidad de no hacer nada!...

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE PENAGOS

CHRISTMAS

Es un presente suntuoso y muy inglés el de los *christmas*. Recuerdo las vísperas de Navidad en Londres, cuando se destacaban en todos los escaparates, llenos de bagatelas, como estampas arrancadas de una multitud de libros preciosos. Porque el *christmas* no es la postal demasiado ligera é inconsistente; es una página de arte que tiene además una leyenda que le da fuerza y lo justifica.

Sin embargo, los *christmas* en Londres no tenían este prestigio exótico que tienen cuando los encontramos aquí y nos llegan de allá. En Londres eran los *christmas* demasiado vulgares y su inscripción en inglés no era una inscripción extranjera y difícil. La familiaridad de aquellas gentes frente al *christmas* los convertía un poco en tarjetas postales y su gran número los depreciaba un poco.

En aquella ocasión casi no supimos elegir y nos pareció vulgar enviarle á nuestros amigos esas cartulinas. Es que todo el valor de los *christmas* está aquí. Es una evocación de la ciudad lejana y aristocrática; de todas las ciudades lejanas; porque traen un sabor de extranjerismo inimitable.

Los *christmas* son una ofrenda blanca y purísima; tienen una ingenuidad llena de encanto; algo de esa gracia cándida de la inglesa. Una inglesa rubia y con los ojos azules, delgada, esbelta y vestida de blanco. Es un presente como una joya; tiene también algo de tapa de caja de dulces; está lleno de intimidad porque sus dos tapas, que se cierran una sobre otra, guardan las palabras gratas y amistosas de un recuerdo delicado: Son dignos de conservarse.

Recuerdo á este propósito que la gran poetisa Carolina Coronado no podía soportar las tarjetas postales y cuando aparecieron abominaba de ellas porque no podía admitir que lo que ella escribía fuera tan al aire, tan desnudo, tan sobado por todos, aunque nadie se preocupase de leerlo. Sin duda á este sentimiento suyo, común á muchos espíritus distinguidos y exquisitos se debió la necesidad del *christmas*, porque el *christmas* es una carta de lujo, casi un pergamino de honor, y la cinta rosa que lo adorna es como un lazo de seda que adorna su carácter femenino é infantil.

Se parece algo el *christmas* á esas cartas que de pequeños escribíamos en el colegio á nuestros padres, para felicitarlos en Pascuas. Tiene el marco extraordinario de aquellas orlas y nos colocamos ante ellos como nos colocábamos ante aquellas planas extraordinarias que habían de demostrar de un modo un poco litúrgico el cariño á nuestros familiares.

Teníamos que hacer la letra más redonda y más perfecta; la confesión de nuestro cariño tenía que ser más cuidada y más solemne; era grata aquella manera excepcional de exteriorizarlo y en los *christmas* se produce ese mismo fenómeno, ese misticismo que tiene un amplio y limpio sitio en qué extenderse para dar esta comunión de afectos.

¿Pero qué *christmas* elegiremos?



Hay el que representa un paisaje. Está bien. Pero el paisaje resulta siempre un poco sombrío y tristón. Es demasiado evocador de los campos sombríos del invierno aunque sea risueño, verde, lleno de frescura. El momento en que se nos aparece lo hace así.

Hay el humorístico en el que se encuentra una gracia inocente; esa gracia inglesa que en primer momento no entendemos porque nuestra gracia tiende demasiado á lo malicioso y la gracia inglesa está más acá de lo malicioso, es simple y bobalicona. Hay el romántico, que es tan de verdad romántico que se escapa á esa cursilería que hay en las estampas artísticamente románticas. Esa bella circasiana vestida de rosa que acaricia á las palomas que la rodean tiene un encanto inefable é ingenuo.

Hay el elegante, en el que todo es correcto y bien definido y dibujado. Esa elegante que está en su centro es una figura deliciosa, sutilmente trazada, con una elegancia arcángelica.

Hay el de las siluetas que impresiona profundamente al espectador; siluetas llenas de vida porque en su profunda obscuridad se diría que hay gestos, movimientos y una excesiva vida latente.

La silueta, que parece la más convencional en arte es, sin embargo, lo más expresivo y en ella se encierra una psicología rotunda y mordaz.

No se sabe cual elegir. Son todos de una gracia tan particular y tan oportuna que todos están bien.

Todos viven y se complementan los unos á los otros. Hay en ellos la jovialidad que hay en todas las cosas que cobran actualidad estos días. Barajémoslos y elijamos cualquiera de ellos. Estas.

CARMEN DE BURGOS (Colombine)



LAS SENSACIONES DE LA NIEVE

Es poético, es sugestivo el suave descenso de los blancos vellones que van posándose en los tejados, en las cornisas, en los barandales de los balcones, en las desnudas ramas de los árboles, en las techumbres de los vehículos, en los paraguas de los transeuntes, en cuanto viene á interrumpir su lento y copioso caer y que si al tocar el suelo se deshacen, acaban por cubrirlo con su albura, como todo aquello en que insistentemente se van posando.

Es hermoso, al cabo de unas horas, el panorama que se ofrece á la vista, si este espectáculo se contempla desde un elevado mirador, detrás de los cristales que nos resguardan del frío sutil que pincha el rostro y entumece los miembros, sintiendo en las espaldas el calor confortable de los leños que chisporrotean al arder en el hogar próximo, y si después de una larga contemplación podemos acomodarnos en una muelle butaca al amor de la lumbre, á esperar que la nieve desaparezca, distrayendo las horas en gratas lecturas.

Lo es igualmente contemplarlo en el parque, en los paseos públicos, en las afueras de la población, cuando la nieve, cubriendo totalmente las vías, amontonándose en los andenes, formando espesa capa sobre la corteza de los árboles, extendiéndose inmaculada sobre la campiña, pone en todo el paisaje la nota indefinible de su blancura, la nitidez luminosa de su pureza.

Dentro del carruaje que nos traslada de un sitio á otro para que podamos gozar todas las variedades del espectáculo, envueltos en el gabán de pieles y sin otra misión que cumplir, que la de satisfacer nuestro gusto, acaso no se encuentre más encantador recreo para los ojos que al fin se hastían de la contemplación de la belleza, si

constantemente es igual la belleza de que disfrutan.

Y aun para aquellos que llevados de su afición á los sanos deportes al aire libre, trepan por las montañas hundiéndose en la nieve para contemplar el cuadro admirable con que la Naturaleza les brinda, desde el pico más alto de la arriscada cordillera, difícilmente existirá en el mundo deleite semejante á este que proporciona el alpinismo en Jungfran ó en Mont-Blanc, en Sierra Nevada, ó en Siete Picos, con sus emocionantes incidentes, sus accidentadas ascensiones, sus rápidos y peligrosos descensos.

□□□

Ya es menos sugestivo y admirable el espectáculo de la nieve para los que al disfrutar de su belleza han de sufrir sus rigores inclementes. El mismo conductor del vehículo que nos lleva á que gocemos del espectáculo, tendrá sin duda una opinión distinta de la nuestra; el guardia ó el sereno que á pie firme han de permanecer en la calle, en cumplimiento de su deber; el centinela que no tiene más refugio que su garita, el que ha de caminar por obligación de día ó de noche, á pie ó á caballo; el mayoral ó el chauffer, el carretero ó el auriga; el guardia civil que vigila las carreteras, ó el revisor del tren que ha de marchar por los estribos y recorrer los departamentos, subiendo y bajando á toda marcha seguramente que habiendo tenido ocasión de contemplar los más hermosos cuadros de esta índole, no sentirán por ellos tan grande admiración.

□□□

Siempre que los blancos vellones cayendo lentamente hora tras hora preparan estos her-

mosos espectáculos, leyendo las inspiradas glosas de los poetas ó los cronistas, he pensado en los infelices que aquí y en todas partes pasan la noche al aire libre, unos por exigencias de su deber penoso, otros porque á ello les obliga su desventura y su miseria, el desamparo infame en que la sociedad los deja y en estos días negros de la tragedia abominable, va mi pensamiento también al campo de la lucha, á los pobres soldados que á más de las penalidades de la guerra, de esa guerra de topos en que pierden la vida á centenares sin lucha y sin gloria, han de sufrir todas las escaseces, todas las privaciones, el hambre y el frío, la amargura de verse separados brutalmente de los seres queridos para siempre tal vez, y el temor de que la muerte que los acecha los deje yertos. ¡Qué nueva angustia no será para esos infelices ver que la nieve invade sus guaridas y cae sobre sus cuerpos y amenaza sepultarlos...

Solamente en la llanura inmensa en la campiña que asoló el incendio, allí donde unos montones de tierra señalan las tumbas de los que perecieron, está bien que la nieve caiga copiosa é incesante, un día y otro día. Para tanta juventud arrancada á la vida ¿qué mejor sudario que la nieve extendiendo su albura sobre la inmensa superficie trocada en Campo Santo?

¡Qué tristeza más infinita no sentirán en ese lento correr de las horas, cuando el huso del Viejo va dejando caer, uno á uno, los blancos vellones de su lino! ¡La melancolía de la nieve será para estos hombres, víctimas de la fatalidad de su destino, una hora más de amargura en el interminable horario de sus dolores!

E. CONTRERAS Y CAMARGO

UN IDILIO Y UNA TRAGEDIA



Se vieron en un corral una mañana de Abril; él era un pavo gentil y ella una pava ideal.

Y desde aquel fausto día, según pudo averiguarse, comenzaron á mirarse con profunda simpatía;

circunstancia al fin y al cabo que las gentes no extrañaban, teniendo en cuenta que estaban los dos en la *edad del pavo*.

El, enamorado y tierno, la quería con pasión, llevando en su corazón todo el fuego del infierno,

y cada vez más amante, de su amor haciendo gala, comenzó á arrastrar el ala cual cumple á un pavo galante.

Ella entre seria y burlona aumentaba su tormento, que la pava de este cuento era un tanto coquetona.

Le trataba á veces bien y le premiaba con creces, y en cambio otras muchas veces le hería con su desdén;

pues es cosa demostrada, según dijo un gran autor, «que no hay tirano mayor como la mujer amada».

Y con sus coqueterías, ¿qué había de suceder? Todo el mundo pudo ver que en menós de cuatro días

se quedó ¡ay! el pobrecillo triste, mustio, enteco, escualido: se le puso el moco pálido y su pluma perdió el brillo.

Mas como él era constante y de corazón la amaba, de la desdenosa pava consiguió salir triunfante;

y un día á la luz del sol la pava con voz suave le otorgó un sí, no se sabe si natural ó bemo!

Que en las cosas del querer, igualmente aquí que en Francia, siempre ha sido la constancia el gran medio de vencer.

Todos en aquel corral envidiaban su fortuna, pues los dos formaban una parejita sin igual.

Pasaban su vida toda amándose muy á gusto, y es claro, como era justo comenzó á hablarse de boda:

Allí lo compró una vieja tras un rato de palparle y después de acariciarle desde el pico á la molleja;

y según cuenta la historia, una vez que lo compró, entusiasmada exclamó: «¡Ay qué rico en pepitoria!»

Misiva tierna y sencilla que en el más crítico instante dirige á su pava amante un pavo que está en capilla:

«Pava, mi dulce ilusión, mi amor, mi luz, mi alegría, y aquello que fuiste un día, pava de mi corazón:

Te mando por este chico este mi postrer lamento, porque ha llegado el momento, ¡oh pava! de *hincar el pico*.

¡Cuán grande es mi pesadumbre ante la adversa fortuna que me condena á hacer una víctima de la costumbre!

Ya todo está preparado: se aproxima el Año Nuevo, ¡y por consecuencia debo ser, oh Dios, decapitado!

Porque ya veo brillar, ¡y cuán siniestro es su brillo!, el afilado cuchillo con que me han de degollar.

¡Ya escucho la algarabía de cien voces infantiles ante mis ricos perniles y ante la pechuga mía!

Y tú misma habrás de ver que hasta el triste el llanto enjuga ante la rica pechuga que yo le voy á ofrecer.

¿Quién entre tantos hambrones que me palpan diariamente será aquel que le hinque el diente á mis sabrosos alones?

¿Quién será el que con furor se cebe en la carne mía? ¡Si fuera Dato, sería al menos un grande honor!

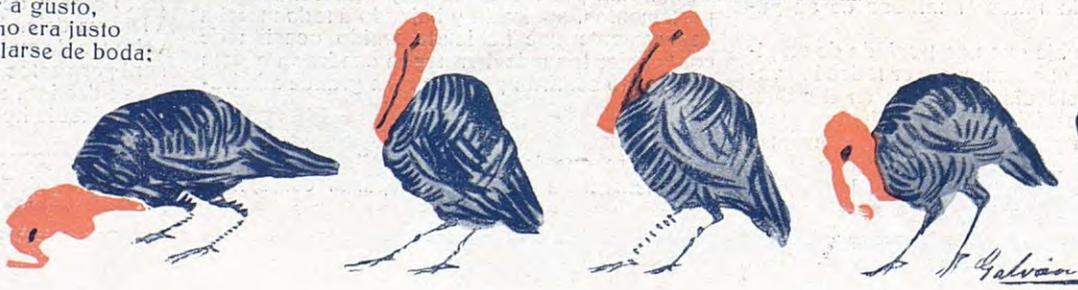
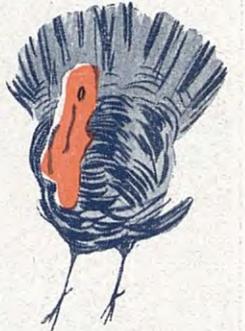
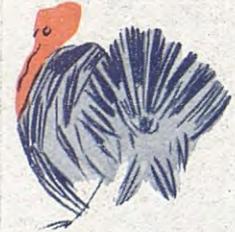
¡Ay, pava, llora conmigo hoy que nuestro amor invoco, porque mira que no es *moco de pavo* lo que te digo!

¡Adiós, mi cielo, mi gloria! ¡Cuán to tu ausencia me duele! ¡Llora, sí, que ya me huele la cabeza á pepitoria!

Llega el momento angustioso; dejo la pluma y acabo... y... ¡no olvides de tu pavo el porvenir pavo... roso!

MANUEL SORIANO

DIBUJO DE GALVÁN



LA ESFERA

LA LÁMPARA NITRA ILUMINANDO AL MUNDO



DE VENTA EN TODOS LOS BUENOS ESTABLECIMIENTOS

LAS VENTAJAS DE LA NEUTRALIDAD



El cataclismo europeo destruye en la Sociedad sus fundamentales cimientos. La guerra disuelve la familia impidiendo totalmente uno de los placeres más grandes y bellos del ser humano. Reunir á las personas queridas en íntima diversión y esparcimiento, constituye el más puro deleite de las almas sencillas y nobles.

Un cinematógrafo de familia, un Kok, os reserva la alegría, la emoción y la cultura en sus ininflamables películas, hallándose en todo instante dispuesto á satisfacer las necesidades de vuestro espíritu.

Desde el más encopetado aristócrata, hasta el más humilde campesino, sienten la necesidad del cinematógrafo, aquél compañero que le divierte é instruye, éste como

amigo que le ayuda á vivir por medio de la pequeña explotación en el teatrillo del lugar. La cátedra, la escuela, el asilo, toda institución de cultura ó beneficencia, necesita un Kok, pues por poco coste resuelve problemas hasta el presente imposibles de solucionar.

Un vastísimo repertorio de cintas para todas las necesidades y todos los gustos y cuyos depósitos están situados en los puntos más importantes de España, completan las inimitables ventajas de este cinematógrafo. Como demostración de todo esto, invitamos á todos nuestros lectores á una sesión en el momento y día que deseen, en las Oficinas de la Representación General, calle Mayor, 18, entresuelo, Madrid.

RENAUD GERMAIN PERFUMISTAS BARCELONA

JABON

VIRGEN DE LA PALOMA



JABON

HENO FLORIDO

Extractos exquisitos: MAGICO-LABERINTO



En los archivos de la historia de la moda en España se registrará como un acontecimiento la inauguración de la sucursal que acaba de establecer en Barcelona Plaza de Cataluña 12 la Maison Odette de Paris; En sus esplendidos salones se hallan expuestos magníficos modelos de trajes de baile, de soirée, y sastrerías, sombreros alla novedad, peletería, abrigos y salidas de teatro, lencería, corsés y todos los demás artículos para Señora Personal exclusivamente parisien. La casa de modas mas importante de España

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

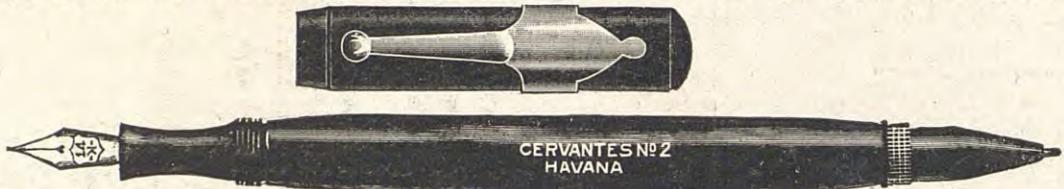
Calzados LA IMPERIAL

Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, negro y charol, á 16 y 18 pesetas. Pedid catálogo. Apar-tado 559. Madrid.

NO ABUSE DE SU MEMORIA UTILICE SIEMPRE NUESTRA PLUMA-FUENTE Y "LAPICERO CERVANTES, NÚM. 2"



ESTA PLUMA ES EL IDEAL REALIZADO. Su doble aplicación y constante utilidad se aprecia con sólo considerar la importancia de su empleo. Nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2» es la UNICA en su clase. Ninguna más sencilla, ninguna más resistente; no hay otra más perfecta y económica. Nuestro estuche se compone de pluma-fuente, con pluma de oro de 14 quilates, lapicero con seis minas de recambio y anillo de sujeción (metal inalterable), que imposibilita la pérdida del portapluma. Todo ello acompañado de un cuentagotas para llenar cómodamente el depósito de tinta.

Precio único en toda España, 8 pesetas

Pida y examine nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2», que se vende en todas las librerías, papelerías y objetos de escritorio, ó, directamente, á nuestros agentes.

EN MADRID: Librería editorial de San Martín, Puerta del Sol, 6. (Sucursal Palace Hotel). Perlado Páez y C.^ª, Arenal, 11. Librería. **EN BARCELONA:** D. Ramón Castellón, Pasaje Comercio, 2. (Exclusivo para Cataluña, Baleares y Canarias.)

DEPÓSITO GENERAL

HABANA: Ricardo Veloso, Librería Cervantes, Gaucayo, 62. Precio en la Habana, Pesos 1,50 moneda nacional, y pesos 1,60 en las demás poblaciones de la isla y extranjero, franco de portes y certificado.

NOTA.—Nuestros agentes atenderán todo pedido franco de portes y certificado, contra envío del importe correspondiente.

EN TODO EL MUNDO ES PREFERIDO EL "TÉ RATANPÚRO"

Por ser el TE más exquisito, el más aromático, ¡delicioso CEYLAN! Lo venden to los los buenos establecimientos y se sirve en los principales Cafés, Círculos y H. teles. Exíjase la marca "RATANPÚRO", depositada en todos los países. Proveedor de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.—Agente en España: Domingo Fernández Carballo, Málaga.— Advertencia importante: Todo paquete ó lata, desde el más pequeño hasta el mayor, en que se vende el "TE RATANPÚRO" viene directo de su procedencia, no empaquetándose nada en España, como hacen muchas marcas.

SAN ANDRÉS GRAN FÁBRICA Á MOTOR ELÉCTRICO DE CAJAS Y ESTUCHES

Cerrojo, 32, Fuentecilla, 17 y Llano de Doña Trinidad.—Teléfono 170

Casa fundada en 1875.—Superficie: más de 1.000 metros cuadrados

ENVASES DE LUJO Y CORRIENTES CON PASAS, HIGOS Y ALMENDRAS

EXPEDICION DE PAQUETES POSTALES A TODAS PARTES DEL MUNDO

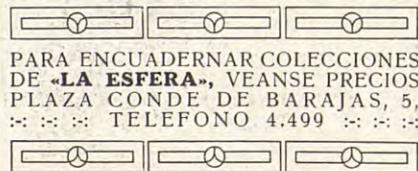
Central: Marqués de Larios, 7
Teléfono núm. 6.—MALAGA

VIUDA DE FEDERICO L. VILCHES

IODASA BELLOT

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artritis, E-crófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma; como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.

4,50 pts. frasco en todas las Farmacias.
Por mayor: F. BELLOT, MARTÍN DE LOS HEROS, 5;
Hijos C. Ulzurrun; Pérez, Martín; etc.



PARA ENCUADERNAR COLECCIONES DE «LA ESFERA», VEANSE PRECIOS PLAZA CONDE DE BARAJAS, 5.
TELEFONO 4.499

NO TENER HIJOS

deshace matrimonios, causa disgustos y muchas veces pérdida de intereses. El tratamiento **ROHEGEL** cura fácilmente la Esterilidad de la mujer. Pedid prospectos, gratis, Clínica Mateos, Arenal, 1.

Chocolates Agustinos ¡PRUÉBENSE!

LA CASA HIDALGO, DE MADRID



Vista exterior de la Gran Confeitería de Hidalgo, en la calle del Barquillo



Gran Salón de Exposiciones, de la Confeitería de Hidalgo

Esta importante Casa, tan conocida de la aristocracia y del público en general, se dedica con preferencia á la venta de elegantísimas cajas para bodas, bautizos y cruza-mientos, habiendo conseguido constituir una especialidad.

Sus riquísimos bombones, que gozan de la predilección de toda persona de buen gusto, se diferencian completamente de todos los demás, por sus excelentes cualidades y finísimo paladar, por cuanto se recomiendan y prefieren.

FABRICA DE PLATERIA

CUBIERTOS en 34 MODELOS DIFERENTES
DAJILLAS COMPLETAS
 BANDEJAS SERVICIOS de CAFE
 JUEGOS DE TOCADOR
 COPAS Y OBJETOS PARA REGALOS
 Medallas y Esmaltes

L. ANDUZZA

JOYERIA

BILBAO

MADRID

ESMALTES

ARTISTICOS

PEDRERIA

FINA

MODELOS ORIGINALES

ZARAGOZA

BARCELONA

FABRICA METALURGICA

METAL BLANCO PLATEADO Y ALPACA
 24 MODELOS DE CUBIERTOS
 SERVICIOS PARA HOTELES
 BUQUES DE GUERRA-MERCANTES
 Y GRANDES TRASATLANTICOS
 Pidanse Tarifas

INTERESANTISIMO

Los Sres. Ortigosa y C.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires, ponen en conocimiento de los muchísimos lectores de LA ESFERA, que no responden de las suscripciones que no sean hechas directamente por esta Casa.

ORTIGOSA Y C.^a
 AGENTES EXCLUSIVOS DE
 LA ESFERA y MUNDO GRÁFICO

LAS GALLETAS

OLIBET

SON LAS MEJORES

EXIGID SIEMPRE ESTA MARCA

EL MEJOR POSTRE

Mermeladas

:: Trevijano ::

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6

FRANCISCA TURRILLAS

CASA ESPECIAL PARA CONFEC-

:- CIONES DE NIÑOS Y NIÑAS :-

SURTIDO COMPLETO EN GÉNE-

:- ROS PARA LOS MISMOS :-

GARIBAY, 24.-SAN SEBASTIÁN

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, Alcalá, 23

Caca de primer orden Hay ascensor

REMEDIO ANTISEPTICO

de incomparable eficacia

SON LAS

PASTILLAS VALDA

QUE

EVITAN Y CURAN

la Tos, los Resfriados

Afecciones de la Garganta recientes ó inveteradas

Bronquitis agudas ó crónicas, Catarros,

Grippe, Trancazo, Asma, etc.

PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO

de no EMPLEAR más que

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

PEDIRLAS, EXIGIRLAS

en todas las Farmacias

en CAJAS de Ptas. 1.50

CON EL NOMBRE

VALDA en la tapa

AGENTES G-NEALES; Vicente FERRER y C.^a
BARCELONA

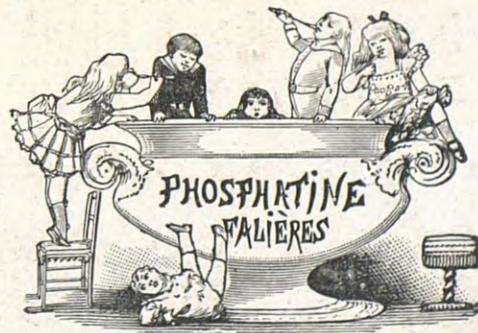
Formula:
 Menthol ... 0.002
 Eucalyptol ... 0.0045
 Azúcar ... 1.000

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6

MADRID



FOSFATINA

FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

“AL TODO DE OCASIÓN” -- Fuencarral, 45

La Casa más surtida y más conocida
 de Madrid, en toda clase de objetos

EL CHOPO CANADIENSE



Podéis colocar 1.600 plantas de chopo en una hectárea. Si el terreno es fresco y suelto, obtendréis, á los diez años, más de 400 toneladas de madera verde, que las fábricas de papel pagan lo menos á 25 pesetas la tonelada en sus depósitos.

Leed los números 95, 97, 99, 101, 103 y 105 de LA ESFERA y pedid informes á
D. ANTONIO GANUZA, Echaide, 7, San Sebastián